



forever

Una Eternidad

Hellen Cross

families

alone

Una Eternidad

Hellen Cross

Copyright © 2024 Hellen Cross

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Título original: Una eternidad
1.ª Edición: abril 2024

© Diseño portada y maquetación:
Virginia Salazar @vi.the.designer

©Corrección:
Elisabeth Gilmore

Dedicado a mi familia y en especial a mi pequeño, que siempre va en mi corazón.



Capítulo 1

Mediciones

Lola se despertó temprano esa mañana. Se duchó y vistió en silencio mientras Sara y Jaime seguían dormidos en la gran cama. Sin hacer ruido, corrió las cortinas para impedir que el sol los despertara, salió con cuidado del cuarto en dirección a la cocina y le pidió un café a la señora Oliver. La cocinera se lo dio con simpatía y le dijo que comiera algo. Lola se negó con rotundidad y le agradeció el café.

En la entrada sacó el metro y empezó a tomar medidas: de la puerta, de los ventanales ojivales. Iba haciendo un boceto de la zona en su libreta para después poder abocetar todo antes de pasar a los planos. Cogió otra página y fue al salón donde les sirvieron la cena la noche anterior. Primero dibujó el plano de la planta. Situó ventanas y puertas, los huecos del hogar y después comenzó a medir. Acarició la madera pulida de los muebles que embellecían los laterales de las chimeneas, y luego fue hacia las ventanas. Se sentó y miró la calle con nostalgia, a través del vidrio vio la figura distorsionada de Ken montando a caballo. Tuvo ganas de llamarlo, pero se contuvo.

Fue al despacho de Ken y se extrañó al encontrarlo cerrado con llave. Así pues, siguió vagando por la planta baja, entró en el resto de las habitaciones y fue haciendo el croquis de estas, incluido el salón de los niños. Había dos pequeños aseos debajo de las escaleras, supuso que fueron añadidos en la época moderna.

Para cuando llegaron Jonas y Beca, Lola ya había hecho bocetado de cada una de las habitaciones de la planta baja. Se distribuyeron el resto de los pisos y a ella le tocó el sótano y las cocinas. Intentó mantener la calma y no se quejó. Ahora menos, que sobre su cabeza pendía la acusación de favoritismo.

En la cocina consiguió hacer un plano de la planta y medir todos los vanos y ventanas que le daban luz. Después entró a la sala contigua donde los modernos electrodomésticos quedaban escondidos de la cocina de estilo Tudor.

Con pesar, bajó al sótano para hacer una medición y los bocetos, se fue metiendo en cada una de las pequeñas habitaciones. Todas eran muy parecidas. Pensó que esos habitáculos tan oscuros y cerrados, eran las celdas de una prisión, pues una persona podría volverse loca en un espacio tan reducido. Tenía poco más de cinco pasos de largo y tres de ancho. El ventanuco casi en el techo apenas permitía pasar luz por su vano, estaba tan alto y era tan estrecho, que más parecía un conducto de ventilación. El olor del moho se le metió en la nariz provocándole náuseas. Dio la vuelta a la hoja y sobre una limpia trazó las líneas de la planta.

La había seguido en cuanto la vio bajar las escaleras, no se imaginaba que podría cobrarse

la venganza tan rápido. El momento era idóneo, nadie en el castillo lo había visto. Estaba sola, por lo que pensó que era la situación ideal. Si hubiera podido tenerla, sumergirse en ella... Pero no, tenía que elegir a MacRae.

Apretó los puños con rabia mientras la recordaba en brazos de su amigo. Necesitaba calmar su ego, aunque fuera haciéndole daño al objeto de sus deseos. Con gran rapidez corrió hacia la puerta por donde la vio entrar y la empujó hasta bloquearla.

El sonido atronador de algo cayendo de golpe le hizo levantar la mirada. La puerta se había cerrado. Se incorporó con rapidez e intentó abrirla, pero no se movía. Golpeó con fuerza, y el ruido seco y apagado que producían sus puños la hizo estremecer. Se había quedado encerrada. El pesimismo se apoderó de ella, pensó que moriría atrapada en esta celda mohosa y se le escaparon las lágrimas.

Una bombilla se le encendió en la mente: «¡El móvil!». Lo sacó del bolsillo trasero y probó a llamar, pero no había cobertura. Una y otra vez lo intentó, pero nada. Miró hacia la abertura de ventilación. Trepó por la pared como si fuese una escaladora, metió la punta de la zapatilla entre dos piedras y buscó otro hueco más arriba para el otro pie. Hizo lo mismo con las manos y, cuando estuvo lo bastante arriba, se sujetó solo de una para con la otra acercar el móvil a la abertura. Miró concentrada esperando que se llenaran las rayitas de la cobertura. No obstante, no tuvo éxito, ya que la marca de VPN era lo único que decía su conexión.

Bajó con cuidado y se sentó en el poyete de piedra que, con toda seguridad, hacía la función de cama a quienes encerraban allí. Apoyó la cabeza entre las manos y se le escaparon los sollozos que llevaba rato conteniendo. Se tumbó sobre las piedras mohosas y lloró aún más.

Sonrió satisfecho al escuchar su llanto, lo tenía bien merecido. Unas horas encerrada en ese habitáculo oscuro no le harían daño, al menos no el que le hubiera gustado provocarle. En su interior todavía se debatía entre dejarla sola o entrar y hacer lo que deseaba desde el primer momento en que la vio, pero la razón se impuso, y se marchó en silencio antes de arrepentirse de la decisión y cometer una tontería.

Se despertó congestionada, tenía la nariz taponada por la mucosidad acumulada mientras estornudaba con fuerza montones de veces. Miró la puerta cerrada y estaba a punto de comenzar de nuevo, pero se contuvo. Llorar no conducía a nada, pensó con decisión. Necesitaba salir de esta celda. Miró hacia el hueco de ventilación, ya apenas quedaba luz en el exterior. Entonces se acordó de Jaime y de Sara, seguro que ellos habían notado su falta.

Ken entró en el castillo después de su cabalgata matinal, escuchó a los niños reír y se acercó a la sala pensando en darle los buenos días a la mujer que le robaba el sentido. Sara lo vio de inmediato y miró detrás de él buscando a su prima. Decepcionada se acercó a Ken.

—¿Has visto a Lola?

—No, creí que estaba con vosotros.

—Esta mañana, cuando nos despertamos ya se había ido. Como no ha venido a desayunar, imaginé que había salido contigo.

—No, ¡qué más quisiera yo! —contestó sonriendo al pensar en el momento en que la muchacha lo buscara por su propia voluntad—, estará con sus compañeros.

—Rob me preguntó por mi prima hace unos minutos —se quedó pensativa Sara—, ¿se habrá perdido?

—Voy a buscarla. —Ken sintió que algo no estaba bien. Llamó a Douglas y comenzaron a preguntar por ella al resto del personal del castillo.

Al bajar la vista al suelo, Lola distinguió un bulto, lo tocó y se dio cuenta de que era una piedra pequeña. Parecía haberse soltado de la pared. Con ella en la mano se acercó a la puerta, puso la linterna del móvil y observó las bisagras de la puerta de madera medio podrida. Con la piedra frotó alrededor de la bisagra de arriba. Su alegría fue enorme al ver cómo se desmenuzaba la argamasa que sujetaba los goznes. Insistió con fuerza, aunque se arañaba los dedos, ya casi la había sacado. Se agachó para continuar el trabajo con la bisagra de abajo y hurgó a su alrededor con fuerza mientras veía caer la masilla echa polvo y los grumos. Terminó de sacarla y volvió a la de arriba. Insistió en frotar en el hueco que había escarbado hasta que se soltó la bisagra.

Tiró de la pieza hacia ella y se le escapó un grito de alegría al ver cómo se movía la puerta. Consiguió meterse por el hueco que quedaba entre la pared y la puerta. Corrió hacia las escaleras de salida llorando de felicidad. Cuando consiguió llegar al vestíbulo, salió a la calle e intentó respirar aire limpio, para que le quitara la congestión.

Se apoyó en la pared exterior y ya no le importó si la veían llorar. Lo hizo para soltar lo que había vivido. Rabia, impotencia, miedo, todas las sensaciones que aquel día la congelaron para permitirles hacer lo que quisieron. Todas esas sensaciones hoy le habían hecho buscar una alternativa. Salió por su propio pie, como aquella vez, pero ahora no estaba rota, esta vez era una superviviente fuerte. Se secó las lágrimas con el jersey, y cuando iba a entrar, se dio de lleno con Ken.

—Por Dios, Lola, ¿dónde estabas? Te hemos estado buscando todo el día. —La abrazó con fuerza y ella le dejó hacerlo. En ese momento lo necesitaba.

—Me quedé encerrada en el sótano —dijo entre sollozos.

—¿El sótano? Pero ¿cómo? Esa parte no se usa, está infestada de moho y humedad.

—Ya lo sé. —Se le caían los mocos—, así que se limpió con un gesto poco elegante con el antebrazo.

Ken la cogió en brazos y la llevó por el interior del castillo, su voz atronadora hizo aparecer a Douglas; el mayordomo.

—Avisa a todos de que ya la hemos encontrado.

—Sí, señor. ¿Necesita algo?

—No. Ocuparos de los niños.

Subió a la primera planta y en vez de girar hacia el cuarto de Lola, tomó la dirección a su zona privada. A la izquierda abrió una gran puerta y la cerró de una patada. Sin soltar a la muchacha, se dirigió hasta el cuarto de baño y abrió el grifo de la bañera. Mientras se llenaba, sacó un albornoz y varias toallas del armario empotrado de su cuarto y, cuando volvió, cerró la puerta del baño que comenzó a llenarse de vaho.

—Lola, tienes que quitarte la ropa, está húmeda y huele a moho. Además, necesitas calor, estás a punto de entrar en *shock*.

Asintió con la cabeza mientras él le quitaba el jersey, las zapatillas y los vaqueros. Intentó quitarse ella misma el sujetador, pero tenía los dedos agarrotados, por lo que él se hizo cargo y se lo quitó liberando sus senos. Ken se quedó mirando con cara de placer. Ella le escuchó tragar saliva con fuerza, pero no hizo nada, con lo cual, él se arrodilló y le quitó las braguitas y los calcetines. Sin ninguna ceremonia la cogió en brazos y la dejó sentada en la bañera.

Lola echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras el agua caliente relajaba sus músculos congelados y sentía volver a la vida sus extremidades. Escuchó movimiento en la habitación y dos voces que susurraban, pero no tenía fuerzas ni para hablar, así que, se dejó caer de nuevo en el sueño.

La suavidad de las manos sobre su cabeza la despertó. Frente a ella tenía los ojos verdes y

brillantes de Ken, que la miraban mientras en su cara asomaba una sonrisa pícara que dejaba ver sus hoyuelos. Ella se dio cuenta, de que sabía lo mucho que le gustaban esas hendiduras. Levantó la mano y le acarició las mejillas sonriéndole.

—Me encantan tu sonrisa —confesó sin pensar cerrando los ojos.

—Y a mí me gusta todo de ti. —Sus labios se posaron como alas de mariposa sobre su boca.

La mano en su pecho la sobresaltó. Abrió los ojos asustada, lo vio con cara seria y, la esponja chorreando jabón. Él intentó disculparse, mostrándosela mientras se contenía para no sonreír y volvió a frotar su cuerpo. Aunque ella se tensó le dejó pasar el paño por los pechos. Sin embargo, miró bajo el agua y vio que se dirigía a su sexo, por lo que le cogió la mano para detenerlo.

—Yo puedo hacerlo—dijo con voz ronca, no exenta de miedo.

—Deja que lo haga yo, solo para que veas que no haré nada que tú no quieras. —Ken dibujó una sonrisa de medio lado, pícara.

Lola asintió con la cabeza y se sujetó a la bañera mientras él bajaba la esponja despacio entre sus piernas. Las cerró de inmediato y él la miró con una sonrisa paciente, comenzó a dibujar círculos con la esponja en su blanca piel. Ese suave y rítmico contacto la relajó y abrió las piernas. Cerró los ojos porque no podía mantenerle la mirada mientras lavaba sus partes más íntimas, lo sintió en su sexo, pasando con delicadeza una y otra vez. De pronto, no era la suavidad de la esponja lo que acariciaba su vulva, por esa razón abrió los ojos alarmada.

—Chis, déjame sentir tu piel más íntima. —Tragó saliva—. No te haré daño.

Lola se dejó llevar por las sensaciones placenteras que llegaban con timidez a su interior y asintió con la cabeza. Volvió a cerrar los ojos. Sus dedos pasaban una y otra vez por su sexo, sintió como acariciaba su clítoris y le hizo desear más. Necesitaba algo de él y no sabía bien qué. Sus piernas se cerraron atrapando la mano de Ken entre ellas. El jadeo que escuchó la hizo abrir los ojos, y observó cómo la miraba muy concentrado. Las sensaciones se acumulaban en el vientre de la muchacha que movió las caderas y salió al encuentro de su mano. Algo dentro de ella explotó, porque sintió los restos del fuego alzarse en su interior y lanzarla a las oscuras llamas de la pasión. Gritó su nombre y él se apoderó de su boca, impidiendo que los sonidos salieran. El cuerpo de Lola convulsionaba dejando escapar los restos como si de volutas de humo se tratara.

Con lentitud volvió a la realidad. Se sentía tan relajada, tan bien, tan amada. Abrió los ojos y se deleitó con su sonrisa mientras su mano retomaba el trabajo de esponja.

—¿Eso ha sido un orgasmo? —Lo miró con franqueza.

—¿No has tenido nunca uno? —Ella negó con la cabeza avergonzada—. ¿No te has tocado? —Volvió a negar y sintió su piel arder.

—Dios, esto va a ser peor de lo que pensaba —, dijo en voz baja para sí mismo.

Ken dejó la esponja a un lado, destapó la bañera y la levantó, luego aclaró el jabón de su cuerpo con la ducha y cuando estuvo satisfecho, la envolvió en un albornoz. Lio una toalla en su cabeza y sentó a Lola en una banqueta. Lo vio sacar un secador de pelo, y después de frotar su cabello, la peinó con suavidad para no darle tirones.

La delicadeza con que la peinaba fue como si le hiciera entrar en trance y volvió a quedarse dormida. Cuando activó el secador, el ruido le hizo abrir los ojos.

—Tienes un cabello precioso. Tan claro. Me resulta extraño que seas española.

—Mmmm porque ¿todas las españolas son morenas de ojos oscuros? —Sonrió con descaro, aun estando soñolienta.

—Bueno, es un cliché.

—Yo también pensaba que todos los escoceses eran pelirrojos.

—¡Ah! Pero es que mis raíces son irlandesas y ellos suelen ser de pelo oscuro.

—Clichés —chasqueó la lengua—. Mi madre era rubia de ojos azules —confesó con timidez.

—¿Entonces esos preciosos ojos oscuros los heredaste de tu padre?

—Aja, Jaime es igual que él, aunque es más rubio.

—Creí que habíamos quedado en que se parecía a mí.

—Ja, ja, ja. —Abrió los ojos de golpe y lo vio sonreír—. Eso fue una mentirijilla.

—Esa es la verdad. Jaime es mío, ya he hablado con mi abogado para reconocerlo.

—¡No puedes hacer algo así sin consultarme! —Se levantó enfadada—. Aunque te agradezco lo que intentas, Jaime es mío y solo mío.

—Si nos casamos, quiero que sea mío también. No podemos dejar que tu pasado le salpique.

—No te preocupes, lo tendré bien oculto y mi pasado no le manchará.

Salió del baño y se desorientó. Después se agarró a una de las columnas de la cama y respiró hondo, iba a huir del dormitorio, pero él la sujetó.

—Por favor, no te vayas, arreglemos esto.

—No hay nada que arreglar, tú quieres imponerte cuando todavía no eres nada para nosotros. —Se puso de puntillas para estar un poco más a su altura.

—Eso ha dolido —se sentó en una silla y la miró apenado—, creí que me habías dado una oportunidad.

—Ken, no sé si lo que tenemos es real, pero hay muchos obstáculos entre nosotros.

—Solo los que tú quieras que haya, porque yo veo un futuro para los dos. Una familia preciosa con Claudia, Jaime y los hijos que decidamos tener juntos.

—¿Pero tú te escuchas? Apenas nos conocemos, estás dándole a mi hijo una vida que, si por lo que sea se tuerce, él sufrirá mucho más que yo.

—¿¡Por qué eres tan negativa!? —La cogió de la cintura—. Yo te quiero y sé que no te soy indiferente. Los niños se llevan genial, ya son casi hermanos, solo falta que te atrevas a vivir nuestra historia.

—Yo no sé si quiero que me des una vida, ya me he hecho yo una. —Él le dio un beso en la frente—. No sé lo que me haces sentir, pero como te dije en Benalmádena, necesito tiempo. Ya te conté lo que me pasó.

—Puedes tener todo el que quieras, pero a mi lado. —Apoyó su cabeza en el pecho de ella—. ¡Por favor no me abandones!

—No te estoy dejando, solo quiero pensar con calma y... —Tosió con fuerza y sintió que le faltaba el aire. Lo volvió a hacer, cuando notó que la cabeza le daba vueltas.

—Lola, ¿qué te pasa?

La cogió antes de que se cayera al suelo con el siguiente ataque de tos. Tras ello, la llevó a la cama y la dejó apoyada en los almohadones del cabecero. En la mesita de noche había una jarra, echó agua en un vaso y se lo acercó. Su cara de preocupación asustó a Lola, la tos no le daba descanso. Bebió un trago del líquido incoloro y se aclaró la garganta, pero, aun así, apenas podía respirar. Sentía que le faltaba el aire, y, aunque su pecho se expandía, el oxígeno no le llegaba a los pulmones. El pánico se apoderó de ella y vio que él también se alarmó.

Sacó su teléfono y se fue a la puerta para hablar. Desde donde estaba Lola apenas lo escuchaba, además de que dialogaba tan deprisa, que no podía seguir su conversación.

—MacKinnion tose tanto que casi no puede respirar.

—Deberías ponerla donde el aire ayude a limpiar los pulmones, mientras buscas los aerosoles que favorecerán la expansión de sus alvéolos.

—¿Con eso será suficiente?

—Creo que sí. En cuanto pueda iré al castillo y comprobaré su evolución. —Colgó y volvió junto a ella a la cama con rapidez.

—Levántate. Te voy a asomar a la ventana abierta, necesitas limpiar los pulmones. Parece que has respirado demasiado tiempo en la celda y el moho te ha afectado.

—¿Es grave? —Tosió como un perro.

—Ahora lo que importa es que tomes aire puro.

Lola se asomó a la ventana obediente. Su respiración se normalizó un poco con el frío aire nocturno. Inspiró y espiró con fuerza mientras Ken la sujetaba para que tomara aire fresco.

—¿Mejor? —Su cara estaba blanca y sus ojos oscurecidos de preocupación.

Asintió y la apoyó en la pared mientras su cabeza seguía asomada por la ventana. Ken sacó su móvil de nuevo y marcó con rapidez.

—Sara, por favor ven a mi cuarto enseguida. —La miró asustado—. Vale, deja a los niños con Rob, pero no te entretengas.

—¿Qué pasa? —Tosió Lola y se le escapó un gemido, ya le dolían las costillas.

—Siéntate aquí —acercó un sillón—, y no apartes la cabeza de la ventana.

Asintió con la cabeza y se apoyó en el alféizar, siguió respirando, aunque la tos no le abandonaba. Sara entró como un vendaval en la habitación, ni siquiera se molestó en llamar.

—¿Qué pasa? —La miró preocupada.

—Necesito que te quedes con ella un rato, tengo que salir a la farmacia.

—¿Por qué? —Lola se giró hacia él alarmada.

—Tú saca la cabeza al hueco y respira aire limpio y tú, no la dejes sola ni un momento.

Después de señalar como un general lo que debían hacer, salió del cuarto tan deprisa que las dejó asombradas, Sara se giró hacia su prima señalando la ventana, entre toses Lola sacó la cabeza y se quejó.

—¿Dónde estabas?, han estado todo el día buscándote. —Sara no pudo contenerse más para saber lo que ocurría.

—Me quedé encerrada en el sótano.

—Mierda, y ¿quién te sacó?

—Yo sola. Saqué las bisagras de la puerta y salí corriendo.

—Ken no nos dejaba venir a verte. —La miró sonriente—. Es un poco mandón.

—Síiiii. —Tosió con fuerza y se asomó en busca de aire limpio de nuevo.

—¿Qué te pasa? —Sara se acercó a su prima y la abrazó por el lado—. ¿Te has resfriado?

—No lo sé, pero Ken se ha preocupado. —Volvió a toser.

—Descansa y no hables más.

—¿Cómo está Jaime?

—Bien, piensa que has estado trabajando. Ahora solo pregunta cuándo volverás.

—Deja que venga a verme —susurró, porque notaba que la garganta estaba en carne viva de tanto toser.

—Cuando vuelva Ken lo traeré a verte.

Lola se relajó en el sillón, apoyada en los brazos, y con la cabeza sacada fuera de la ventana, cerró los ojos. En su mente volvió a escuchar las palabras de Ken, y sintió que su corazón daba un vuelco solo de pensar en no verlo. Había sido tan amable y considerado con ella... y eso por no hablar de su idea de legitimar a Jaime como hijo suyo. Entonces, ¿qué más quería? Era lo

mejor que le había pasado desde hacía mucho.

Tuvo que reconocer que el tiempo que estuvieron separados lo echó de menos, y eso que apenas estuvieron unos momentos juntos. No sabía lo que pensar, estaba por completo confundida ante su actitud.

Una vida solo con Jaime y su trabajo era lo que se había planteado, pero la posibilidad de tener una vida normal donde formase una familia, y no estuvieran solos ella y su hijo, tampoco sonaba mal.

Lola se despertó al sentir que se elevaba, pegó un grito y unos labios se posaron sobre su boca. Sintió el pánico apoderarse de ella, golpeó con los puños a su captor e intentó que la soltara, pero su agarre era muy fuerte. Todo su cuerpo se puso en tensión, por lo que, golpeó una y otra vez con los puños, dando patadas al aire, y como no consiguió liberarse, mordió la boca que la avasallaba.

—¡Ay! ¡Eres una fiera! —se quejó Ken mientras la dejaba en la cama.

—Lo siento, me asusté. —Se metió dentro avergonzada y se acurrucó entre las mantas.

—Solo quería que no gritases, lo lamento. —Se sentó junto a ella en la cama.

—¿Dónde está Sara? —Miró a su alrededor buscándola.

—La he mandado con los niños a cenar. Tú también tienes que tomar algo, llevas todo el día sin comer.

—La verdad es que no tengo hambre. —En ese momento, para dejarla por embustera, su estómago rugió como un león, y ella lo miró avergonzada.

—Ja, ja, ja, ja. No te preocupes, que no te lo tendré en cuenta. —Le dio un beso dulce—. Toma, Sara te trajo un pijama.

Lola se levantó y cogió el puñado de ropa, luego anduvo los pocos pasos que la separaban del baño y se encerró para cambiarse. Al salir vio que habían dejado una bandeja en la mesa junto a la ventana, se acercó y destapó los platos. El aroma del consomé la hizo salivar. Se sentó, bebió el rico caldo que le calentó el cuerpo y le hacía sentirse cada vez mejor, mientras el líquido caliente le llenaba el estómago.

—Me alegra que estés cenando. —La miró burlón—. Luego se pasará Sara con Jaime para que le des las buenas noches.

—No pienso dormir aquí. —Dejó el tazón y se cruzó de brazos—. En cuanto cene, vuelvo a mi cuarto.

—No deberías. Además, tengo que vigilarte durante la noche, y no creo que Sara agradezca mi presencia.

—¡Pero no puedo dormir contigo! —le reprochó con un hilo de voz.

—Preciosa, aunque lo deseo con todo mi ser, prometo no hacerte nada. —Le guiñó un ojo—. A menos que me lo pidas tú.

—Jaime querrá quedarse conmigo.

—Puedes invitarlo, si te sientes más segura. —Se encogió de hombros—. Cómete la carne. —Destapó el plato con solomillo y verduras al vapor.

Lola masticó sin apartar la vista de él, pero ya tenía el estómago lleno. Después de cuatro bocados, dejó los cubiertos y volvió a tapar el plato.

—Deberías comer más.

—¿Tú no cenas?

—Lo haré con mis invitados. Hoy han llegado los arquitectos españoles y aún no he tenido tiempo de saludarlos.

—¿Quiénes son?

—Vienen de E.A. Somosierra & Viedma, me han hablado muy bien de ellos.

Solo con escuchar el nombre Lola palideció, su cuerpo sufrió tal sacudida que temblaba con brusquedad. Sin ser consciente de ello se encogió y deseó desaparecer. Su mente retrocedió a aquel 22 de diciembre y, por más que lo intentó, se sumergió más y más en ese día de pesadilla. Perdió todo contacto con la realidad y se ocultó en la oscuridad.

Ken se asustó al ver que sus ojos se ponían en blanco, sin embargo, consiguió sujetarla antes de que cayera al suelo. No sabía qué le ocurría. Pensó que eran los restos del moho en su sistema respiratorio, pero no la había escuchado toser. Confundido y alarmado por la palidez de su rostro la dejó sobre la comodidad del colchón y destapó el frasco de sales para hacerla reaccionar.

El intenso olor la despertó. Por un momento bizqueó intentando centrar la visión y sacudió la cabeza. Se incorporó y se extrañó al verse tumbada en la cama, mientras unas manos le acariciaban el pelo. Se volvió y vio a Ken sobre ella.

—Lola, ¿qué te ha pasado? —La miró preocupado.

—No..., no lo sé. —Se ocultó bajo las mantas.

—Dime lo que te ha dado miedo —cogió su mano y le besó todos los nudillos—. ¿Por qué te has asustado tanto que te has desvanecido?

—No. No, puedo. —Apartó la cara hacia el otro lado.

—Está bien, lo dejaré pasar. Pero no puedes seguir ocultándome cosas. Sé que estás acostumbrada a estar sola, no obstante, ahora me tienes a mí.

Ignoró sus palabras y siguió mirando al otro lado. De repente, el cuadro de un anciano vestido con *kilt* le resultaba muy interesante. Lo estudió y recordó la pintura del despacho, era muy similar, y era innegable el parecido. Siguió estudiando la pintura, pero él la hizo volverse.

—No te dejaré escapar. Puedes resistirte todo lo que quieras, pero ten por seguro que conseguiré tu amor, aunque sea lo último que haga.

—Ken, no me digas esas cosas —le tembló la barbilla—, sabes que estoy rehaciendo mi vida.

—Lo sé y quiero que me incluyas en ella. —Le puso un dedo en la boca—. No digas nada, mejor descansa. Sara vendrá enseguida con Jaime.

—¿Puede quedarse aquí? —Lo miró sonriente.

—Si es lo que quieres, por mí no hay problema —le dio un beso en la frente—, tal vez deberíamos invitar también a Claudia.

—Es una gran idea. —Se carcajeó la muchacha divertida.

—Bajaré a cenar antes de que me tachen de maleducado por llegar tarde a mi propia mesa. —Se volvió desde la puerta y le tendió un frasco con pastillas—. Tómate dos de estas y mañana estarás mejor.

Lola cogió el bote y lo dejó en la mesita de noche, su salida había dejado un vacío en ella. Se arropó bien con las mantas y miró la habitación con interés. El cálido fuego que ardía, caldeaba el cuarto a pesar de lo lejos que quedaba de la cama. Junto a la ventana donde había estado sentada antes se abría una puerta, debía de ser un vestidor. La chimenea estaba junto a la puerta del baño. De repente, le entraron ganas de ir al inodoro. Se levantó despacio, y cuando vio que le sostenían las piernas, se acercó con pasos inseguros agarrándose a los muebles que encontraba en su camino.

Volvió a la cama con rapidez y se metió bajo las mantas. En ese momento se abrió la puerta y su torbellino favorito entró gritando.

—¡Mami, mami!

—¡Hola, cariño! ¿Cómo has pasado el día?

—Bien. —La abrazó y besó para después dejar caer su cabeza en el pecho de su madre.

—¿Estás mejor? —Sara miró a su prima preocupada.

—Sí, pero dice Ken que debo dormir con él —puso los ojos en blanco—, que tiene que vigilarme.

—Ya me lo ha dicho. —Le guiñó un ojo con complicidad—. No desaproveches la ocasión.

—No seas boba. —Se rio.

—¿Puedo subir a la cama, Lola? —preguntó con timidez Claudia.

—Por supuesto, cariño. —Dio unos golpecitos junto a ella para que se acercara la niña.

—Como mi papi es también el de Jaime, ¿tú también eres mi mami?

Por un momento se la quedó mirando, la inocencia con que lo había preguntado desarmó a Lola, pues pensó en esa pequeña que no conoció a su madre, y lo que debía suponer para ella tener ante sí una figura materna. De pronto, se dio cuenta de que quería ser su madre, quería formar parte de su vida y de la de Ken. En verdad, quería una familia y él se la estaba ofreciendo sin condiciones, y con mucha paciencia.

—Sí, cariño, puedes llamarme mami. Estoy segura de que ella desde el cielo quiere que tengas una mamá aquí.

—¡Gracias, mami! —Se volvió hacia Jaime—. ¡Los dos tenemos mamá y papá!

—¿Por eso estás en la cama de papi? —Jaime sonrió a su madre.

—Lo que pasa es que me he puesto malita, y Ken quiere que duerma con él para cuidarme.

—¡Yo también te puedo cuidar y la cama es muy grande! —Jaime se acercó a ella mirándola entusiasmado.

—¿Puedo cuidarte yo también? —Claudia se le acercó esperanzada.

—Por supuesto, dormiremos los cuatro juntos.

—Me parece que seréis muchos en esta cama, —ironizó Sara.

—Es solo hasta que me encuentre mejor. —Sonrió a su prima y se abrazó a los dos pequeños—. Aunque creo que deberíais poneros el pijama.

—Los llevaré para que se cambien y te los traigo enseguida.

—Gracias Sara, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—¡Bueeeeno!, creo que ese honor lo tiene Ken. —Le sacó la lengua a su prima y salió con los dos niños riendo.

Lola cogió las pastillas de la mesita de noche y se las tomó con un vaso de agua. Mientras esperaba a que volvieran se echó hacia atrás y cerró los ojos. Pensó en Ken y todo lo bueno que le había ocurrido desde que lo conoció. Sonrió para sí misma sabiendo que era hora de darle una oportunidad, estaba claro que él no se daría por vencido y, dentro de ella, sentía que este escocés jugaba un papel muy importante en su vida.

La puerta se abrió y la sacó de sus ensoñaciones, se incorporó para recibir a Jaime y Claudia, pero el miedo se apoderó de ella. Notó el sudor recorrer todo su cuerpo y le temblaba la barbilla, la sangre le abandonó. Se le heló y se quedó paralizada mientras los temores, tanto tiempo sepultados, salieron a la superficie.

Arturo Somosierra estaba en el vano de la puerta, sujetaba con fuerza la manivela y parecía tan sorprendido como ella. Se repuso de inmediato y sus finos labios esbozaron una sonrisa malvada.

—Chiquita, ¿qué sorpresa? —Dio un paso dentro de la habitación y cerró detrás de él—. Menuda suerte la mía.

—¡Fuera de aquí! —apenas le salía la voz—. ¡Gritaré pidiendo ayuda!

—¿Y crees que se te escuchará con unos muros como estos? —Se le escapó una carcajada y se acercó a la cama como una fiera al acecho—. Tú y yo tenemos un asunto sin concluir —se relamió con un gesto obsceno.

—No tenemos nada. Salga de aquí antes de que pida ayuda y lo echen a patadas del castillo.

Lola se puso de rodillas sobre la cama y no le quitó el ojo de encima al hombre que se acercaba, con lentitud deliberada, a ella. Estaba pendiente de todos sus movimientos y se movió en sentido contrario al de Arturo Somosierra. Había conseguido llegar casi al filo de la cama y lo tenía frente a ella. Tanteó el borde del colchón y apoyó un pie en el piso, con cuidado sacó el otro pie de la cama y lo puso en el suelo, bajó los ojos un momento para ver que no se le había enredado la sábana y él aprovechó para lanzarse a través de la cama. El susto la hizo retroceder. Dio varios pasos sin quitarle la vista de encima y al darse cuenta de que se abalanzaría sobre ella, se dio la vuelta y corrió hacia la puerta.

No consiguió llegar a la salida, pues un empujón en la espalda la tiró al suelo. El golpe le sacó el aire y sintió que se perdía en la oscuridad. Sacudió la cabeza en un intento vano de no perder la conciencia, las lágrimas le impedían ver, y el recuerdo de aquella noche se abrió paso en su mente para paralizarla. Prefirió perderse en la oscuridad que vivir de nuevo el horror de la violación.



Capítulo 2

Otra vez no

Arturo llegó deprisa y observó con lascivia a la muchacha inconsciente en el suelo. Llevaba tanto tiempo deseando tenerla solo para él, que no pensó en nada más que en el cuerpo delicado de la niña que le tenía obsesionado desde aquella Navidad. Mil veces se había arrepentido por compartirla, y, aunque sabía que no tuvo más remedio que hacerlo, su instinto depredador superior le decía que aquella jovencita era para él. Tenía el cuerpo tenso y su miembro hacía mucho que no se ponía tan duro. Al saber que podría volver a hundirse en ese tierno cuerpo sintió que se le humedecía el pantalón.

Con rapidez se puso sobre ella aprovechando su inconsciencia para desnudarla. Sus ojos absorbían extasiados el cuerpo femenino y sus manos colapsaban por tocar esa dulce piel. Apretó los pechos deleitándose con el tacto y el color rosado que dejaba en su piel por la fuerza que empleaba. Desesperado por tener más de ella, rompió la camiseta.

Lola sintió que la zarandeaban de un lado a otro. El dolor de cabeza se confundía con el que tenía en la espalda y, el frío en el pecho la hizo estremecer. Abrió los ojos con miedo. Al verlo encima, la oscuridad de su mirada con esa expresión malvada la paralizaron. Entonces se dio cuenta de que volvería a abusar de ella.

Se removió bajo su cuerpo y sacó las manos de debajo, las dirigió a su cara y con las uñas en forma de garra lo arañó con saña. Gritó con furia al tiempo que lo atacaba. Él se movió sobre ella y le dio un bofetón. La fuerza del golpe fue tal que sintió que volvería a desvanecerse, pero no se lo permitió, a pesar de que notó el sabor de la sangre en la boca. Sus manos intentaban sujetarla, pero la rabia le dio la fuerza que no sabía que tenía.

Consiguió levantar una rodilla y lo golpeó con fuerza, hasta liberarse de su cuerpo. Se puso en pie con dificultad, abrió la puerta y al mirar hacia dentro lo vio doblado de dolor en el suelo. No le importó. Sacó la llave de la cerradura y la cerró detrás de ella para salir en busca de ayuda.

Arturo escuchó el sonido seco de la puerta al cerrarse y levantó la cabeza para comprobar que su presa había huido. El suave clac de la llave al girar lo asustó como nada lo hizo hasta ahora. Con toda seguridad iría a pedir ayuda y él no tenía forma de escapar. Se puso en pie dolorido y se acercó a la puerta, comprobó que estaba cerrada con llave y recorrió la habitación en busca de una salida. Al darse cuenta de que no podía escapar, comenzó a construir su propia historia. Debía dejar en evidencia a la muchacha, ocultar la verdad antes de desatar el escándalo.

Lola se sujetó la camiseta del pijama sobre el pecho, estaba rota. Pensó en ir a la habitación de Claudia, pero no podía dejar que los niños la vieran así. Apoyó las manos en los muebles y las paredes, sentía que las piernas la sujetaban a duras penas, al mirar el pasillo que iba hacia su

cuarto. No vio a nadie, así que decidió bajar.

Estaba casi en el rellano cuando dio un traspié, cayó de culo y se agarró dolorida a los barrotes de la barandilla, por lo que se quedó sentada un momento recuperando el aliento. No sabía cuánto más podría aguantar, así que se movió antes de sucumbir al olvido que amenazaba su mente. Se puso en pie y se apoyó en el pasamanos. Un grito distrajo su atención del esfuerzo por mantenerse en pie, y volvió a caer.

Ken escuchó el alarido y salió corriendo del comedor. No le importó dejar a los arquitectos con la palabra en la boca, su instinto le decía que algo malo ocurría y solo podía pensar en Lola. Al llegar a la escalera se encontró a la criada intentando sujetar a su mujer. Estaba casi desnuda y la palidez de su piel no auguraba nada bueno. La cogió en brazos con cuidado y la cubrió con su chaqueta antes de que aparecieran sus invitados.

—Douglas —llamó con voz de mando—, que todo el mundo vuelva al salón, y luego sirve la cena.

Cuando quedó despejado el camino se incorporó con ella en los brazos y la llevó a la sala de estar. No quería pensar en lo que había ocurrido para encontrarla en esas condiciones, su mente le daba varias posibilidades y todas ellas le parecían horribles.

Lola abrió los ojos con cuidado. Le dolía todo el cuerpo y apenas podía conseguir oxígeno para respirar, aun así, sacó fuerzas e intentó incorporarse.

—Shhhh, preciosa. No te muevas todavía, estoy comprobando que no tengas nada roto. —Notó las manos de Ken recorrer su cuerpo con extremada suavidad—. ¿Qué ha pasado?

—En tu cuarto —no podía hablar bien, a pesar de ello intentó formar la frase correctamente—. Quiso forzarme. —Abrió la mano y le enseñó la llave—. Lo encerré.

—¡Douglas! —gritó de nuevo—. Ve a mi cuarto y mete en un calabozo al hombre que hay allí.

—¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡me cogerá otra vez! —Lloró Lola mientras se abrazaba a su sólido cuerpo—. Sácame de aquí, por favor.

—Tranquila, no dejaré que te hagan daño. —Vio cómo apretaba la mandíbula.

Se apartó de su pecho para ver dónde estaba. La había traído a una salita con sofás y una gran chimenea. Sintió su calor llegar hasta ella, pero por dentro estaba helada. Miró hacia abajo para cubrir la camiseta rota y vio que estaba cubierta por una manta de tartán. Pensó que estarían rodeados de todos los invitados, pero estaban solo Ken y ella, lo cual le alivió.

—¿Dónde están los demás?

—Estábamos cenando cuando escuché un grito. Ni me he disculpado, los he dejado continuar con la cena como si no ocurriera nada.

—Gracias. —Se acurrucó en sus brazos y sintió que le volvían las fuerzas.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar.

—Estaba esperando que volvieran los niños y él ha entrado. —Tragó saliva, porque era el momento de contarle quién era en realidad—. Me ha reconocido. Él fue mi jefe en, en... ha cerrado la puerta y ha intentado... Casi había llegado a la puerta cuando un golpe en la espalda me ha tirado al suelo... He perdido el conocimiento, y cuando he despertado, estaba sobre mí... He peleado, me he defendido y he conseguido salir de debajo de su cuerpo. Luego lo he encerrado y he salido en busca de ayuda, pero no he encontrado a nadie. —El horror de lo ocurrido volvió a ella y se deshizo en llanto.

—Señor. —Douglas carraspeó en la puerta—. Le hemos llevado a una celda.

—Gracias, Douglas. Vigila la puerta para que no escape. —Miró a Lola con dulzura—. ¿Puedes quedarte aquí sola?

—¡No, por favor!, ¡no me dejes! —Se abrazó con fuerza a él para impedir que se fuera.

—Espera, le diré a Rob que te acompañe.

—No. No, ¡quédate conmigo! —Lloró con más fuerza.

—Cariño, tengo que llamar a la policía y ocuparme de ese miserable.

—¿La policía? —esas palabras se colaron en su cerebro—. No, no, no. No puedes dejar que sepa lo de Jaime.

—No te preocupes, Jaime es mi hijo y nadie lo tocará.

Sacó su móvil y llamó a Sara, le pidió que se quedara con los niños y que le pasara el teléfono de Rob. Colgó y marcó otra vez.

—Rob, soy MacRae. No digas nada, necesito que vengas al salón amarillo, Agnes te esperará en la puerta para traerte. —Colgó y la abrazó con fuerza—. Lo siento, preciosa. No debería haberte dejado sola.

—Ken, no es culpa tuya, nadie podía pensar que él... —lo miró dudosa—, que él hiciera algo así.

—Si me hubieses dicho quién era, yo habría tomado medidas —contestó enfadado.

—No pensé que pudiese atacarme.

—¡No pensaste! ¡Ese es el problema! Deberías haberme dicho quién era en cuanto te dije que su gabinete de arquitectura pasaría unos días aquí.

—Pensaba mantenerme escondida de ellos —confesó.

—Es lo que pasa cuando ocultas información. —Podía ver latir una vena en su cuello y su ceño fruncido la rabia.

—Lo siento. —Se soltó de su abrazo y se hizo un ovillo. Cubierta por el tartán, lloró de ansiedad y miedo.

—¡No llores, preciosa! Ya pasó todo.

—¿Qué ha ocurrido? —Rob se les acercó corriendo y, se arrodilló frente a ella—. Lola, ¿qué ha pasado ahora?

—Quédate con ella mientras resuelvo algo —la soltó y fue hacia la puerta—, y Rob, espero que no digas nada de esto.

Rob hizo como si cerrase la boca con cremallera y se volvió hacia la muchacha, cuando vio salir a Ken. Se lo quedó mirando. Sus ojos azules la escrutaban como si fuese un escáner, lo escuchó suspirar y cerró los ojos agotada.

—Bueno, «Mari pupas». ¿Me vas a contar las aventuras que has vivido hoy?

—¿No puedes esperar a mañana? —dijo bostezando.

—No, no. Ya puedes ir soltando por esa boquita. —Se cruzó de brazos y esperó a que ella hablara.

—Está bien. Esta mañana tuve un accidente, estaba midiendo las celdas del sótano y se me cerró la puerta. Grité y lloré, pero nadie me escuchó. Al final me di cuenta de que, si no salía por mis propios medios, moriría allí abajo. Con una piedra que se desprendió del muro, fui erosionando alrededor de las bisagras, y como la argamasa estaba húmeda y vieja, pude sacar la puerta por el lado contrario a su apertura.

—Me horroriza lo que has tenido que pasar —dijo con pena mientras le acariciaba la cabeza—. Pero ¿por qué estabas en el cuarto de MacRae? No lo niegues, me lo dijo Sara.

—Es que me sentí tan mal, que él me llevó a su cuarto. No podía respirar y me mareaba, por lo que se fue en busca de medicinas y me dejó al cuidado de Sara. Tenía que respirar aire desde la ventana, era como si no pudiese coger oxígeno.

—Bueno, ¿y después de eso? ¿Cómo es que has acabado en esta salita medio desnuda y

cubierta por un tartán?

—Te lo contaré, pero no puedes decírselo a nadie. —Lo cogió por la solapa de la chaqueta—. ¿Me has entendido? A nadie.

—Palabra de *scout*. —Rob se llevó la mano al pecho mientras hablaba.

—Empecé a estudiar arquitectura, y para ayudar en casa acepté un trabajo a media jornada en un estudio profesional de mi rama. —Lola tragó saliva y le contó todo, incluso las amenazas de Arturo y cómo hizo que le suspendieran las asignaturas.

—¡Lola! —La abrazó con cariño—, lo que debes haber sufrido guapa. No puedo ni imaginarlo.

—Eso quedó en el olvido —intentó reponerse.

—Pero eso pasó hace tiempo. ¿Qué tiene que ver con lo que te ha pasado hoy?

—Es que mi antiguo jefe es uno de los arquitectos españoles que han venido para optar al proyecto de renovación del castillo.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí, y no sé cómo se enteró de que yo estaba aquí o si fue casualidad, pero me ha vuelto a atacar. —Respiró hondo—. Por suerte he conseguido escapar y lo he dejado encerrado en la habitación.

—¿Por eso ha salido MacRae? —Rob dejó salir una sonrisa.

—Creo que ha ido a llamar a la policía. Lo malo es eso, es que yo no quiero que se forme un escándalo.

—Por mucho que quiera, dudo que consiga ocultar lo que ha intentado ese malnacido —gruñó Rob.

—Espero que sí, no quiero que esto afecte a mi trabajo. —Se recostó entre sus brazos mientras él le acariciaba la cabeza con suavidad.

—Duerme, Lola, yo velaré tus sueños. —Le dio un beso en la frente y ella se sumergió en un sueño caótico.

Ken llamó a la policía y puso al teniente Ferguson al corriente de lo ocurrido. Le dijeron que una patrulla iría de inmediato para transportar al agresor a la comisaría de Inverness. Cuando colgó llamó al doctor MacKinnion, necesitaba que acudiera de urgencia al castillo, así que le contó el ataque que había sufrido Lola y prometió llegar lo más pronto posible.

Quería bajar al calabozo, aun así, se contenía en hacerlo. Sabía que, si lo tuviera al alcance de sus puños, le costaría controlarse. Dio órdenes a Douglas para que no dejaran de vigilar al reo y volvió a la sala amarilla. Necesitaba acompañar a Lola y saber que estaba bien.

El dolor de cabeza no la dejaba pensar. Fue al baño y se echó agua en la cara, al levantar la mirada vio en el espejo una figura oscura que corría detrás de ella. Se volvió asustada y entró con cautela al dormitorio. No había luz, pero cuando su visión se adaptó a esa falta. Vio varias sombras que venían hacia ella. Se quedó paralizada, pero al darse cuenta de que la estaban rodeando se dio la vuelta y corrió en la oscuridad. Buscó la puerta, pero no la encontraba. Siguió corriendo por la habitación, tiró todo lo que encontraba a su paso para entorpecer a sus perseguidores.

Un golpe le hizo caer al suelo, el dolor era insoportable. Intentó levantarse, pero el peso de alguien sobre ella se lo impedía. Gritó con fuerza, esperando que alguien la escuchara. Cerró los ojos mientras sentía las manos de varios hombres sobre su cuerpo, se removió intentando apartarse, pero no lo consiguió. La tenían a su merced. Las voces le llegaban lejanas y apenas comprendía lo que decían, pero siguió luchando contra su captor.

Abrió los ojos en busca de una salida a esta situación y miró la habitación iluminada, en los

ojos de Rob se reflejaba el espanto y eso la devolvió a la realidad. Centró la vista y apartó la pesadilla de su mente.

—Rob ¿qué... ? —Lola sentía un nudo en la garganta, pero consiguió hacer salir palabras coherentes de su boca—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Un par de horas. Perdona que te haya despertado, pero sufrías tanto en sueños que he preferido sacarte de ellos.

—Lo siento. —Se dejó llevar por el cansancio y volvió a cerrar los ojos—. ¿Todavía no ha vuelto Ken?

—Vino a ver cómo estabas, pero se fue al ver que dormías.

—Debería haber tomado medidas cuando me dijo que él era uno de los arquitectos.

—No te culpes, solo piensa que no siempre puedes ser fuerte, pero siempre puedes ser valiente.

—Gracias por todo, Rob.

Lola se quedó dormida de nuevo, lo siguiente que sintió fue que la elevaban y la llevaban en brazos. Notó que caía en la cama y abrió los ojos con dificultad. Estaba de nuevo en el cuarto de Ken, que se inclinó sobre la muchacha y la besó en la frente.

—Preciosa, ha venido el doctor MacKinnion para examinarte.

—¿Qué? ¿Por qué? —Se echó hacia atrás.

—Tenemos que saber si ese... si te ha violado. —La miró con pena—. Tú no lo recuerdas y, aunque él insiste que no te ha hecho nada, debemos corroborar todo con un médico.

—Señorita González, tómese su tiempo. —El doctor MacKinnion le sonrió con calma.

—¿Quieres que salga? —Sus ojos verdes la miraban esperanzados.

Ella negó con la cabeza y le cogió la mano. Él la besó en los nudillos y luego se situó donde no estorbara al facultativo. Ayudó a Lola a quitarse la camiseta rota, a la vez que el médico le pidió que se diera la vuelta. La exclamación de horror hizo girar a Lola la cabeza, estaba a punto de levantarse para mirarse en el espejo, cuando Ken la sujetó.

El médico tomó varias fotografías desde distintos ángulos. Después de unos minutos de palpar su espalda le pidió que se diera la vuelta. Miró hacia su pantalón y vio con espanto que no lo llevaba. Tampoco las braguitas. Su cabeza iba a explotar: «¿Cuándo me las he quitado?». Miró a Ken y él negó con la cabeza. «Madre mía, ¿me he paseado por el castillo solo con una camiseta rota?». El terror se apoderó de su mente: «¿Me habrá violado otra vez?».

—Póngase cómoda mientras la exploro y tomo muestras.

El doctor se subió las gafas y miró hacia Ken. Lola hizo lo que le pedía, apretó la mano de Ken y cerró los ojos con fuerza, mientras rezaba para que no hubiera abusado de su cuerpo inconsciente. Se le escaparon unas lágrimas que recorrieron sus mejillas en silencio. Sintió los suaves labios de Ken sobre ellas, su dulce caricia le ayudó a recomponer su dignidad.

Después de tomar las muestras, se inclinó sobre ella, giró la cabeza y observó un moretón en su brazo, e hizo lo mismo con el otro. Por último, le giró la cara y le hizo varias fotografías. Repitió la operación con el otro lado.

—Bien, mi trabajo ha terminado.

—Me ha... ¿violado? —preguntó Lola sintiendo que el corazón le dejaba de latir.

—No puedo asegurarlo, pero no lo parece. No hay desgarró ni he encontrado fluidos masculinos, pero hasta que se analicen las muestras no estaremos seguros —le dio unas palmaditas en la man—. De momento, y para evitar cualquier tipo de infección, le pondré un antibiótico. ¿Es alérgica a la penicilina?

Negó con la cabeza. Él sacó un frasco y una inyección, le dio la vuelta y sintió el frío del

algodón empapado en alcohol, luego el pinchazo y el líquido entró quemando por dentro.

—He terminado aquí. Le dejo estos tranquilizantes por si necesita relajarse, y dos pastillas para la inflamación. Tómese una cada ocho horas. Si necesita más, puede tomar un paracetamol a las seis horas. —Le dio más palmaditas en la mano—. Espero que mejore. MacRae, llámame si hay algún problema.

—Así lo haré MacKinnion.

El médico salió del cuarto y los dejó solos. Lola lloró con fuerza y Ken la abrazó. Durante un buen rato se lamentó por el estrés sufrido, por el ataque, por la impotencia que había sentido, también al revivir aquel 22 de diciembre. Incluso lloró por el dolor físico que tenía, aunque fuera lo que menos le molestaba. Cerró los ojos mientras las lágrimas recorrían sus mejillas escocidas por limpiar tanta humedad.

Lola despertó cuando un solitario rayo de sol acarició su cara. Al atravesar los cortinajes de la cama, se incorporó y se le escapó un gemido de dolor. Tenía la espalda rígida y sentía que la cabeza le iba a estallar. Intentó levantarse, pero apenas podía desplazar las piernas hasta el borde de la cama. Apartó los cortinajes y se sentó al filo. Cerró los ojos e intentó sacar fuerzas para mantenerse derecha. Respiró hondo y se incorporó a pesar de que sentía miles de alfileres recorriendo su cuerpo desde la planta de los pies. Dio varios pasos en dirección al aseo y sintió que sus piernas se fortalecían por momentos. Estaba casi en el vano del baño cuando se abrió la puerta de la habitación.

—No deberías haberte levantado sola. —Ken se acercó hacia ella y la cogió en brazos.

—¡Suéltame! Puedo andar. —Le dio golpecitos en el hombro.

—No quiero que te caigas y te hagas más daño.

Ken le dio un beso en la frente y sonrió mientras la llevaba hasta el inodoro, la dejó con cuidado en pie y se volvió. Lola se quedó mirando a su espalda, seguía parado en la puerta, aunque no se marchaba.

—¿Puedes darme intimidad?

—¡No te estoy viendo!

—Pero sí que me escuchas —dijo bajito.

—Por favor, soy médico y sé de las necesidades del cuerpo. Además...

—¡Kendrick! Sal y cierra la puerta —habló más alto de lo normal.

Se volvió y la miró con el ceño fruncido, pero salió de inmediato obedeciendo su orden. Ella aprovechó para sentarse en el váter. «¿Cómo no me he percatado antes?», se preguntó medio temblorosa. Aunque solo fuera por el frío que cortaba su piel.

Se limpió y frotó los brazos para entrar en calor. Miró a su alrededor y vio una toalla de baño colgada detrás de la puerta, así que, se levantó y se envolvió con ella. Al abrir, él estaba parado justo a la salida, negó con la cabeza y la cogió en brazos para dejarla de nuevo en la cama.

Lola se removió incómoda entre las mantas mientras él la arropaba con dulzura, se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente.

—¿Cómo te encuentras?

—Parece que me hubiesen dado una paliza.

—Te he traído el desayuno. —Se volvió y cogió una bandeja con patas que puso sobre las piernas de Lola.

—No tengo hambre. —Intentó apartarla.

—Vamos, come algo. Luego te ayudaré a ducharte e iremos a Inverness.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Para que te hagan un estudio en previsión de lesiones ocultas.

—Solo estoy un poco dolorida, en cuanto descanse estaré mejor. Además, necesito ver a Jaime, anoche debió sentirse dolido por no dormir conmigo como le prometí.

—Jaime está bien y vendrá con nosotros.

—No creo que un hospital sea un sitio donde ir con un niño tan pequeño.

—No te preocupes, Sara se quedará con ellos.

—¿Tienes una casa en Inverness?

—Trabajo allí. Tengo un piso cerca del hospital Royal Northern. —Le dio el vaso de zumo y ella lo acercó a sus labios.

—No hace falta que me vea un médico, ayer ya me vio el doctor MacKinnion.

—Lola, tienes un moretón enorme en la espalda. Te lo hizo al tirarte el reloj, que por cierto destrozó y era una antigüedad familiar.

—Lo siento. ¿Se puede arreglar?

—¡Me importa una mierda! Lo que quiero es que te vea un especialista, por si ha provocado algún daño que no esté a la vista.

—¿Tan mal se ve el moretón?

—Toma.

Ken le puso un espejo y la giró un poco. Lola ahogó un grito al ver el gran hematoma en la parte alta de su espalda, este subía hasta el cuello. Se tocó con cuidado y se le escapó un suspiro, con razón le dolía tanto.

Lola se bebió el zumo y untó con mantequilla una tostada, mientras él le sonreía complacido, por lo que le ofreció una rebanada y la cogió sonriente. Se sentó a su lado y masticó con fuerza, entretanto se relamía zalamero.

—En cuanto estés lista pasamos al baño. —Le guiñó un ojo y ella sintió aligerarse el peso de su alma.

—¿No puedo hacerlo sola? —Notó cómo el calor se apoderaba de su cara al recordar el baño que le dio el día anterior.

—Puedes, pero no debes. Además, no veré nada que no haya visto ya. —Ella frunció el ceño—. Prometo que no me tomaré libertades.

Le dio la bandeja y se incorporó con lentitud, a cada movimiento que hacía sentía que su cuerpo se resentía. Intentó ignorar el dolor y se puso en pie, sin embargo, él se acercó con rapidez y la cogió en brazos. Fue a quejarse, pero la silenció al darle un beso suave en la boca. Ella intentó apartarse, pero él no la dejó. Sus labios se movieron sobre los de Lola, aunque no probaba nada más.

Avergonzada, sintió las manos de Ken en su cuerpo mientras la enjabonaba. No supo si el calor que sentía era por la vergüenza o por la placentera sensación que recorría su interior. El agua caliente no hacía nada por mejorar su situación, y tenerlo a él desnudo detrás de ella, tampoco. Lola se dio la vuelta y cerró los ojos para no mirarle. Lo escuchó reír y se sorprendió al sentir que le daba un beso en la frente.

—No te preocupes, preciosa, solo haré lo que tú quieras que haga —susurró en su oído.

Después de la incómoda ducha la envolvió en una toalla y él se cubrió con otra. Sentó a Lola en la tapa del váter y le secó el pelo con cuidado, pues, cada movimiento le generaba un pico de dolor que él notaba. Ella intentaba que no se percatara, pero al mirarlo vio que tenía los dientes apretados y una expresión furiosa que asustaba.

Sara entró al cuarto cargada con la maleta de Lola, la miró interrogante y no fue necesario decirle nada.

—Bien. ¿Qué te quieres poner?

—Unos vaqueros y el jersey azul marino. —Sacó unas braguitas y un sujetador, y se vistió ante la mirada indiferente de Sara, que se volvió hacia Ken.

—He metido ropa nuestra para un par de días en la maleta.

—No creo que necesitemos más, pero si os hace falta algo, podemos comprarlo en Inverness.

—¿Dónde está Jaime? —preguntó Lola mientras intentaba abrocharse el sujetador. El roce le hizo ver las estrellas y jadeó dolorida.

—No hace falta que te pongas esto. —Ken se lo desabrochó con cuidado y lo retiró de su cuerpo.

—¡No puedo ir por ahí sin sujetador! —se quejó.

—Puedes y debes. —La miró enfadado—. Tenemos un viaje de casi dos horas hasta el hospital, tienes que ir cómoda si no quieres desmayarte del dolor.

—De acuerdo —respondió razonable, se puso el jersey y buscó el abrigo.

—Toma —le tendió el anorak y la ayudó a incorporarse—, los niños nos esperan en la entrada.

Salieron del cuarto, Sara delante de ellos arrastraba la maleta, Ken llevaba cogida del codo a Lola mientras ella sentía las piernas cada vez más seguras al caminar.

—¡Mamiiiiii!

—¡Mamiiiiii!

Claudia y Jaime corrieron hacia Lola riendo y con los brazos abiertos, Ken se puso delante de ella y los cogió al vuelo.

—Podéis darle a mami un beso, pero con cuidado que tiene pupa.

Acercó a Jaime hasta la mejilla derecha de Lola y la besó con cariño, algo confuso, por no poder abrazar a su madre. A Claudia la puso en la izquierda, haciéndole una carantoña con suavidad. Lola sonrió a los niños para que no se preocupara ninguno y vio que Sara fruncía el ceño. Negó con la cabeza y arrastró la maleta hasta la calle donde les esperaba una Mercedes V.

Con los niños acomodados en sus sillas de auto, y Sara entre ellos, Lola se sentó despacio en el asiento de delante y Ken se puso ante el volante. En ese momento salieron de la casa, Rob y los compañeros del estudio, Jonas y Beca, así que bajó la ventanilla, despidiéndose con cariño.

—Avísame cuando lleguéis y en cuanto te den el informe. —Rob se acercó a la puerta y le dio un beso—. No te preocupes por el trabajo, que ya he dado parte y tienes la baja laboral.

—Gracias, eres el mejor. —Sacó la mano y le acarició el pelo con ternura.

Salieron del puente que conectaba el castillo con tierra firme, Ken conducía con rapidez, sin sobrepasar los límites. De vez en cuando la observaba en busca de señales de dolor, pero Lola disimulaba bien intentando que no se le notara la incomodidad o el sufrimiento cada vez que pasaban sobre un bache.

Tomaron la A87 en dirección a Inverness, los niños cantaban con Sara canciones infantiles. Después de media hora de viaje se cansaron y Lola al girarse hacia atrás, vio que Jaime se había quedado dormido. Claudia tardó un poco más, pero al final también cayó en un dulce sueño. Fue cuando Sara se inclinó hacia delante y comenzó a hablar con ellos.

—Entonces ¿en Inverness tendré que hacerme cargo de los dos bichitos mientras estáis en el hospital?

—No te preocupes, Sara, os dejaré en casa de mi abuela. Ella te enseñará lugares donde ir con los niños y que estén entretenidos.

—Por eso no hay problema, para eso está San Google. —Se carcajeó divertida enseñándole

el móvil.

—A mi abuela le encantará teneros en casa.

—¿Y quién les dirás que somos? —Sara habló con más brusquedad de la que pretendía.

—No te entiendo. —Frunció el ceño sin quitar ojo de la carretera.

—¿Mantendrás la mentira de Jaime? —insistió sintiendo que el enfado se apoderaba de ella.

—No es un embuste —su voz sonó dura e impasible—, es mi hijo y mis abogados ya se están ocupando de ello.

—Te dije que debías preguntarme. —Se incorporó Lola a la discusión.

—Ya te lo avisé y, aunque te enfades, es lo mejor, para ti y el niño.

—Y yo te respondí que debíamos hablarlo. —Al moverse hacia la derecha y mirarle a la cara, el dolor hizo que se encogiera.

—¡No te muevas tan rápido! —Su mano izquierda se posó en la pierna derecha de Lola—. Discutiremos cuando estés mejor y no haya público.

—Vaya, yo no soy una espectadora. Soy su familia y tú te estás pasando de mandón. —Sara se echó hacia atrás gruñendo.

El resto del viaje lo hicieron en silencio, hasta que se despertaron los niños, por suerte estaban ya entrando en la ciudad. Callejeó con el coche y Lola se fue fijando en el nombre de las calles, entonces Claudia gritó de alegría.

—¡Mira, papi! ¡Allí está la yaya!

Señaló con el dedito hacia la derecha y Lola vio a una señora mayor acompañada de una joven, estaban subiendo las escaleras de lo que parecía ser una mansión, pues era enorme, con sillares de piedra y dos grandes columnas dóricas ante una puerta labrada de gran belleza. La subida de ocho escalones con abertura a ambos lados solo le daba mayor grandiosidad a la entrada.



Capítulo 3

Inverness

Ken detuvo el vehículo en la acera y bajó con rapidez. Lola le vio coger a la anciana en alto y besarla en ambas mejillas, le hablaba al oído y ella se carcajeaba. No escuchaba lo que le estaba diciendo, pero le preocupó. Después de unos minutos volvió al coche, sacó una maleta y luego ayudó a bajar a Claudia y a Jaime. Sara les seguía con cara seria, se volvió hacia su prima y le hizo la señal de *Ok* con el dedo.

Los vio entrar en la casa, y pocos minutos después, regresó Ken sonriendo. Se sentó al volante, y antes de ponerse en marcha, le dio un suave beso en los labios.

—El hospital está muy cerca. Ya he avisado de que vamos, por lo que no creo que tardemos mucho.

—Vale. —Miró al frente preocupada por lo que le pudieran encontrar.

—No tienes nada que temer, esto es solo para quedarnos tranquilos.

—Siempre me han asustado un poco los hospitales —dijo en voz baja.

—Le pasa a mucha gente. —La besó en la frente—. Yo estaré contigo.

Siguieron circulando junto al río Ness y vio la entrada al hospital, Ken dejó el coche en el acceso de Urgencias y salió corriendo, cuando volvió lo hizo con una silla de ruedas y un celador le acompañaba. Ayudó a Lola a sentarse y luego la entró al hospital, mientras el ordenanza sacaba el coche de la entrada.

—¿Él se lleva el coche?

—Es un amigo, aparcará en el *parking* de personal mientras entramos.

—¡MacRae! —Un pelirrojo enorme se acercó a ellos con rapidez.

—¡MacTavish! —Se abrazaron como osos y ella sonrió al dejar esa imagen en su cabeza.

—Ven a la sala de rayos, ya la tengo lista —dijo el pelirrojo con prisa.

La condujeron por varios pasillos hasta una habitación, al entrar vio la camilla de Rayos X y antes de que ella pudiera levantarse, Ken la cogió en brazos y la dejó con delicadeza de pie ante la misma.

—Quítate el jersey y ponte boca abajo en la cama. —Le ayudó a levantarlo sobre su cabeza y ella se cubrió los pechos con las manos—. Tranquila, aquí somos todos médicos, solo te miraremos de forma profesional. —Le dio un beso en la frente.

Lola hizo lo que le pidieron. Se tumbó boca abajo en la camilla y escuchó a los dos médicos murmurar muy bajito. Vio pasar una enfermera y oyó cómo trasteaba en la máquina, el sonido metálico la puso en tensión. Después de algunos minutos él le dio unos golpecitos en la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Ya hemos terminado? —Se giró para incorporarse.

—De momento. Déjame ayudarte.

La cogió con cuidado y la sentó al mismo tiempo que le acercaba el jersey. Sin que ella dijera nada se lo pasó por la cabeza y le indicó que metiera los brazos para terminar de vestirse. Le acercó la silla de ruedas y Lola se sentó sin poner objeciones, aunque ya se estaba cansando de que la llevaran como a una niña.

Salieron al pasillo y vieron que el médico pelirrojo los esperaba. Les indicó que lo siguieran y entraron a un recinto diferente, en el centro se podía ver el tubo de la máquina de resonancia. Le volvió a pedir que se quitara el jersey y los pantalones, también le preguntó si llevaba algo metálico, a lo que señaló sus pendientes y se los retiró con cuidado. Ken tumbó a Lola en la camilla y se tensó cuando la introdujeron al interior del tubo. Aunque le pidieron que se relajara el ruido era atronador, por lo que a duras penas podía soportar quieta el rato que la máquina tardó en tomar las imágenes que necesitaba el médico. Ken volvió a ayudarla a vestirse y la sentó de nuevo.

Terminadas las pruebas la condujo por el pasillo hasta llegar al ascensor, no le dijo nada así que ella decidió tomar la iniciativa.

—¿Qué dicen las pruebas? —Giró la cabeza para mirarlo.

—He quedado con MacTavish en la cafetería, ahí nos dará su dictamen.

—Menudo lugar para dar resultados médicos.

—Sí, bueno. Es que esto es un favor, no puede meternos en la consulta sin alterar su agenda. —Se encogió de hombros y le guiñó un ojo—. Pero no te preocupes, a simple vista no hay nada que temer.

—Me quedo más tranquila. —Bufó ella mientras miraba la pantalla de números del ascensor.

Entraron a la cafetería, que estaba casi desierta, al menos la parte donde ponía: «Personal». Ken se sentó frente a ella en una mesa pequeña y le cogió la mano dándole un beso galante en la mano.

—¿Qué te apetece comer?

—No tengo mucha hambre.

—Entonces pediré por ti.

Se levantó y se dirigió a la zona de autoservicio. La mujer aprovechó y sacó el móvil, para hablar con su prima Sara, y esperó mientras le respondía.

—¡Lola!, ¿Ya has terminado en el hospital?

—Pronto tendremos los resultados.

—Ah, vale —su voz sonó decepcionada.

—¿Qué pasa Sara? ¿Está bien Jaime?

—Sí, claro, es solo que en esta casa me da miedo jugar con él y romper algo.

—Pues sácalo a algún parque cercano.

—Es que la señora no quiere que salgamos, dice que prefiere disfrutar de sus nietos. ¿Te lo puedes creer? Ya ha adoptado a Jaime. —Soltó un sonoro bufido.

—Sara, eso no es nada. Dile que solo daréis un paseo por el parque, y si quiere, que os acompañe.

—Si quieres te la pongo y se lo dices tú —se le escapó un exabrupto—. Esta abuelita es de armas tomar.

—Vale, le diré a Ken que la llame.

—¡Que sea pronto, por favor!

—¿Habéis comido ya?

—Sí, por eso quiero sacarlo antes de que se haga de noche y desfogue un poco de adrenalina.

—No te preocupes, enseguida llama Ken. Hasta pronto.

—No lo dejes para muy tarde. Y cuídate.

—¿Con quién hablabas? —Ken se sentó frente a ella y puso la bandeja con varios sándwiches.

—Con Sara —se le escapó un gemido—. Al parecer tu abuela ha adoptado a Jaime y no quiere perderlo de vista.

—Ja, ja, ja, ja. No esperaba menos de ella. —Volvió a reír con ganas.

—No es gracioso, Ken. Sara quiere llevarle a correr un poco para que descanse bien esta noche, de lo contrario, no pegará ojo.

—Supongo que debería llamar a mi abuela para decirle que les deje salir.

—Eso mismo es lo que te iba a pedir. —Se cruzó de brazos.

—Está bien. —Le puso un plato con varios sándwiches—. Come y mientras llamo a mi abuela.

Le vio levantarse y cuando empezó a hablar salió de la zona donde estaba sentada Lola, por lo que no escuchó nada de lo que decía. Resignada se centró en la comida y desenvolvió un sándwich, lo fue pellizcando y tomando pequeños bocados mientras vigilaba la zona por donde había salido Ken. Bebió el zumo de su bandeja y se quedó absorta mirando el resto de la comida en ella. No podía seguir comiendo, tenía un nudo en la garganta que no le dejaba pasar nada.

Lola se volvió de repente asustada al ver que alguien se sentaba a su lado, pero se tranquilizó enseguida al reconocer al médico amigo de Ken.

—¡Hola! ¿Dónde está MacRae?

—Estoy aquí. —Ken se puso junto a Lola y le dio un beso en los labios, haciéndola enrojecer—. Ya lo he arreglado, la abuela los acompañará hasta el parque.

—Gracias.

—¡No has comido nada! —Desenvolvió un sándwich y se lo puso ante la boca—. Toma.

—No tengo más hambre —se quejó.

—Eres peor que los niños —le sonrió con simpatía—. Vamos, aunque solo sea un poquito.

—Dame. —Lola cogió el sándwich y le dio un bocado con fuerza. Tragó y le sonrió—.

¿Estás contento?

—Mucho.

Se inclinó sobre la mesa y le dio un beso más largo de lo que debería, pero se detuvo en cuanto escuchó el carraspeo junto a él.

—MacRae, si me das uno de esos, yo también te dejo que me morrees. —Rio MacTavish.

—Toma. —Le tendió uno de los sándwiches que quedaban—. Pero no te pienso morrear. —Se carcajeó Ken también.

Comenzaron a comer los tres en silencio. Lola los miraba alternativamente sin dejar de masticar, pero se cansó de esperar, y al ver que ninguno decía nada, tomó la iniciativa.

—Doctor MacTavish, ¿qué ha visto en las pruebas?

—Mmm, bueno. Tienes una inflamación en la zona de las vértebras, lo cual es lógico tras el golpe que recibiste. —Miró a Ken—. Por suerte, no parece que haya mucho más daño, pero una de las vértebras torácicas tiene una fisura debido al golpe, casi con toda seguridad. Sin embargo, la inflamación en las cervicales puede provocar mareos, dolor de cabeza, o vómitos. En fin, habrá que vigilar su evolución. Con estos antiinflamatorios y reposo, espero que en unos días

mejore tu situación. —Le dio una bolsa de papel a Ken.

—¿Estás seguro?

—Sin duda, no hay ningún otro daño ni puede haber efectos indeseados, salvo lo que ya os he dicho. Dentro tienes las instrucciones de posología.

—¡Gracias, amigo!

—¡De nada!, pero me debes una comida de verdad. Esto es solo un pisolabis —le guiñó un ojo a Lola—. Vuelvo a mi consulta, avísame si necesitas algo. —Se levantó y le dio un beso en la mejilla a la muchacha solo para escuchar el gruñido de MacRae.

Lola le miró con timidez por su osadía, mientras Ken apretaba los dientes y refunfuñaba hasta que lo vio alejarse con pasos rápidos; cuando le perdieron de vista se volvió hacia ella sonriente.

—No pienses que le voy a dejar acercarse a ti. —La levantó de la silla y la acercó a su cuerpo—. Vayamos a casa, tenemos que hablar en privado.

—¿Y los niños y Sara? —se quejó la muchacha con timidez.

—La abuela se encargará de que no les falte de nada —la voz de Ken se había vuelto muy ronca de repente.

Sacó a Lola por la puerta de Urgencias y recogió las llaves del coche que le dio el celador. El acerado de adoquines hacía temblar la silla de ruedas y ella se agarró con fuerza a los reposabrazos, pero, aun así, el traqueteo lanzaba punzadas de dolor por toda su espalda. Sintió que iba a vomitar y avisó a Ken, que se detuvo de inmediato.

Lola se incorporó y echó todo lo que tenía en el estómago, a un lado del jardín que bordeaba el acerado. Sus brazos le rodearon la cintura mientras ella se inclinaba para echar fuera de su cuerpo hasta la última partícula que había comido. Cuando se volvió a sentar, le limpió la boca con un pañuelo de papel. Lola se sentía tan débil que le temblaban un poco las piernas, pero el escocés la sujetó. Sacó su móvil y llamó.

—¡Mich! Dejo la silla en el camino al *parking*. Por favor, ven a recogerla —se escuchó una voz al otro lado que asentía—. Sí, gracias. —Cogió en brazos a Lola y con pasos rápidos se dirigió al aparcamiento.

—Puedo andar —se quejó.

—Lo sé, pero así iremos más deprisa. —La apretó contra su pecho.

—Te vas a hacer daño.

—¡Och! ¡¡Si eres solo un poco más pesada que Claudia!! —Sacó la lengua con burla—. Te cargaría todo el día por el puro placer de tenerte en mis brazos —susurró más serio.

—Gracias. —Se cogió de su cuello y aspiró su aroma.

—No me las des todavía —contestó con voz imperturbable.

Se paró y la besó con pasión. Sus labios sobre los de ella le robaban la voluntad de quejarse y solo pudo disfrutar de las sensaciones placenteras que recorrían todo su cuerpo. Tan rápido como inició el beso lo detuvo, y apoyó su frente en la de ella. Se le escapó un suspiro y comenzó a caminar de nuevo hacia el *Parking*.

Lola escuchó el sonido de desbloqueo del coche y las luces se encendieron. La dejó de pie en la puerta del copiloto y se la abrió. Ella intentó subir por su propio pie, pero él la cogió y se sentó con cuidado, luego se puso ante el volante y encendió el motor. Conducía con seguridad por las calles. Vio que seguía el curso del río y cuando se detuvo frente a un edificio antiguo, le señaló la planta de arriba.

—Ese es mi piso. Tiene solo dos habitaciones, por eso le pedí a mi abuela que alojase a Sara y a los niños—explicó al tiempo que terminó de aparcar el coche. Después bajó para ayudarla a

salir.

—¿Entonces no veré a Jaime? —Sintió que no podría aguantar más su ausencia y se le oprimió el pecho—. Necesito verle, han sido unos días muy extraños.

—Más tarde, ahora vamos arriba. Tenemos que hablar.

—No creo que tengamos nada más que decirnos. —Bajó los ojos mientras daba los pocos pasos que la separaban de la entrada.

—Deja que te lleve. —La tomó en brazos y subió los dos pisos cargándola sin flaquear ni un instante.

—No sé por qué preguntas, si haces lo que quieres.

—De momento, tendrás que aguantar mis atenciones hasta que estés mejor —le guiñó un ojo—, y, aun así, no creo que te deje alejarte mucho de mí.

—No seas neandertal. —Le dio un golpe en el hombro, pero se rio pensando que era una broma.

Llegaron ante una puerta antigua y la dejó en el suelo para sacar las llaves, cuando abrió, ella entró a un pequeño recibidor con un mueble blanco y un espejo sobre él. Dejó el llavero en una bandeja y volvió a cogerla de nuevo en brazos.

—¡Ken! Puedo andar.

—Y yo cargarte en peso toda la vida.

Entró y la dejó en una amplia sala con muebles modernos, un sofá rinconero de color chocolate separaba la habitación de un pequeño pasillo donde se apreciaban tres puertas. No pudo ver más porque la dejó en el sofá, y le dijo que se quedara sentada mientras bajaba a por la maleta.

Lola contempló la habitación decorada con mobiliario blanco de líneas sencillas, varias estanterías de libros a la izquierda y un pequeño soporte para la televisión. A un lado se abría una barra que daba paso a una pequeña cocina, por lo que podía ver desde donde estaba. La habitación parecía muy limpia y recogida, Lola pensó que con toda seguridad una asistente la mantenía así. —Se levantó despacio para asomarse al balcón del fondo, pero antes de hacer nada un grito de alarma la detuvo.

—¡Te he dicho que te quedaras sentada! —Ken llegó a grandes pasos hasta ella y la cogió en brazos para llevarla de nuevo hacia el sofá—. Voy a ver si está hecha la cama. No vuelvas a levantarte de ahí —la amonestó.

—Ken, puedo andar. No hace falta que...

—Shhh, he dicho que no te levantes.

Lo perdió de vista mientras llevaba la maleta al interior, así que siguió mirando la habitación y se dio cuenta de que había fotografías enmarcadas sobre las repisas. Lola quiso levantarse, pero al escuchar sus pasos regresar, se reclinó con cuidado.

—Vamos, te llevaré a descansar. —Volvió a cogerla en brazos y cargó su delgado cuerpo hasta la primera habitación a la izquierda—. Este será nuestro cuarto.

—No creo que estemos en ese punto —lo regañó—, apenas nos conocemos.

—Tengo que vigilarte. ¿Cómo lo haré si dormimos en cuartos separados? —Su sonrisa de niño travieso la desarmó.

—Está bien. —Miró la gran cama que presidía el centro de la habitación y se le secó la boca.

—No digas nada, es una orden médica. —Ken apartó el cobertor de la cama y la sentó al filo—. Voy a buscarte un pijama.

Se volvió y abrió el equipaje que había subido. Lola se dio cuenta de que su ropa estaba allí

guardada. Observó confundida, esa era la maleta de Ken. Recordó que al dejar a Sara y los niños bajó la que habían traído de Londres.

—No veo tu pijama. —Se volvió hacia ella.

—Solo traje uno y quedó destrozado cuando... —Desvió la mirada.

—No pasa nada —Ken abrió un cajón y sacó una camiseta suya—, toma, al menos con esto estarás más cómoda.

—Gracias. —Lola la cogió y lo miró, al ver que no salía de la habitación llamó su atención—. ¿Puedes darme un poco de intimidad?

—Puedes cambiarte, yo desharé la maleta. —Se volvió y fue sacando ropa que fue guardando entre los cajones y el armario.

Al darse cuenta de que no la dejaría sola se le escapó un suspiro, se dio la vuelta hacia él y se quitó el pantalón y el jersey. Se vistió lo más rápido que pudo con la camiseta, que le llegaba casi a las rodillas y, al darse la vuelta, estaba detrás de ella.

—No tienes que sentir vergüenza por mí —la cogió de la cintura—, al fin y al cabo, soy tu prometido.

—Eso..., eso es mucho decir para una relación que recién acabamos de empezar.

—Yo siento que te conozco desde antes. De hace tiempo. De toda la vida —susurró en su oreja.

—Pues yo no. —Se revolvió incómoda—. Ya te dije que necesito más.

—En el castillo estabas de acuerdo. ¿Por qué ese cambio de parecer?

—Yo... —Lo miró y sintió vergüenza de sí misma—, yo no sé cómo acepté y...

—Vale, no digas más —su mano se paseó por su cara dejando un rastro de suavidad, que le hizo tragar saliva—, estás indecisa todavía.

—No es indecisión. —Se apartó de él, lo que le permitió alejarse. Ella se sentó en la cama retorciendo sus manos.

—¿Entonces qué es? Dime lo que necesitas, y te lo daré. —Cogió sus dedos y los besó con dulzura.

—No lo sé. —Se le escapó una lágrima—. No sé lo que quiero. Antes lo tenía muy claro, quería un trabajo y vivir una vida tranquila con mi hijo. Pero ahora ya no lo sé.

—Es bueno que lo reconozcas —sonrió—, eso significa que, en realidad, piensas en mí para un posible futuro juntos. Le dio un beso en la frente haciéndole recordar la ternura con que la trataba—. Cuéntame tus dudas, y veré si puedo despejarlas.

—No creo que lo logre. —Lola se levantó y se acercó a la ventana.

—Vamos, no me dejes así. Habla conmigo.

—Siento que te conozco de antes, que te necesito a mi lado. Pero cuando pienso en lo que pasó —negó con la cabeza—, creo que mereces a alguien mejor que yo, más pura.

—¿Qué tonterías dices? —La abrazó desde atrás—. Yo también siento que te conozco desde antes y te aseguro que para mí no hay nadie más puro que tú. Lo que te ocurrió no me importa, no fue culpa tuya. Mírame. —Le dio la vuelta en sus brazos—. Solo quiero estar contigo, ver pasar juntos el tiempo. Criar a nuestros hijos y disfrutar de una vida a tu lado. Todo lo demás, sobra.

—No puedes hablar en serio. ¿Cómo no te va a importar lo que me hicieron? Estoy tan sucia que ni yo misma me soporto. Si no fuese por Jaime, nada me detendría en este mundo. —Se le escapó un sollozo.

—¡Och, muchacha! No digas eso. Creo que estás alterada por lo que ocurrió ayer y recuerdas cosas que en realidad no tienen importancia. Mírame —la cogió de la barbilla y le

obligó a levantar la cabeza—, desde el primer momento en que te vi me sentí atraído por ti, por tu dulzura al hablar con Jaime. Tu sonrisa me cegó, y cuando los niños conectaron, eso fue... —La miró muy serio—. Me ayudó a acercarme a ti. Estaba reacio a marcharme de España, pero cuando Sara me dio tu dirección, pensé que podría empezar un cortejo. Todas mis esperanzas se derrumbaron al volver en septiembre y comprobar que te habías ido, y, además nadie quiso decirme dónde. Fue una locura. Te llamaba una y otra vez, estaba dispuesto a volver este mes, después de las reuniones con los arquitectos, porque no me daba por vencido.

—Ken, lo siento, pero todo esto me asusta.

—Lo sé y lo entiendo. Tendré paciencia. Te prometí que no haría nada que tú no quisieras, solo te pido que me des una oportunidad —bajó la cabeza hasta el hombro de Lola—. Quiero ser tu razón de vivir, una parte importante de tu vida, y si me dejas, de la de Jaime.

—No puedes reconocer a mi hijo como tuyo. No sé mucho de herencias, pero al ser un chico, heredaría tu patrimonio. No sería justo si —lo miró avergonzada—, si tuvieses otros hijos.

—Lola, no soy un jefe de clan. De hecho, mi clan es armígero, lo que significa que no tenemos un *laird* ni estamos reconocidos por la corte de lord Lyon. Es decir que no poseemos título de nobleza en Escocia.

—Pero tienes el castillo y...

—Algún día te contaré la historia familiar. Por ahora, te diré que el castillo es como una casa, nada más.

—Sí, claro, una casa —refunfuñó ella.

—Lola, ¿puedes simplemente aceptarme como hombre? Olvida el castillo y todo lo demás, solo importamos tú, los niños y yo. Ellos ya se quieren como hermanos, no podemos separarlos ahora.

—Te dije que no debías darle ilusiones a Jaime —se quejó Lola.

—Pero tú no me desmentiste. Podrías haberlo negado en ese momento y no lo hiciste.

—Estoy tan confundida. —Se frotó las sienes ante el incipiente dolor de cabeza.

—Lo sé, entiendo tu confusión. Yo mismo sigo todavía en *shock*.

—¿No podemos ser amigos y ver a dónde nos lleva? —susurró.

—Ya lo somos, y sabes que al final aceptarás mi amor, porque sé que tú también me amas.

—Le levantó la cara—. Reconócelo. Te prometo que esperaré, pero lo haré estando a tu lado.

—¿Y mi trabajo?

—Buscaremos una solución. Puedes hacerlo todo el tiempo desde aquí e ir solo unos días a Londres. O puedo ayudarte a encontrar otro aquí. O no trabajes, yo puedo mantener a mi familia.

—No puedo dejar de trabajar. —Lo miró muy seria—. Si algo saliera mal entre nosotros, necesito un trabajo para volver a mantener a Jaime.

—Eso no va a pasar, pero si quieres trabajar, hazlo. Yo no seré un obstáculo en tu carrera.

—La besó en la frente—. Aunque también puedes retomar la arquitectura. —Sonrió con picardía.

—No creo que pudiera costearme estudiar aquí. Además, ¿cómo podría pagar la escuela de Jaime, casa...? —Ken le puso un dedo en la boca.

—No necesitas trabajar para mantener a nadie, yo me ocuparé de eso.

—No, gracias. Me gusta mi trabajo, ya te he dicho que necesito ser autosuficiente.

—Como quieras. —Sonrió—. ¿Entonces, estamos de acuerdo?

—Sí. —Lola tragó saliva—. Espero no arrepentirme.

—No lo harás. —La miró muy serio—. Sellemos nuestro trato con un beso.

No pudo ni responderle, su boca se apoderó de los labios de ella con fuerza. Al principio se quejó, pero suavizó sus movimientos y acariciaba los de Lola, le persuadía con delicadeza y

paciencia. Su insistencia le hizo abrir la boca, lo que él aprovechó para meter su lengua. Sintió que crecía la tensión en su interior, la de ella salió al encuentro mientras sus labios se movían sobre los de la muchacha. De pronto, sintió un pequeño mordisquito en el borde inferior y luego un chupetón. Lola se quejó al sentir que se apartaba de ella.

—¡Och, muchacha! No puedo seguir con esto sin tocarte, deja que me enfríe un poco.

—Puedes hacerlo —respondió en voz baja y susurrante.

—¿Estás segura? No quiero hacerte daño. —Vio su nuez subir y bajar mientras tragaba saliva.

—Confío en ti. —Acarició su cara y vio aparecer sus hoyuelos.

En un momento la cogió en brazos y la dejó con delicadeza en la cama, se tumbó a su lado y la volvió hacia su cuerpo. Lola podía sentir su dureza contra su vientre, lo que la puso nerviosa e hizo que se tensara.

—Tranquila, cariño, prometo que haremos lo que tú quieras. —Le dio un piquito—. Lo que tú desees darme será un regalo.

Sus dulces palabras tranquilizaron a Lola, asintió con la cabeza y le pasó los brazos por el cuello. Podía ver el deseo en su mirada, pero no se movía, había dejado en sus manos la iniciativa. Pensó en acariciar su torso, mas se reprimió y acercó su boca a la de él. Los labios de la muchacha rozaron los suyos. Se recreó en su suavidad y los acarició cada vez con más fuerza, pero no era suficiente para ella. Repasó su contorno con la lengua y la escuchó gemir, notaba cómo se tensaba en sus brazos, pero él aún continuaba quieto. No hacía nada por tocarla o quitarle la iniciativa.

La lengua de Lola entró en la boca de él, rozó sus dientes y encontró su lengua. Al principio, se quedó inmóvil y dejó que lo acariciara con la suya. Sintió el calor subir por dentro de ella, le ardían las mejillas y la tensión en su vientre era casi insoportable. Se apartó un poco de él y pudo notar cómo se endurecía.

—Continúa tú —susurró.

—Creí que nunca me lo pedirías.

Su boca se movió exigente sobre la de ella, aceptando y devorando cuanto tocaba. Lola sentía que iba a explotar, ardía por dentro y se volvía líquida, hasta que sus manos se introdujeron bajo la camiseta. En ese momento se puso rígida. Él se dio cuenta y le susurró palabras de amor al oído mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Shhh, tranquila nena, deja que te vea.

Sus mordisquitos le ponían el vello de punta y no precisamente de temor. Sacó la camiseta por su cabeza sin que opusiera resistencia, pero un escalofrío le recorrió toda la columna.

—¿Tienes frío? —Ella negó con la cabeza—. Deja que te caliente.

No esperó respuesta, su boca se posó sobre los pechos de la muchacha. Ella intentó alejar las imágenes de aquel día y concentrarse en él. Abrió los ojos y lo miró mientras se agarraba a sus brazos. No supo si para acercarlo o alejarlo. Siguió descendiendo por su vientre y metió la lengua en su ombligo. El calor se hacía cada vez más insoportable, y cuando bajó aún más hasta su sexo intentó apartarlo, pero él sujetó sus manos y le susurró palabras de consuelo. Al sentir el placer que le daba con la boca, se dejó acariciar. Su lengua jugueteaba y la muchacha sentía la tensión arremolinarse en su vientre, crecía y crecía hasta que le hizo explotar con un grito, que ni ella misma reconoció, mientras su cuerpo convulsionaba sin control alrededor de su boca. El placer le hizo perderse en la bruma de sus miedos, hasta que al final se encontró consigo misma. Esto fue lo que debería haber sentido en su primera relación sexual. Lo anterior no contaba, pensó con languidez. Abrió los ojos y le sonrió con la mirada, velada por lágrimas de alegría.

—¿Estás bien? —Cogió su cara entre las manos mientras ella afirmaba con la cabeza—. ¿Quieres continuar o me detengo?

La pregunta hecha, como por casualidad, la sacó de su ensoñación. No quería que se detuviera. Lola sabía que todavía tenía mucho que aprender y que él no había buscado su propio placer. Lo acercó a ella y lo besó con pasión, sus manos se volvieron más atrevidas y se introdujeron bajo su jersey. Podía notar la desesperación que la consumía. Él se incorporó y se quitó la ropa que los separaba, su torso musculoso y duro la hizo tragar saliva. Se acercó a su pecho y saboreó sus pezones hasta verlos endurecerse. Notó cómo apretaba los puños, pero no hacía nada. Era ella quien llevaba la iniciativa, lo que lo hizo sonreír. Lola acarició sus dorsales y deslizó las manos hasta su trasero cubierto con los vaqueros, introdujo una y tocó la suave piel bajo la ropa. Notó su erección presionando contra su vientre, y como si de una corriente se tratara, el valor corrió por sus venas, así que sacó las manos de la parte trasera e intentó desabrocharle el pantalón, pero él la detuvo.

—¿Estás segura? —La miró muy serio—. Hay ciertas cosas que por más que quiera no puedo controlar, y una vez que empiece no sé si podré contenerme. —Apoyó su frente en la de ella con pesar por lo que le acababa de decir.

—Quiero hacerlo.

Le dio un beso nada tímido y se apartó un poco. Él se puso en pie con rapidez, se quitó los pantalones y el bóxer, gesto que hizo que se quedara mirando su miembro erguido frente a ella. Tragó saliva y alargó el brazo para tocarlo. En cuanto sus dedos lo rozaron, se sacudió con violencia. A Ken se le escapó un gemido gutural y se asustó al pensar que le había hecho daño.



Capítulo 4

Juntos

Se tumbó junto a Lola en la cama, cogió sus manos temblorosas mientras su boca volvía a obrar magia sobre la muchacha, que se relajó y dejó que la envolviera entre sus brazos. Ella dejó vagar sus dedos con libertad por la espalda de Ken, apretó sus glúteos y notó que contenía el aliento. Despacio cogió su miembro erecto y volvió a gemir, pero esta vez estaba preparada.

Recorrió todo lo largo desde la base a la punta y recogió las pequeñas gotas que se formaban en el extremo. Lola sintió el poder corriendo por sus venas, nunca antes se había sentido así. Se acercó más a su cuerpo y colocó el vértice de sus muslos a la altura de su pene, se regocijó en la placentera sensación de tenerlo entre sus piernas, acariciando el exterior de su sexo. Los gemidos de ambos se entremezclaban. Y a pesar del placer que Lola sentía, no podía seguir. No sabía qué más hacer. Cogió su cara entre sus manos y le dio un piquito, mientras le miraba con pasión.

—Hazlo —su voz sonó enronquecida y seductora—. Hazlo ya, antes de que me arrepienta.

Ken no dijo nada, solo emitió un gruñido y se subió sobre ella. Lola sintió el pánico apoderarse de su cuerpo al verse atrapada bajo su peso, abrió los ojos y se centró en su mirada oscurecida de lascivia. Pudo reconocer algo más, pero no lo identificó. Lo besó y volvió a acariciar sus fuertes brazos.

Lola sintió su miembro a la entrada de su sexo, presionaba despacio, pero, aun así, su intrusión le hacía sentir incómoda. Volvió a apartar de su mente las imágenes de aquel día y se centró en él, anclando la mirada en su bello rostro contraído por la tensión.

—Lo siento, no puedo retrasarlo más.

Gruñó y se apoderó de su boca mientras se introducía por completo en ella. Sintió pánico y se removió bajo su peso. No era dolor lo que sentía, pero se notaba extraña y abierta. Lo miró, sonrió para demostrarle que estaba bien, él le devolvió la sonrisa. Entonces comenzó a moverse dentro de ella. Notó cómo sus embestidas eran cada vez más rápidas, su fuerza la hacía gemir. Lola sintió la tensión en su vientre, oleadas de fuego lamían su interior, alzó el vuelo en llamas hasta que se dejó llevar, y explotó. Gritó bajo su peso, no le importaba quien pudiera escucharla. El placer era tan grande que su cuerpo atrapaba cada oleada de éxtasis y la transformaba en espasmos de satisfacción. Perdió el contacto con la realidad hasta que escuchó su ronco gemido y su cuerpo se endureció más aún, lanzando fuertes estocadas, que se ralentizaron cuando se quedó flojo tras un jadeo y se dejó caer sobre ella.

Lola apenas podía respirar e intentó moverse bajo su cuerpo, él se dio cuenta y se levantó con rapidez, sus ojos seguían oscurecidos por las reminiscencias de la pasión. Sonrió y se apoyó

en un codo mientras con la otra mano apartaba un mechón de pelo de su cara.

—¿Estás bien?

—Sí. —la joven cerró los ojos antes de continuar hablando—. Pensé que moriría de calor —dijo con timidez.

—Es la pasión lo que recorre tu cuerpo. —Le dio un beso suave en los labios y se incorporó—. ¿Te duele?

Negó con la cabeza, aunque empezaba a notar un leve escozor en sus partes. Se levantó para ir a asearse y sintió su semen bajar por la pierna. No pudo evitar ponerse colorada y corrió hacia el baño a pesar de todos sus dolores. Limpió con papel higiénico el interior de sus muslos y luego el sexo, entonces se abrió la puerta y entró Ken sonriente.

—Vamos a ducharnos, después iremos a ver cómo se están portando los niños.

La cogió de la cintura y se la acercó a su cuerpo. La levantó y se metieron en la ducha, ella no podía apartar la mirada de sus ojos chispeantes de buen humor. El agua los mojaba y Lola le vio tomar gel en una mano. Se volvió y comenzó a frotar el cuerpo de la muchacha con cuidado, sus manos le acariciaban la espalda con la suavidad de las alas de una mariposa. Ella se relajó contra su cuerpo mientras sentía que algo volvía a calentar su interior. Le dejó lavarla. Sus manos se volvieron más atrevidas mientras recorrían su cuerpo con una lentitud apabullante. El dedo de Ken dibujaba el contorno de sus pechos con suavidad despertando sensaciones placenteras en ella. Cerró los ojos y se dejó llevar por el placer que sus caricias le provocaban. Lola dejó escapar un suspiro mientras el aire salía con lentitud de su cuerpo, después se apoyó en el de Ken. Sus manos dibujaban cuadros abstractos en la piel de la muchacha mientras dejaba pequeños besos en su nuca. Un escalofrío de placer la recorrió sin piedad, se le puso la piel de gallina y el vello de su cuerpo se encrespó. Sus grandes dedos siguieron obrando magia y se colaron entre las piernas de ella. La suavidad del gel de baño la hizo sentir tan bien, que apenas notó cuando su dedo se introdujo en su interior. Se le escapó un gemido e intentó apartarlo de ella, pero la besó en la nuca y le susurró suaves palabras de amor que la relajaron contra su pecho. Sus lentos movimientos en el clitoris volvieron a levantar su pasión, sintió que iba a explotar en cualquier momento. Se lo dijo, pero él no paró. En ese instante sucedió, estalló entre sus dedos. Las piernas de Lola se volvieron de mantequilla y su respiración agitada era acompañada de pequeños ruidos. Sorprendida, se dio cuenta de que era ella la que estaba gimiendo.

—Eso fue muy dulce.

La volteó para que lo mirara y vio que se introducía un dedo en la boca, lo chupó con ansias y fue cuando ella recordó que con él le había proporcionado el último orgasmo. Lo observó algo azorada, y al ver su mirada de pícaro, le sonrió.

—Sí. —Se acercó a su cuerpo y, sin avisar, le agarró el miembro con fuerza. En cuanto su mano rodeó su carne semierecta se endureció en su totalidad—. Ahora veamos si puedo saborear yo tu dulzura —dijo con voz ronca.

La joven se arrodilló y le dio un lametón en la punta sin soltarlo, él emitió un gruñido de placer que rebotó en las paredes del baño. Otra imagen similar cruzó la mente de la muchacha, se quedó paralizada hasta que levantó la cabeza y lo vio sonreír. Tragó saliva y lo introdujo en su boca mientras obligaba a su mente a centrarse en el presente, aunque no podía evitar recordar los consejos que le dieron aquel día que abusaron de ella. Se introdujo cada vez más adentro su pene mientras sus manos la guiaban.

—Lola, cariño, deja que te tome —gruñó apasionado.

Negó con un gesto e insistió en lo que estaba haciéndole, chupó con ansia y escuchó sus

gemidos. La cogió con fuerza de la cabeza y aumentó el ritmo de sus embestidas hasta que su semen entró por la garganta de ella. Sintió que se ahogaba, pero recordó quién era su amante, por lo que se relajó y soltó su miembro mientras se limpiaba con la lengua los restos entre los labios. Se puso de pie y lo vio con los ojos abiertos, observándola con una expresión de perplejidad que la hizo enrojecer.

—¿No te ha gustado? —Apartó la mirada.

—Dios —la abrazó con fuerza—, si lo hubiera hecho más, habría muerto de un paro cardíaco.

—Entonces ¿por qué me miras así? —El agua caía sobre ellos y el vapor envolvía el baño.

—Solo me ha sorprendido que tomes la iniciativa.

—¿No te gusta que lo haga? —Lola sintió que el calor invadía su rostro de nuevo y bajó la mirada.

—¡Och, muchacha! Cuando y como quieras. —La besó en la frente.

—Vale —respondió aliviada.

Sus manos volvían a estar llenas de gel y la enjabonaban de nuevo mientras silbaba una cancioncilla. Lo observó sonriente, compartían una intimidad que ella jamás soñó que tendría con un hombre. Lola echó gel en sus manos y le retribuyó el favor. Recorrió su cuerpo como si estuviera memorizando cada músculo que tenía, no dejó ningún rincón sin enjabonar a la vez que él le besuqueaba en el cuello. Se le escaparon risitas nerviosas, pero hasta que no acabó su trabajo no le dejó hacer nada más.

Salieron de la ducha y la envolvió en una gran toalla de baño, mientras él se ponía un albornoz. Puso otra más pequeña en el pelo de Lola, le frotó con cariño sin dejar de mirarla, ni ella a él. Entró al cuarto y cuando volvió se la quitó y le desenredó el pelo.

Intentó arrebatarse el cepillo, sabiendo que le daría tirones. Al tener el cabello largo y lacio era inevitable que se le enredara, pero le atrapó la mano y negó con la cabeza. Peinó a su amada despacio y la escuchó suspirar cuando terminó, luego sacó un secador de pelo y se lo secó con paciencia. Ella se sentía como cuando era pequeña y su madre cuidaba de su larga melena. Cerró los ojos y se dejó llevar por imágenes del pasado.

—Ya está.

Su voz la sacó de su ensoñación. Se puso en pie y le echó los brazos al cuello, a la vez que él la abrazaba por la cintura sin apretar.

—Gracias. —Le dio un beso suave—. Eres un amor.

—Estoy haciendo méritos —se rio Ken sin dejar de mirarla—, para cuando empieces a descubrir mis defectos.

—¿Pero los tienes? —Le guiñó un ojo.

—¡Och, muchacha! No sabes cuántos. —Le dio un azote en el trasero y la empujó hacia el cuarto—. Vamos a vestarnos para cenar con mi abuela y los niños.

—A sus órdenes doctor. —Lola le sonrió y buscó en su maleta ropa limpia, sacó el sujetador y se le escapó un suspiro.

—No te lo pongas, es mejor que dejes sanar el hematoma antes de que te roce nada.

—No puedo ir con los pechos bamboleándose ante tu abuela —se quejó.

—No creo que se dé cuenta, y si dice algo, son órdenes del médico.

—¡Qué vergüenza! —Tragó saliva y se puso un jersey rosa, los vaqueros y unas zapatillas de deporte.

—¿No tienes botas?

—Las dejé en el castillo, ¿por qué?

—Las botas te abrigan mejor los pies que las deportivas. No quiero que enfermes por el frío.

—No te preocupes, tampoco vamos a estar tanto tiempo fuera.

—Eso es cierto. —La miró pensativo—. Mañana iremos a compraros ropa adecuada para las *Highlands*

—No hace falta, tenemos ropa —se quejó Lola.

—Lo que tenéis no es lo mejor con este clima, necesitáis lana pura para aislar el cuerpo.

—Está bien, mañana iremos de compras.

Le puso el anorak y él se abrigó con un *barbour*. Salieron a la calle y la abrazó por los hombros, al tiempo que vieron el sol esconderse entre las montañas. Su luz se perdía y dejaba la ciudad sumida con el resplandor de las farolas. La humedad del río seguía su paso lento, podía sentirse en los huesos. Ella apretó los puños dentro de los bolsillos y se pegó contra el cuerpo de Ken en busca de calor. Tras un paseo de quince minutos llegaron a la casa de esa mañana, sintió timidez por conocer a su abuela, pero él tiró de ella. Escuchó el potente timbre y la puerta se abrió casi de inmediato, pareciera que estaban esperando tras ella a que llamaran.

—Llegáis justo a tiempo. —Sara tenía a Jaime cogido por la cintura y lo llevaba como si fuera un muñeco—. Este monstruito tiene tanta hambre que se ha colado en la cocina.

—¡Mami! ¡Papi! ¡Tengo «hambe»!

—Ja, ja, ja. ¿Y cuándo no la tienes? —Lo cogió del brazo de Sara, pero inmediatamente Ken se lo arrebató.

—No debes coger peso hasta que tu espalda esté mejor —le regañó.

—¡Pero si no pesa nada! —se quejó ella.

—Yo lo llevaré por ti. —Le dio un beso en la frente y les hizo entrar a un salón muy iluminado.

—¡Papi! Menos mal que habéis llegado, Jaime tiene mucha hambre. —Claudia los abrazó a ambos y casi se cae Lola por el impulso.

—Entonces, vayamos a cenar antes de que este caballerete nos confunda con su comida. —Se carcajeó Ken—. ¡Hola, abuela! Quiero presentarte a Lola, mi novia y la madre de mi hijo Jaime.

La muchacha se puso tiesa al escuchar la presentación, todavía no se acostumbraba al engaño. Miró a Sara que se la devolvió sin decir nada.

—¡Encantada de conocerte, Lola!

La señora tenía al menos ochenta años, su delgada figura daba la impresión de debilidad, aunque su gesto lo desmentía. Le devolvió el saludo y le dio dos besos. Al acercarse, Lola vio que sus ojos azules la miraban inquisidores tras un velo blanquecino, lo que le hizo pensar que tenía problemas de visión; cataratas con toda seguridad. No entendía por qué Ken no le había propuesto operarse. Después de todo, era médico.

Lola se apartó y se quitó el anorak, Sara se lo cogió y lo colgó en el armario de la entrada. Ken hizo lo mismo y abrió el camino hacia otra habitación. Llevaba a Jaime riendo en sus brazos mientras le hacía carantoñas. Claudia le cogió la mano y Lola la besó con cariño. Alabó el vestido que llevaba y lo guapa que estaba con él. Ella le contestó diciendo que era un traje viejo y que casi no le quedaba bien.

—No te quejes pequeña, mañana iremos de compras. —Ken sentó a Jaime en una trona.

—¡Bien! —Saltó de alegría.

—Si con cinco años se pone así por ir de tiendas, tendremos que hacer muchas horas extras para vestirla cuando sea mayor —susurró Lola al oído a Ken y él soltó carcajadas sin ningún pudor, luego apartó la silla y se sentó junto a Jaime.

—No te preocupes por eso —respondió Ken en voz baja—. Por suerte tenemos una fortuna familiar.

Ella se rio con ganas y se cubrió la mano con la boca al darse cuenta de que todos la miraban. Volvió la cabeza hacia Ken mientras se sentaba sonriente frente a ella. La abuela presidía la mesa y Sara se puso al otro lado de Jaime, que ya estaba aporreando los cubiertos en su sitio. Lola se los quitó con rapidez y le regañó en voz baja. Frente a ella, Ken le llenaba el plato a Claudia, que los miraba emitiendo risitas. Lola no se atrevía a volver la cabeza y ver a la abuela, debía de pensar que no tenían educación, ante las voces de Jaime pidiendo comida.

—Lo siento —Lola se giró para mirarla a la cara—, cuando tiene hambre no hay quien lo calle. En verdad, parece que tenga un agujero en el estómago. —Sonrió con simpatía.

—¡Och! No te preocupes muchacha, es señal de buena salud. —Le devolvió la sonrisa complacida—. No puedo pedir más para un MacRae.

Lola agachó la cabeza al tiempo que llenó el plato de Jaime con croquetas y puré de patatas antes de que se le notara la mentira. Sara le dio un poco de agua mientras ella cortaba trocitos pequeños para que él pudiera pincharlos y comer solo.

Se sirvió unos filetes del centro de la mesa y luego verduras cocidas, un criado le quería servir vino, pero ella puso la mano en la copa para impedirlo.

—Gracias, prefiero agua. —Miró a Ken que asintió con la cabeza.

—Un poco de vino no te hará mal —dijo la abuela sonriente.

—Mejor que no tome nada —aseveró Ken—. Es una prescripción médica.

—Vale, entonces me callo. —Sonrió apacible y volvió a prestar atención a su plato.

—Papi, dice la abuela que dormiremos aquí —se quejó Claudia.

—Sí, pequeña, no tenemos tantas habitaciones en casa para todos.

—Pero yo sí tengo mi cuarto —insistió.

—No querrás dejar solo a tu hermanito y a Sara.

Se escuchó un bufido y Lola se giró hacia su prima, que los miraba con cara enfadada. Jaime pidió más comida y los distrajo a todos. Ken aprovechó para hablar con su abuela y le contó las mejoras que pretendía hacer en el castillo. Lola se giró hacia Sara y la llamó por detrás de la silla de Jaime.

—¿De verdad que no te importa quedarte aquí con los niños?

—¡Qué remedio! —cuchicheó con fingida indignación—. ¿Qué te han dicho en el hospital?

—Solo tengo inflamación en la columna, con reposo y antiinflamatorios se pasará.

—¡Menos mal! —dijo muy seria—. ¿De verdad eres su novia? —Hizo un movimiento de cabeza hacia Ken.

—Sí. —Sonrió feliz por una vez en su vida—. Hemos hablado y —tragó saliva—, creo que estoy enamorada.

—Ja, ja, ja. —Su sonora carcajada llamó la atención, pidió perdón y bajó la voz mientras se acercaba más a su prima—. Eso te lo podría haber dicho yo en Benalmádena.

—Pues, aunque sea más lenta, lo he averiguado yo solita. —Se incorporó y pinchó un trozo de carne con unas pocas verduras.

—Mami, quiero más. —Jaime señaló el centro del plato.

—Vale, pero no mucho. No es bueno comer tanto por la noche.

—Sí, mami —contestó obediente mientras sonreía hacia Ken.

El resto de la cena transcurrió con calma y al terminar se fueron a la salita. Ken ayudó a su abuela a sentarse en un sillón y los niños se tumbaron sobre la alfombra delante de la chimenea. Sara se colocó junto a ellos y les propuso un juego de construcción. Ken le cogió la mano a Lola

y la puso en el sofá, luego se acomodó a su lado. Su brazo se posó posesivo sobre el hombro de la muchacha que miraba algo avergonzada a la abuela.

—Si quieres puedes servirte una copa, hijo, por mí no te prives. —Morag cogió un libro de la mesa junto al sillón y se reclinó con él en el regazo.

—Gracias, abuela, pero no me apetece.

—¡Och! Eso sí que es raro muchacho. —La mujer arqueó una ceja divertida—. ¿No estarás enfermo?

—Nada de eso. —Le guiñó un ojo—. Bueno, me serviré un *whisky* para no afeear el ofrecimiento.

—¿Y cuánto tiempo os quedaréis por aquí?

—En un par de días volveremos al castillo, Douglas se está ocupando de los arquitectos que harán el proyecto de remodelación.

—Hum... deberías haber cogido gente de aquí. —Se incorporó y puso el libro sobre la mesa—. ¿Cuándo pensabas decirme lo del pequeño?

—Ya te lo he dicho, fue una sorpresa también para mí. —Observó a Lola con cara seria.

—Y tú, muchacha no deberías haberle ocultado lo del niño —la amonestó—, un padre siempre tiene que saber de su hijo. Por suerte, has recapacitado, y no solo eso, además estás en muy buenos términos con mi nieto. —Levantó una ceja esperando que le respondiera, pero ella se negó a entablar una discusión por una mentira.

Lola asintió con la cabeza porque no sabía qué decir, Ken se hizo sitio a su lado y la abrazó. Podía sentir su aliento en la piel. Se le erizó el vello de la nuca y notó que crecía el deseo. Él la miró sonriente y acabó de tomar de un trago su bebida. Con su mano derecha sobre el hombro de la muchacha que se sintió abrigada y deseada, al mismo tiempo su dedo dibujaba circulitos por encima de su jersey. Lola tragó con dificultad mientras notaba la tensión acumularse en su vientre.

—Niños, creo que es hora de dormir —dijo Ken con voz seria.

—Papi, déjanos solo un poco más —se quejó Claudia.

—No, ya sabes que la abuela se va a la cama temprano.

—¡Mami! ¿Te acuestas conmigo? —Jaime se sentó en las rodillas de Lola y le cogió la cara entre sus manitas—. Quiero dormir contigo —se acurrucó en su pecho como cuando era bebé.

—Pero ¿qué dice este muchachito? —La abuela le señaló con un dedo—. ¿Eres un hombre o una niña?

—Soy el bebé de mami —soltó con rotundidad, Lola tuvo ganas de reír, pero no se atrevió.

—Jaime, será mejor que duermas en tu cuarto —dijo Lola en un intento de convencerlo.

—Yo quiero dormir contigo —insistió el pequeño.

La abuela se levantó y tiró del brazo de Jaime, haciéndole llorar. Intentaba cogerlo, él se revolvió y su llanto fue a más. Hasta ese momento Lola había sido un modelo de comportamiento, pero ese trato tan duro le hizo rebelarse y se levantó con furia mientras mantenía a Jaime contra su pecho.

—Señora, le ruego que deje en paz a mi hijo —dijo con rabia.

—¡Och, muchacha! Este muchachito necesita mano dura y disciplina.

—¡Aléjese de mi niño! —Apretó a Jaime contra su pecho.

—Lola creo que... —Ken se calló de repente.

—¡Noooo! Esto ya ha ido demasiado lejos. —Se giró hacia su prima que estaba en silencio—. Sara coge nuestras cosas, nos vamos.

—¡Por favor! —Ken intentó quitarle a Jaime de los brazos.

—¡Tú! —Se dio la vuelta con su hijo contra el pecho—. Déjanos en paz.

Lola dio grandes zancadas hasta la puerta, allí se encontró a Sara con la maleta, cogió los abrigos y se pusieron cada una el suyo. Ken la miraba asustado, parecía que no sabía qué hacer y Claudia no se atrevía a intervenir. Al ver que abrieron la puerta para salir, Ken se acercó con rapidez.

—¡Lola, por favor!, ¿podemos hablar?

—Lo siento, Ken, ya no hay nada que decir. —Salieron por la puerta y él los siguió.

—Vamos a casa. —Se giró y cogió su abrigo—. Claudia ponte tu chaquetón.

Desde su posición Lola no lo veía, pero podía entender sus dudas entre seguirla o hablar con su abuela. Cargar a Jaime en los brazos le estaba cansando y le temblaban las manos. Se giró hacia Sara y le pidió que lo cogiera. Ella tomó la maleta y siguió bajando las escaleras de entrada sin importarle si la seguían o no.

—¡Lola! ¿A dónde vas? Mi casa está en la otra dirección. —Ken la cogió del brazo.

—Vamos a un hotel, mañana volvemos a Londres —contestó con rabia.

—¡No puedes salir huyendo cada vez que te llevan la contraria! Quédate y hablemos.

—¿Eso es lo que piensas? Pues te voy a decir una cosa señor MacRae, de la educación de mi hijo me encargo yo, y si duerme conmigo, con Sara o solo, es asunto mío. —Lo miró con furia—. Además, ¿quién te has creído que eres para decirnos lo que tenemos que hacer?

—Lola no te pongas así, por favor. La abuela es mayor y tiene una visión de la familia y los hijos muy distinta a la nuestra.

—Ya, pero tú no le has llevado la contraria, prefieres que Jaime llore a contradecir a la señora.

—Por favor, vamos a casa, a hablar. Hace frío y los niños están tiritando en la calle.

Lola se giró y vio a Sara abrazando a los dos pequeños, les frotaba los hombros. No pudo soportar verlos sufrir. Jaime tenía la cara húmeda de lágrimas y Claudia con los ojos vidriosos miraba a Lola con cara de miedo. Entonces se dio cuenta de que había dejado claro que prefería a Jaime antes que a nadie y que no dudaría en abandonarlos.

—Vamos a casa —Lola le extendió la mano a Claudia y le sonrió—, cógete a mí cariño.

—Sí, mami. —Se acercó con rapidez y se agarró a ella con fuerza.

Hicieron el corto trayecto a casa de Ken en silencio, él había cogido en brazos a Jaime que por una vez había enmudecido. Sara arrastraba la maleta y Lola no podía evitar mirar de vez en cuando a Claudia para ver su cara, parecía que se había tranquilizado, aunque estaba todavía muy seria.

Subieron al piso y Ken abrió la puerta sin soltar a Jaime. Entraron despacio y ella los vio dirigirse al cuarto grande, los siguió con Claudia todavía cogida de su mano. Él soltó al niño despacio sobre la cama, Lola se acercó y comenzó a desvestirle con cuidado de que no se despertara. Sara entró y le dio un pijama para el niño, se lo puso ante la atenta mirada de todos. Parecía un espectáculo.

—Claudia, ponte un pijama y ven a dormir con nosotros —dijo Ken entre susurros.

—Sí, papi. —Salió corriendo del cuarto. Sara la siguió y los dejó solos.

—Shhh, hablaremos después.

Ken puso un dedo en su boca e intentó sonreír, pero notó que tenía la cara tensa. Asintió con la cabeza y arropó a Jaime con el nórdico mientras escuchaba sus suaves murmullos de sueño, haciéndola sonreír, a pesar de todo lo ocurrido.

—Ya estoy aquí —dijo Claudia entre susurros.

—Vamos, pequeña, acuéstate con tu hermano y cuida que no se despierte. —Ken la arropó

y los dejó en el centro de la cama.

Salieron del cuarto en silencio, ella se dejó caer en el sofá y puso la cara entre las manos para ocultarse. Sentía un gran peso en el pecho y apenas podía respirar bien. Pensó en lo que había sucedido después de la cena y se arrepentía mucho, supo que había metido la pata hasta el fondo. No sabía qué hacer para arreglarlo, ni siquiera si tenía solución. Después del numerito que había montado, no le extrañaría nada que Ken se retractara de todo.

—Sara, puedes dormir en el cuarto de Claudia —la voz de Ken sonaba seca y dura.

—De acuerdo. Buenas noches —escuchó sus suaves pasos en el parqué—. Lola —llamó desde la puerta—, tranquila. Mañana verás las cosas de otro color.

Levantó la cabeza y asintió. Ya se le estaba pasando el enfado, y la verdad, no sabía por qué había reaccionado así con la abuela de Ken. El sofá se hundió junto a ella y al girarse vio que le ofrecía un vaso de licor. No sabía lo que era, pero lo aceptó y le dio un trago sin pensar. Tosió y escupió, el líquido le quemaba la garganta, carraspeó y el escocés le puso un vaso diferente frente a ella, esperaba que fuera agua porque no soportaría más alcohol. Tragó con ganas y dejó que le suavizara el calor que sentía.

Durante un buen rato se miraron sin hablar. Ella apuró el vaso mientras le veía beber su *whisky* de un trago. Volvió al mueble bar y se sirvió otra vez. No le puso hielo ni agua, y el vaso lo tenía lleno hasta la mitad. Lola frunció el ceño preguntándose si quería emborracharse.

Repasó lo que había pasado esa noche. La petición de Jaime, que a ojos de otras personas podría parecer un capricho, pero Lola sabía que era para estar con ella, pues no podía evitar sentir miedo de noche. Siempre había dormido con su madre o con Sara desde que se mudaron a Londres. Además, era muy pequeño, todavía un bebé a pesar de su independencia y locuacidad. Solo la tenía a ella, si no le defendía su madre, ¿quién lo haría?

Lola se incorporó en el sofá y miró a Ken beber el líquido ambarino, sus ojos verdes estaban fijos en ella con una expresión indescifrable. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, sin embargo, le mantuvo la mirada y esperó sus reproches, que no tardaron en llegar.



Capítulo 5

Declaraciones

Se acercó y se sentó a su lado dejando escapar un suspiro que la hizo estremecer.

—¿De verdad nos ibas a abandonar? —su voz sonó temblorosa.

—Supongo que por la mañana habría recapacitado —dijo ella con timidez.

—¿Tan poco te importamos? ¿que eres capaz de dejarnos ante la más mínima desavenencia?

Lola lo miró y se le cayó el alma a los pies, sus ojos vidriosos le hicieron tragar saliva. Sintió un nudo en la garganta que le impedía hablar con normalidad y, carraspeó para ganar tiempo, pero no pudo evitar sentir que un puño oprimía su corazón. Después de las veces que le había pedido una oportunidad, cuando por fin parecía que caminaban de la mano en la misma dirección, intentó abandonar los en cuanto las cosas no iban como quería. Eso no era lo que entendía por una relación. Al notar su decepción, se dio tantas bofetadas mentales que se quedó atontada. Tragó con dificultad y decidió cambiar el rumbo de la situación.

—Lo siento. —Apoyó su mano en la rodilla de Ken—. A veces soy demasiado temperamental, y cuando afecta a Jaime me ciego por completo.

—Puedo entender tu sobreprotección, pero esto... ¿Dónde me deja a mí?

—No te entiendo —dijo confundida.

—¿Qué soy yo para ti? ¿Solo un tipo al que abandonas a la primera de cambio?

—No, Ken. No digas eso.

Lola dejó el vaso en la mesa y se abrazó a su cintura, pero se apartó con rapidez al notar que se ponía rígido. Tragó saliva y frotó las manos en busca de una seguridad que no tenía.

—Hasta ahora siempre he sido yo quien te ha convencido para comenzar nuestra relación, pero lo de esta noche me ha hecho abrir los ojos. Ahora soy yo el que tiene dudas. Dime la verdad, ¿quieres estar conmigo?

—Sí —dijo con rotundidad—. Tú no me has convencido de nada, solo me has dado más razones para estar juntos.

—¿Eso crees? —Ken arqueó una ceja y sonrió, pero la sonrisa no llegaba a sus ojos.

—Ken, es cierto que siempre has sido tú quien ha luchado por nuestra relación. Créeme, yo también deseo estar contigo. Quiero que formemos una familia.

—¿Entonces por qué escapas cada vez que las cosas no salen como tú quieres?

—No huyo. —Agachó la cabeza—. Solo preciso espacio y tiempo para pensar —dijo en voz baja.

—Si necesitas considerarlo, tal vez no estás tan segura de lo que sientes.

—No es eso. —Le cogió la cara entre las manos—. No es eso. Pero todo lo que afecta a Jaime me hace ser cautelosa. No quiero que sufra por mi culpa.

—¿Entonces soy un error? —Lola pudo notar cómo endurecía la mandíbula.

—¡Noo! —Lo abrazó en un intento de coger fuerzas—. El error soy yo. Nunca seré lo bastante buena para ti, ni tampoco para Jaime.

Se le escaparon las lágrimas y una vez abrió esa puerta perdió el control, su vida pasó ante sus ojos para atormentarla: la enfermedad de su padre, la violación grupal, la pérdida de sus sueños profesionales, el embarazo, el acoso de Arturo, la muerte de su madre, el alivio que sintió al marcharse de España.

Lola se dio cuenta de que toda su vida adulta había estado marcada por situaciones dolorosas, y que lo único que hizo, fue esconder el sufrimiento para seguir adelante a cualquier precio. Ken tenía razón, pensó que era una cobarde que huía ante los problemas. Si fuese un avestruz tendría la cabeza escondida en la tierra.

—Tienes razón, soy una cobarde, una tonta y, una desagradecida. No te merezco. —Lloró con ganas aferrada a su cintura.

—¡No digas eso! —La apartó de su pecho con fuerza—. Me prometiste que no volverías a salir huyendo, y a la más mínima de cambio, has vuelto a hacerlo.

—Lo siento, no estaba en mis cabales. Perdóname. —Intentó abrazarlo, pero no le dejó. Siempre hemos sido Jaime y yo, no puedo evitar pensar primero en él, su seguridad y bienestar es mi mayor preocupación.

—Ahora no estás sola. —Levantó la cara de Lola para obligarla a mirarlo a los ojos—. Somos dos y tienes dos hijos —le dio un beso en la frente—. Dime, ¿recordarás que formamos una familia la próxima vez que ocurra algo? ¿Te quedarás junto a nosotros pase lo que pase?

—Lo haré. —Lola se subió a su regazo y lo besó. Fue solo un piquito, pero igual le hizo sentir mariposas en el estómago—. Lo único que necesito es un poco de paciencia, y cuando el genio se apodere de mí, espero que me hagas entrar en razón. —Volvió a acariciar sus labios. Esta vez el beso fue más carnal, su boca recorrió la de Ken con descaro—. Te quiero, Kendrick MacRae.

—¡Och!, muchacha no sabes cuánto he soñado oírte decir esas palabras. —La abrazó con fuerza y Lola se quejó—. Lo siento. —Volvió a besarla con más suavidad.

La boca de Ken se apoderó de la de ella y se hizo cargo con un contacto tan pasional, que la hicieron temblar en sus brazos. La lengua del hombre invadió su interior sin pedir permiso, sin embargo, se dejó llevar y le devolvió el beso. Sus bocas bailaban a un ritmo que hacía enloquecer a Lola y podía notar cómo él tampoco estaba indiferente. Sus manos paseaban por el cuerpo de la muchacha con desfachatez, que sintió su erección crecer debajo de ella, lo que la enaltecía aún más, así que le agarró con fuerza del pelo y se pegó como una lapa. Él la apartó un momento y miró sobre su hombro al pasillo que conducía a los cuartos.

—Vale, tendremos que ser muy silenciosos. —La besó de nuevo—. Recuerda que tenemos la casa llena.

Su boca descendió por el cuello de Lola y se apartó solo un momento mientras sus manos sacaban el jersey. El frío le hizo estremecer «o ¿era la anticipación?», pensó dubitativa. Su boca seguía dejando un reguero de besos húmedos por el torso de la mujer. No supo cómo, pero ahora estaba tumbada en el sofá y él estaba sobre ella-. Como un relámpago llegó hasta la cintura de su pantalón y levantó la cabeza sonriente. No dijo nada, pero Lola pudo leer en su mirada el deseo.

Sintió el vaquero deslizarse por sus caderas. Su boca siguió trazando besos húmedos en la piel de su amada y cuando llegó al vértice de sus piernas. La joven se deslizó entre los vapores

del placer. Su lengua le tocaba con tanta intimidad que se descontroló. Se agarró a su pelo y no sabía si quería alejarlo o acercarlo. Lo sintió jugar con su cuerpo mientras la tensión se apoderaba del vientre femenino.

Los gemidos se le escapaban. Por más que intentaba contenerse, el escocés se movió con rapidez y la boca se apoderó de ella, ansiosa, mientras absorbía los ruidos que hacía. Al mismo tiempo se bajó los pantalones. Lola se quejó al notar que se levantaba, pero no tardó mucho en volver. Su cuerpo le cubrió mientras su boca saqueaba la femenina. Por instinto, abrió las piernas y lo rodeó por las caderas, algo que no desaprovechó y de inmediato se introdujo. Al principio se quejó por la invasión, por lo que él se quedó quieto y la miró. Esperó lo que le pareció una eternidad, y como Ken no hacía nada, lo besó moviéndose bajo su cuerpo en busca de fricción.

Ken no necesitó más estímulos, entró y salió de ella mientras su boca obraba magia en la de Lola. Lo abrazó con fuerza al sentir que su ser levantaba el vuelo hacia la cima del placer, así que se dejó llevar mientras espasmos deliciosos recorrían su cuerpo. Ken se tensó sobre ella y sintió cómo su dureza se agrandaba en su interior mientras descargaba su semilla, atrapó sus gemidos en la boca y los absorbió. Embistió con fuerza varias veces más hasta que se quedó quieto con la respiración agitada y el cuerpo sudoroso y caliente que hacía arder la piel de la mujer que lo volvía loco. El peso de Ken la reconfortó. Se apoyó sobre un codo mientras la acariciaba con la otra mano, su sonrisa era contagiosa. Le dio un beso sin pretensiones solo quería demostrarle que lo quería, y esa era la forma en la que se lo demostraba a Jaime.

—Te quiero, Ken. —Olisqueó su pecho deleitándose con su olor.

—Yo también te quiero, Lola. —La besó en la boca y ahondó en ello más de lo que la muchacha esperaba—. Lo siento, será mejor que no nos arriesguemos más.

El hombre se levantó y Lola se quejó por su abandono. Le dio un beso en la frente y se recompuso la ropa, la mujer hizo lo mismo. Se quedó mirando la humedad entre sus muslos, se desentendió de la sensación de suciedad que le creaba y se puso las braguitas abandonadas en el sofá.

—Vamos a darnos una ducha rápida —susurró Ken por detrás y sonrió al volverse.

—Parece que me lees la mente. —Rio Lola y salió corriendo hacia el baño.

—Shhh, no despiertes a los niños. —La cogió en brazos y tuvo que taparse la boca para no reírse a carcajadas.

Se ducharon riendo e intentaron hacer el menor ruido posible. Entre besos y juegos se secaron, al terminar estaba tan excitada que le costaba respirar, y por la oscuridad de la mirada de Ken, él tenía el mismo problema.

Le puso el dedo en la boca y luego la besó con pasión. Ella se agarró a su cuello y pudo escuchar su gemido. La alzó en sus brazos y Lola se enganchó a su cintura. Sus manos la sujetaban por el trasero mientras la apoyaba en el lavabo. Sintió su miembro en la entrada de su sexo, introduciéndose poco a poco. No dijo nada, pero Lola se sentía un poco dolorida mientras le abría las piernas y se adentraba en su interior. Él gemía en su boca y se movía despacio mientras aumentaba la pasión entre ambos. Lola se sintió en el séptimo cielo, era tanto el placer que le hacía sentir que se olvidó de todo. El dolor no era suficiente, así que, se centró en el placer que le daba. Intentó moverse con él mientras su cuerpo recordaba el éxtasis y su mente se perdía en las oleadas que provocaban un orgasmo liberador. La muchacha cerró los ojos y se abrazó con fuerza a Ken a la par que se olvidaba de todo y se recreaba en su propio orgasmo.

Lola abrió los ojos cuando notó el consuelo de un paño húmedo en su sexo, su leve roce, además de calmar limpiaba los restos del reciente encuentro sexual. Al levantar la mirada sonrió a Ken y él le devolvió la sonrisa.

Salieron en silencio. Cogidos de la mano entraron con cuidado al cuarto, la luz sobre la mesita de noche les permitió ver a los niños dormidos en el centro de la cama. Lola rebuscó en su maleta y sacó unas braguitas, vio la camiseta que le dio Ken cuando regresaron del hospital sobre la silla y se la puso para dormir. Se volvió con intención de acostarse, pero él estaba justo detrás de ella, llevaba puesto un pantalón de cuadros azules y una camiseta gris.

Al mirarlo se quedó sin palabras. Tragó saliva y, con descaro, lo acarició con el dedo índice desde la clavícula hasta su vientre. Le sonrió con lo que creyó que era una mirada seductora y pasó la lengua por su labio inferior.

—¿Hasta para dormir tienes que llevar los colores de tu clan? —preguntó sugerente poniéndose de puntillas para llegar a su oreja.

—Preferiría dormir desnudo, pero como tenemos compañía... —La besó en la frente mientras dejaba sin terminar la frase.

Se acostaron cada uno a un lado de la cama con los niños en medio, ella se volvió hacia él mientras abrazaba a los niños. Él hizo lo mismo y cogió la mano de Lola. Unidos por este singular abrazo ella se quedó dormida casi de inmediato.

La despertaron los besos húmedos de Jaime en sus mejillas, por lo que abrió los ojos todavía aturdida por el sueño y se abrazó a su suave cuerpo. Lo atrajo hacia ella e intentó inmovilizarlo, pero él se revolvió entre risillas pueriles, hasta que otros labios infantiles dejaron regueros húmedos en su cara. Abrió un ojo y se rio al verlos cuchicheando entre sus brazos, entonces un gran peso hizo que se le escapara el aire, la carcajada de Ken le provocó calor y enrojeció al recordar todo lo que sucedió la noche pasada.

—Papi, eso no vale, tú eres más fuerte y no nos has dado ventaja —se quejó Claudia.

—Creí que éramos un equipo para despertar a mamá. —Lola pudo ver su guiño entre las cabezas de Jaime y Claudia.

—Papi, yo he sido el primero. —Se carcajeó el niño.

—Sí, campeón, pero has necesitado ayuda —le amonestó Ken.

—Eso, si no llega a ser por mí, todavía estarías atrapado entre los brazos de mami —concluyó la niña.

—Ejem —carraspeó Lola—, si no es mucho pedir, ¿me permitís levantarme?

—Vamos, renacuajos. Dejad libre a mamá. —Cogió a cada niño con un brazo y los dejó de pie junto a la cama.

—¡Vamos a despertar a la tita Sara! —Jaime salió precipitado fuera del dormitorio.

—¡Espérame, que tú no sabes cuál es su cuarto! —Claudia corrió tras él.

—No grites, que nos vas a descubrir —chistó Jaime.

Lola no pudo evitar reírse, se puso la mano en la boca mientras los niños salían del cuarto con pasos rápidos.

—Ahora que estamos solos, ¿puedo reclamar mi beso de buenos días? —Ken se tumbó sobre ella.

—Eres un poco atrevido, ¿no? —añadió guiñando un ojo.

—¡Och, muchacha! Por estos lares es lo más educado que encontrarás.

—¿Eso significa que los *highlanders* se abalanzarán sobre mí? —fingió temor.

—No te preocupes, yo te protegeré hasta la última gota de mi sangre. —Sonrió.

—¡Uf, qué dramático! —Le dio un suave beso en los labios—. Prefiero que la conserves y me ames.

—Lo intentaré, muchacha —su voz se enronquecía a cada instante—. De momento, se está acumulando en cierta parte de mi anatomía. Deja de mirarme así, si no quieres que monte un

espectáculo delante de los niños.

—¡Vaya! Eres un pillito. —Golpeó con suavidad en su hombro—. Deja que me levante —se quejó.

—Antes debes pagar el peaje. —Se inclinó sobre ella y la besó. Lola se dejó arrastrar por la pasión, y lo abrazó llevada por el entusiasmo.

—Tengo «hambe». —Jaime brincó en la cama mientras les gritaba.

—Yo también. —Claudia se unió al salto.

—Vamos a levantarnos para ir a desayunar fuera. —Ken se incorporó y tiró de Lola.

—¿No tienes comida en la nevera? —preguntó esperanzada ella.

—Nada que merezca la pena. Es mejor que vayamos a The Manna House, está a cinco minutos de casa. —Le dio un beso rápido—. Además, tenemos que ir a comprar ropa.

—¡Síiiii! —el grito de Claudia sobresaltó a Lola—. No podemos dejar que mi hermano y mami pasen frío.

—Eso no es necesario. —Se levantó y se vistió con unos vaqueros limpios, cogió el sujetador y él negó con la cabeza. A ella se le escapó un suspiro y lo dejó dentro de la maleta, sacó una camiseta y luego se puso el jersey azul de nuevo.

—¡Buenos días! —saludó Sara bostezando—. Estos dos monstros han saltado sobre mí sin avisar —se quejó—. Exijo compensación. —Se cruzó de brazos y Jaime le sonrió con picardía.

—Tita, yo te daré tres besos. —Se lanzó sobre ella y empezó a contar mientras le daba sonoros ósculos.

—Yo también te daré tres besos. —Claudia siguió a Jaime mientras reía a carcajadas.

Después de tantas risas y carantoñas, salieron los cinco de casa. Ken los llevó hasta la cafetería, que quedaba muy cerca del río. Se sentaron en una mesa grande y se encargó de hacer el pedido. Los niños se lanzaron hacia el desayuno en cuanto lo dejó ante ellos. Lola le puso un babero a Jaime que se quejó, pero se negaba a dejarle sin él.

Claudia les dijo las tiendas donde debían ir mientras se tomaba la leche. Jaime masticaba las tostadas y no dejaba de mirar el plato de los *scones*. Sara y Lola se tomaban el café y se sonreían al ver las ansias con las que Jaime devoraba las tostadas sin quitar el ojo al resto de platos.

—Si sigues comiendo así, te va a doler la tripa —dijo Ken sonriente a Jaime.

—No, papi, es que tengo «hambe».

—Déjale comer. Es mejor no interponerse entre Jaime y su alimento. —Rio Lola con ganas.

—¿Tendrá una tenia? —preguntó con sorna.

—No, siempre ha sido así —comentó con guasa Lola al tiempo que le revolvió el pelo a su hijo, que se quejó por la molestia.

—Ahora entiendo que sea un chico tan grande. —Ken negó con la cabeza—. Desde luego se parece a mí.

—¡Sí, papi! Soy igual que tú —Jaime dejó de comer para contestar, le sonrió y mostró sus hoyuelos.

Lola se atragantó con el café y Sara le dio palmaditas en la espalda mientras Ken arqueaba una ceja, divertido por su reacción.

Salieron de la cafetería con el estómago lleno y caliente. Se dirigieron al centro peatonal de Inverness. Claudia los llevó hasta una tienda con diferentes trajes de tartanes, James Pringle Weavers of Inverness. Al entrar los atendieron de inmediato. Ken pidió los tartanes del clan MacRae. El dependiente asintió, se los mostró y, luego sacaron varias camisetas y *plaid*s. Trajeron jerséis de las tallas de Sara, Lola y Jaime en color azul, verde y gris. La prima no quería

aceptarlo, pero Ken se negaba a dejarla fuera. En la cuenta incluyó calcetines para los tres y en diferentes colores. Lola no dijo nada, pero al sacar la tarjeta, él se negó ofendido.

—Guarda eso, yo puedo proveer de ropa a mi familia —dijo con enfado.

—Pero todavía no estamos casados —protestó.

—Aquí en las *Highlands* podemos considerarnos así, hemos dormido juntos y te he presentado ante mi familia. No se necesita más.

—¡No me lo creo! —Lola se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¡Och, muchacha!, no me hagas hacerlo en público. —Se carcajeó mientras a la dependienta se le escapaban risitas nerviosas.

—Eres... —gruñó al mismo tiempo que lo miró ofuscada—, eres un cavernícola.

—No muchacha, soy un *highlander* y tú eres mi mujer. —Se acercó hacia su cuerpo como un depredador y ella se sonrojó más todavía.

—¡Papi! ¿Podemos ir a comprar un regalo? —Jaime le tiró del abrigo esperanzado.

—¿Para quién?

—Para mí y Claudia —dijo solemne.

—Jaime, no seas descarado, en el castillo tienes tus juguetes —lo amonestó Lola muy seria.

—Pero no tengo de aquí —se quejó.

—Entonces tendrás que pedirselos a Papá Noel, recuerda que quedan pocos días para que nos visite.

—Lo siento, mami, lo olvidé. —Sonrió a su madre con descaro y luego le dio la mano a Ken, haciendo que se inclinara hacia él—. Papi, no creo que Papá Noel se enfade si me regalas algo antes de Navidad, ¿verdad?

A pesar de decirlo en susurros todos lo escucharon a la perfección, lo que provocó una carcajada general, incluso de la dependienta que los había atendido.

—Vamos caballere, veamos qué podemos encontrar por aquí. —Ken lo cogió en brazos y lo besó ruidosamente mientras el niño se reía y lo abrazaba.

—Claudia, creo que tendremos que buscar un regalo para ti también. —Lola la cogió de la mano y Sara los siguió sonriendo aún por el descaro de Jaime.

Sin que se dieran cuenta, Ken los llevó hasta una juguetería, Smyths Toys Superstores. Los niños gritaron de alegría cuando entraron al edificio. Jaime corría por los pasillos, y al ver los juguetes de *Toy Story* cogió sin dudar el muñeco de Buzz Lightyear. Lola negó con la cabeza, pero él se aferró a la caja mientras le hacía pucheros. Intentó quitarle el muñeco y colocarla en su sitio, pero el niño lloriqueaba y se aferraba con fuerza al juguete. Ken se acercó a ellos con Claudia de la mano, que llevaba un bebé llorón en brazos y su cara de satisfacción lo decía todo.

—¿Eso es lo que quieres? —Ken lo cogió en brazos y el niño sonrió extasiado al ver que no le obligaba a soltar la caja.

—Es demasiado —cuchicheó Lola a Ken, sin dejar de fruncir el ceño a Jaime que se agarraba con fuerza al juguete.

—Es un regalo para mis hijos. No me quites ese placer —rebatía con dulzura y la besó en la frente.

—Está bien, si ese es el placer que quieres... —Se dio la vuelta y lo escuchó contener una exclamación—. Claudia vayamos a pagar —dijo Ken carraspeando con la voz ronca.

Se dirigieron a la línea de cajas y pusieron los juguetes en la cinta transportadora, Lola sacó su monedero y Ken le sujetó la mano mientras con la otra pasaba su visa por el terminal.

—Te dije que era un regalo para mis hijos. —Se acercó a la oreja de Lola y susurró muy bajito—. El placer me lo cobraré cuando lleguemos al castillo.

Ella no pudo evitar ponerse colorada, miró a Sara que le sonreía con picardía, pensando que seguro su prima había escuchado la frase picante de Ken. Los niños encantados llevaban sus juguetes con cuidado. Al salir, Claudia emocionada los miró y soltó con naturalidad.

—Ahora, ¡vamos al Primark! Jaime necesita ropa moderna para combinar con el tartán.

—¿Aquí hay Primark? —Sara cogió a Claudia de la mano.

—¡Pues claro! ¿Dónde crees que estás? —La niña negó con la cabeza mientras señalaba a lo lejos la tienda—. ¿Lo veis?

Lola no pudo evitar reír a carcajadas y Ken la acompañó en la hilaridad. En Primark compraron sudaderas y chándales para Jaime. Además de botas de agua, más ropa interior, todo lo que necesitaban en esos días. Claudia los llevó a la zona de mujer, cuando Lola la vio mirando faldas, blusas y vestidos. La cogió de la mano y tiró de ella negando con la cabeza. Ken se rio a carcajadas y llevó a la muchacha hasta los probadores, entonces se dio cuenta de que llevaba las manos cargadas de ropa. Sara se unió a la hilaridad del momento cuando se percató de que les quería comprar ropa. Cogió a Lola del codo y con desparpajo, le anunció.

—Vamos, prima, será mejor que elijamos nuestra propia ropa, de lo contrario estos dos nos llenarán el armario con cosas que en la vida nos pondremos. —Se rio descarada, guiñándole un ojo a Ken.

—Sara, no podemos. —La llevó aparte donde no las oyeran—. Está mal que nos compre la ropa.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Lola se cruzó de brazos.

—Prima, Ken es rico, y si quiere gastar un poco de dinero en nosotras —se encogió de hombros—, se lo debemos agradecer y ya está. De todas formas, es ropa del Primark, ¡por Dios! Tampoco se va a gastar tanto.

—No me siento a gusto con esto —cuchicheó Lola sin querer dar su brazo a torcer.

—Vamos, prima, relájate y elige cosas que te gusten.

—¡Mami! Dice papi que se hace tarde.

Lola miró a Jaime que le sonrió con cara de pillo, luego a Ken, apoyado junto a los probadores que tenía la misma sonrisa de pícaro, así que dejó salir un suspiro y recorrió los pocos pasos que los separaban. Al llegar a su lado él le cogió de la cintura, le dio una bolsa de la tienda y le susurró sonriente.

—Demasiado tarde, tenemos que darnos prisa. Toma lo que te agrade y si no te queda bien, ya lo devolveremos.

—Ken no puedes... —Puso un dedo en la boca de la muchacha.

—Chicas, coged lo que os guste, tenemos que irnos.

Claudia y Sara salieron corriendo entre los pasillos, Lola se las quedó mirando ojiplática y no pudo evitar devolverle la sonrisa. El teléfono de Ken sonó y se puso muy serio, solo dijo que allí estaría y colgó sin decir nada más.

—¡Och, muchacha! Deberías darte más prisa.

—¡Sí, mami! Papi ha cogido muchas cosas, pero a lo mejor tú quieres más.

—¡Sois de lo que no hay!

Resignada recorrió los pasillos de chicas, tomó varios *leggings* y vaqueros, pero entonces vio pantalones de pana y pensó lo calentitos que debían ser para estar por estas tierras, así que cogió uno marrón oscuro y otro negro. Echó varios jerséis de punto fino que tenían el cuello vuelto. Al ver un vestido de lana lo metió en la bolsa también. Sin pensar, añadió varios pijamas calentitos y se puso a mirar lo que llevaba en la cesta. Pensó que había cogido demasiada ropa, por lo que

fue a soltar algunas cosas, pero Ken se la quitó. Lola no se había dado cuenta de que estaba detrás de ella.

—Vamos, las chicas nos esperan en la cola.

—¡Mami! Me encanta la camiseta del Capitán América —dijo Jaime señalando a un perchero.

—¡Pero si tú no lo conoces! —Rio.

—Es un superhéroe, me lo ha dicho papi.

—No sabía que te gustaran los superhéroes. —Se volvió hacia él sonriente.

—Me gustan más las superheroínas como tú.

—Yo no... —Puso un dedo en la boca de la muchacha para callarla.

—Lo eres, Lola —dijo a la vez que le daba un beso en la frente—, la más grande de todas.

—No digas tonterías. —Le entró la risa boba y se tapó la boca avergonzada.

—Lo discutiremos cuando estemos a solas.

Lo vio coger las cestas que llevaban Sara y Claudia, y sonriente se movió con la cola. Al llegar su turno de caja dejó las cuatro cestas en el mostrador. A la cajera se le escapó una risita histérica y se volvió hacia una compañera, hablaron entre ellas y luego se giraron hacia Ken. Lola se dio cuenta de que las dos le miraban embobadas y él las sonreía, lo cual le puso de mal humor. Carraspeó para llamarles la atención y la observaron con mala cara.

Después del circo inicial, las chicas pasaron el escáner por las etiquetas y guardaron todo en bolsas reutilizables como les había pedido Lola. Al terminar le pasaron la cuenta a Ken y ella miró los números de la caja sorprendida. No podía ser verdad, casi seiscientas libras en ropa de Primark. Le dieron ganas de soltar todo y salir sin nada, pero no podía hacer eso después de lo que habían tardado en cobrar. Lola se volvió hacia Ken, y sin pensarlo le echó los brazos al cuello, se puso de puntillas, pero apenas le llegaba a la barbilla. Él le sonrió y le agarró del trasero para poner sus labios al mismo nivel.

Sus bocas se encontraron y olvidaron todo, las bolsas se quedaron en el suelo y el murmullo de los niños apenas los distrajo de su principal objetivo. Lola lo besó con pasión sin importarle estar en público, él se dejó llevar y abrió la boca para colaborar. Su lengua salió al encuentro de la de ella e iniciaron un baile que ya conocían. Sintió la presión acumularse en su vientre, y el calor se apoderó de sus venas irradiándose por todo el cuerpo. Al terminar de saborear su boca, Ken atrapó el labio inferior de Lola entre sus dientes y le dio un ligero mordisquito que la hizo estremecer. Se apartó de ella a desgana mientras el carraspeo de Sara y las risitas de los niños le devolvían al presente. Lola le escuchó gemir y pudo ver en sus ojos que no quería soltarla, pero lo hizo, la dejó descender desde su cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo. La frente de Ken se posó en la de ella mientras la pasión oscurecía sus ojos.

—Lo siento —susurró avergonzada.

—Pues yo no —su sonrisa maquiavélica le cortó el aliento a la muchacha—, pero esta noche continuaremos lo que has empezado —murmuró con voz ronca.

—¡Papi, suelta a mami! —El niño le dio tirones de la chaqueta—. Tenemos que volver a casa, tengo «hambe».

—Jaime no los interrumpas. No es de buena educación separar a dos personas que se besan —dijo Claudia con suficiencia.

—¿Si...? Pues esta mañana papi me interrumpió mientras yo lo hacía con mami. —El pequeño se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Eso fue diferente. —Claudia se puso frente a Jaime y le movió el dedo ante los ojos—. Tú no sabes nada, eres un bebé.

—No soy un bebé —se quejó el niño.

Alucinada por esa conversación, Lola miró a uno y a otro niño sin saber qué decir. Ken se hizo cargo de la situación, le guiñó un ojo y cogió a ambos en sus brazos.

—Suficiente, pequeños. Vamos a casa —sentenció y le sonrió con picardía.



Capítulo 6

Volver

Cogieron un taxi que los dejó junto al coche de Ken, quien, metió las bolsas en el vehículo y les dijo que subieran a casa por el equipaje. Solo tenían que guardar lo poco que sacaron la noche anterior por lo que terminaron rápido. Lola retiró las maletas de encima de la cama y Ken se las quitó ordenando que bajaran al coche mientras él se hacía cargo. Se sentaron todos obedientes y Lola se giró hacia él.

—¿Volvemos al castillo?

—No, antes comeremos en casa de mi abuela. —La miró muy serio.

—Ken, no creo que...

—Ella me lo ha pedido. —Le dio un beso—. No te preocupes solo quiere hacer las paces

Lola se removió inquieta en el asiento mientras conducía por la calle, la abuela vivía muy cerca, por lo que no tardaron más de cinco minutos en llegar. Ken aparcó, luego ayudó a sacar a los niños del vehículo, que saltaron emocionados hacia la casa. Lola se alegró de que Jaime no se acordara de la discusión de la noche pasada, aunque ella todavía la tenía muy presente.

Subió las escaleras con pesadez en las piernas, la espalda le molestaba un poco, pero, sobre todo, lo que más le preocupaba era que no sabía cómo tratar a la abuela después de lo sucedido. En la entrada les atendió una chica joven indicándoles que pasaran a la salita antes de comer.

El calor de la habitación la animó un poco, pero se sentía incómoda con la afilada mirada de la abuela. Ken se acercó a su sillón y le dio un beso sonoro que la hizo reír, ella le acarició la cara con cariño y se volvió sonriente hacia Lola.

—Vamos, muchacha no me guardes rencor por lo de anoche. —Le guiñó un ojo—. Quería que tuvieseis una noche para vosotros solos —rio divertida—, de lo contrario, ¿cómo me daréis más biznietos tan preciosos? —señaló a Claudia y Jaime, que jugaban frente a la chimenea con los muñecos que les compró esa mañana Ken.

—Lamento haberme irritado tanto, espero que no me lo tenga en cuenta. —Lola agachó la cabeza, solo pensaba en que se la tragara la tierra.

—No te preocupes, muchacha, a mi edad nada se queda mucho tiempo en la cabeza. —Volvió a reír con naturalidad y Lola no tuvo más remedio que imitarla.

—Abuela, será mejor que comamos. Tenemos un rato de viaje hasta el castillo y me gustaría llegar de día —dijo Ken tomando la iniciativa.

—Vamos, pues. —La abuela se puso en pie con bastante agilidad—. Deja que me apoye en ti, muchacha.

Lola hizo lo que le pidió y se dirigieron agarradas del brazo al comedor con pasos lentos,

Ken, observador, se inclinó sobre ella.

—¿Te duele la espalda?

—No te preocupes, en cuanto comamos me tomaré las medicinas y se me pasará.

Antes de que se diera cuenta la cogió en brazos y le hizo señas a Sara para que cogiera a la anciana. No podía quejarse, pues su boca se apoderó de la de Lola ante la cara de asombro y felicidad de Morag.

Se sentaron todos a la mesa con la misma distribución de la noche anterior, pero esta vez les sirvió un joven. Puso la sopa en el plato de Jaime y le preguntó a Lola si se lo llenaba. —Ella asintió, conociendo al niño se lo tomaría todo y hasta repetiría.

Comieron en silencio, aunque no podía evitar mirar de vez en cuando a Ken. Claudia le contó a la abuela todo lo que habían comprado esa mañana y le prometió que, cuando volviera, le enseñaría la ropa que se había comprado. Lola no pudo evitar reír y puso los ojos en blanco. Frente a ella, Ken le lanzó un beso con disimulo haciéndole sonrojar.

—¡Och, muchacha! No puedo creer que te pongas colorada por algo tan tonto —dijo con desparpajo la abuela.

—Lo siento, señora. —Agachó la cabeza sin mirar a nadie.

—No te disculpes, a mí me gusta ver que mi nieto ha encontrado el amor —añadió con sinceridad y volvió a reírse—. Además, llámame abuela o Morag, lo de señora déjalo para los *sassenachs*.

Lola asintió con la cabeza mientras el calor de sus mejillas decía que debía estar por completo roja. Jaime le llamó la atención, Lola se inclinó hacia el pequeño e intentó sonreírle.

—Mami, yo quiero esa carne —señaló el solomillo que estaban sirviendo a Claudia.

—Cariño, enseguida te la ponen a ti. —Lo besó en la coronilla y se enderezó en la silla.

—Este niño es un auténtico MacRae. —dijo orgullosa Morag.

Lola tragó saliva y miró a Ken con cara de culpabilidad. No podía evitar que el engaño le hiciera sentir mal, pero él negó con la cabeza y le sonrió.

Terminaron la comida con un *brownie*, que Lola apenas tocó pues estaba llena. Sin embargo, Jaime se comió el suyo con rapidez, miró el plato de su madre y tiró de su manga para llamar la atención de nuevo.

—¡Mami! ¿Me das tu bizcocho? —Parpadeó de una forma tan dulce que la hizo reír y le pasó su bizcocho.

Al terminar la comida volvieron a la salita anterior. La abuela se sentó satisfecha y los niños retomaron su juego frente a la chimenea. Ken se puso junto a Lola y la abrazó. Una chica entró con una bandeja de café, le ofreció una taza a cada uno y luego sirvió el líquido oscuro en la cantidad que le pidieron.

—Abuela, ¿vendrás para Navidad al castillo? —preguntó Ken mientras bebía su café.

—No lo sé. Los años no pasan en balde, estoy muy torpe y mis huesos no creo que soporten tanto frío.

—No exageres —la miró sonriente—. Vamos, di que vendrás. Ya sabes que mi casa de Inverness no es muy grande para que nos juntemos todos.

—Deberías buscar algo mejor preparado para la familia o mudaros conmigo. —Arqueó una ceja mientras miraba a Lola—. Al fin y al cabo, esta casa es enorme para mí sola.

—Gracias, abuela, pero prefiero mi propia casa. Además, ya le he pedido al primo Ian que me busque algo. Mientras tanto, tenemos el castillo.

Al escucharlo Lola se volvió hacia él, pero Ken puso una mano sobre su pierna, ese simple gesto le indicó que hablarían después a solas. Asintió con la cabeza y notó cómo se relajaba.

—Está bien, viajaré al castillo. No sé si el veintidós o veintitrés. Ya te avisaré.

Al escuchar la fecha, Lola sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. No podía evitar pensar en ese día maldito. Ken notó ese leve movimiento y la abrazó mientras la acercaba a él. Parecía una muestra de cariño casual, pero ella supo que lo hacía para darle consuelo. Soltó su taza en la mesita frente a ellos y le levantó la cara, sus dedos la sostenían por la barbilla mientras con la otra mano le acariciaba. Lo miró a los ojos y se perdió en su profundidad verde, quería besarlo. Paladeó y sacó la lengua para humedecer sus labios reseca. Él le sonrió y posó sus labios más tiempo de lo que debiera estando en una habitación con los niños y su abuela. A Sara no le importaba, estaba seguro de que, si por ella fuera, se pondría a aplaudir.

Lola se apartó sonrojada y miró a los niños centrados aún en su juego, pero al girarse hacia la abuela, esta le sonrió con picardía, le guiñó un ojo y bebió su café como si nada. Las mejillas de Lola se pusieron aún más coloradas si es que eso era posible.

—Creo que debemos ponernos en marcha si queremos llegar al castillo antes de que anochezca.

Ken se incorporó y le dio la mano a Lola para ayudarla a ponerse en pie. Los niños se levantaron como un resorte, cogieron sus muñecos y salieron a la entrada con Sara. Seguían caminando con pasos lentos, Ken la abrazaba por la cintura mientras con la otra mano ofrecía apoyo a su abuela.

En la puerta se pusieron los abrigos y se despidieron. Claudia besó a Morag y la abrazó con cariño, Jaime estaba esperando detrás de ella, y cuando terminó la niña y se apartó, le echó los brazos a la anciana. Ken lo cogió en alto y lo acercó a Morag, que lo apretó con cariño y le dio montones de besos haciéndole reír. Sara se despidió con un beso también. Lola se acercó y le retribuyó el mismo cariño. Después de todo, habían hecho las paces.

—No retrases mucho la boda con mi nieto —susurró cuando la abrazó.

—Gracias por todo, Morag —contestó con las mejillas arboladas de calor.

—Y tú, muchacho, llámame en cuanto lleguéis. —Le dio un pellizco en el moflete izquierdo como si fuese un niño.

—Lo haré abuela. Y tú, no te olvides de que te esperamos en el castillo para Navidad.

Después de acomodarse en el coche Ken emprendió el camino de vuelta a Eilean Donan, Lola vio que tomaba la A82. Al principio los niños jugaban cada uno en su asiento, pero pronto se quedaron dormidos. Por el espejo retrovisor, Lola vio que Sara les quitaba los muñecos y cubría a cada niño con una manta de viaje. Ella le devolvió a su prima la mirada en el espejo y le sonrió.

—Entonces ¿vais en serio? —Se inclinó hacia delante.

—¿Acaso lo dudabas? —Ken la observó a través del espejo retrovisor.

—Vale, entonces me buscaré un trabajo y una habitación para vivir —dijo mientras se reclinaba en su asiento con tranquilidad.

—De eso nada Sara, eres mi prima. No podría haber superado estos meses sin ti. Tú te quedas con nosotros.

—Lola, no quiero entrometerme. Todas las parejas necesitan estar solas.

—Ja, ja, ja. —Rio divertido, Ken—. Menuda intimidación tenemos con los dos enanos. —Volvió a mirar a Sara—. La verdad es que eres una ayuda genial, pero si no quieres quedarte, lo entenderemos.

—De eso nada Ken, ella viene con nosotros —cortó tajante Lola.

—¡Och, muchacha! No podemos obligarla, pero sí convencerla. —Apretó su muslo.

—Sara no nos dejes por favor, puedes buscarte un trabajo o ponerte a estudiar. Yo te

ayudaré con lo que decidas.

—Lola, hermana, ni en sueños os dejaré.

La mujer giró hacia su prima y le dio la mano. Sintió que se emocionaba, que las lágrimas recorrían su cara, pero se las secó sonriendo y le besó la mano. Relajada en su asiento, más el suave movimiento del coche, confluyeron para sumergirla en un sopor soñoliento que le hizo cerrar los ojos y desconectar de la realidad.

Lola se despertó al escuchar a los pequeños cantar. Desorientada no supo dónde estaba, aunque se relajó al recordar el viaje, los niños, y a Ken. Lo miró porque estaba silbando la misma cancioncilla infantil, consiguiendo sacarle una sonrisa.

—En cinco minutos estamos en casa. —Señaló hacia delante y ella vio la silueta del castillo.

—Sí que he dormido. —Se estiró y observó a los niños que seguían cantando.

—Lo necesitabas. Ten en cuenta que todavía estás recuperándote —dijo mirándola muy serio.

—Ya estoy mucho mejor, y es gracias a ti. —Lola apoyó la mano en su muslo y lo apretó.

El coche se detuvo a la entrada del castillo. Acudieron varios sirvientes, que sin preguntar abrieron el maletero y sacaron todas las bolsas y el equipaje. Ken ayudó a Sara desatando a los niños de su asiento mientras Lola se bajaba despacio con mucho cuidado. Llevaban una hora y media en el coche y ese poco tiempo de inactividad la había dejado rígida. Dio varios pasos dudosa, y al ver que podía caminar bien, inició una marcha más segura. Estaba casi en la puerta cuando unos fuertes brazos la levantaron, haciendo que se le escapara un grito al verse izada con tanta brusquedad.

—Te llevo a nuestro cuarto. —Le dio el deseado beso en la frente—. Necesitas descansar.

Asintió con la cabeza y se dejó transportar mientras se acurrucaba contra su pecho, cerró los ojos extasiada y notó la suavidad que la recibía al dejarla caer sobre la cama. Se incorporó, pero la mano de Ken en su pecho la hizo tumbarse otra vez.

—No tienes que hacer nada. Ponte cómoda y descansa, nos ocuparemos de Jaime.

—Pero tengo que deshacer la maleta y...

—Shhh, no te preocupes por nada. Relájate y reposa un rato.

Le dio un beso y le quitó las deportivas, luego la metió bajo el nórdico y antes de cubrirla la dejó sin el pantalón. A Lola se le escapó una exclamación y él le guiñó un ojo.

—Así estás más cómoda, descansa.

Volvió a besarla. Después, echó las cortinas de la cama dejándola a oscuras, quedándose dormida casi de inmediato.

Despertó con un suave movimiento junto a ella. Abrió los ojos y vio la cara sonriente de Jaime casi pegada a su nariz, lo que la hizo sonreír.

—¡Mami, Ya es hora de que te levantes!, ¡tengo «hambe»! —El niño le dio montones de besos por toda la cara.

—Vale, vale, no hace falta que me comas a mí, ja, ja, ja. —Rio mientras se incorporaba con él en su regazo—. Deja que me vista y vamos a la cocina en busca de tu merienda.

Salió de la oscuridad protectora de la cama y vio que la habitación estaba casi en penumbra. Se acercó al interruptor y encendió la luz del techo. Se preguntó dónde estaría su ropa, entró al vestidor que había junto a la ventana y se le escapó un gemido. Era enorme. Se fijó bien y vio que sus prendas estaban colocadas a la derecha, si no llega a ser porque reconoció algunas de sus cosas no se habría dado cuenta de que ese lado del vestidor era suyo.

Cogió unos pantalones de pana negros y un jersey de cuello vuelto de pura lana, también en

color negro. Se puso unas deportivas y salió en busca de Jaime que estaba jugando con su muñeco de Buzz Lightyear.

—Vamos, cariño, te daré la merienda.

Miró su móvil y comprobó que eran las seis. Un poco tarde, pero si tenía hambre debía darle algo de comer hasta la cena. Con Jaime cogido de la mano se dirigió a las cocinas. No vieron a nadie y le extrañó que su hijo estuviera solo.

—Jaime ¿dónde están Sara y Claudia? —Lo miró muy seria, pero él no dijo nada—. ¿Ha pasado algo?

—Me he enfadado con ellas —refunfuñó con su media lengua.

—¿Por qué? —Se paró en la entrada de la cocina.

—No quiero jugar con ellas —le dijo con rapidez y corrió hacia la mesa donde un pastel estaba enfriándose.

—Espera un momento cariño, no puedes coger la comida sin pedirla.

—¡Tengo «hambe»! —se quejó de nuevo.

Lola miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Entró a la parte más moderna de la cocina y también estaba vacía. Le extrañaba que no hubiera gente trabajando. Por el filo del ojo vio que Jaime iba a pellizcar el pastel.

—¡Quieto ahí! Ese dulce será para la cena, no lo puedes estropear. Te voy a dar un vaso de leche con cacao y unas galletas.

Entró al frigorífico y sacó la leche. Rebuscó por los armarios hasta que encontró unas galletas y cacao. Salió con su hallazgo muy satisfecha y vio que el niño había cogido un buen trozo de pastel.

—¡Jaime! Te dije que no lo tocases. —Enfadada se puso a su lado para ver el desastre que había hecho.

—Lo siento, mami. —Sonrió con la boca llena de pastel y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Nos van a castigar —dijo muy seria mientras le besaba en la frente.

Le preparó un vaso de cacao y se lo puso en la mesa. Ella se sentó en un taburete y lo cogió en brazos mientras se terminaba el pastel y la leche. Acarició su pelo rubio y su olor la relajó. Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación placentera que le transmitía tenerlo en brazos.

Escuchó pasos correr por el pasillo y se espabiló. Vio que Jaime ya se había terminado la leche y cogía galletas. Lo dejó en el suelo y le dio solo dos, ya había comido suficiente. Estaba a punto de regañarle por glotón cuando escuchó unos pasos apresurados que entraban en la cocina.

—¡Estás aquí, bichejo! —Sara habló con palabras entrecortadas mientras intentaba recuperar el aliento—. Esta vez te la vas a ganar.

—¿Qué pasa? —La muchacha no había visto a Lola porque parpadeó como un búho.

—¡Estás despierta!

—Sí y ahora dime porqué le hablas así al niño. —Se cruzó de brazos enfadada.

—Este bichejo se ha escapado mientras jugábamos al escondite, al no encontrarlo por ningún lado hemos dado la alarma y todo el personal del castillo está buscándole. Ken ha ido al pueblo a pedir ayuda.

—Jaime, ¿es verdad eso?

—Yo no quería jugar, tenía «hambe». —Se le escaparon dos lagrimones.

—Voy a llamar a Ken para que cese la búsqueda. —Sara sacó su móvil y marcó.

—Lo que has hecho no está bien —le regañó Lola.

Lo cogió en brazos y se sentó con él, lloraba con pena lo que le hacía sentir mal. Escuchó

como Sara hablaba por teléfono, pero la prioridad de Lola era Jaime que lloraba desconsolado.

—Ya viene hacia aquí. —Señaló al niño irritada—. Prepárate bichejo.

—No lo amenaces, Sara —Lola se enfadó cada vez más por el trato que le estaba dando al niño.

Lo acurrucó contra su pecho mientras acariciaba su espalda e intentó consolarlo. Escuchó más carreras en el pasillo y voces que increpaban a Jaime, pero al ver que lo tenía en brazos todos se callaron. La cocinera miró el pastel destrozado y se le escapó una maldición. Vio a Lola y se disculpó.

Douglas se acercó a la muchacha, tenía la cara enrojecida. El hombre no dijo nada, pero ella podía ver su semblante alterado al igual que todos los que se habían acercado a la entrada de la cocina. Se sintió amenazada con tantos rostros serios, pero el llanto de su hijo la devolvió a la realidad.

—Podéis volver a vuestros quehaceres, Jaime está bien. —Se levantó con él en brazos y se abrió paso entre todos los reunidos en la puerta—. Sara, ven conmigo.

No esperó a que le contestara, con Jaime cogido a su cintura volvió al dormitorio. En un momento dado miró hacia abajo y vio que Claudia estaba a su lado, su cara tenía rastros de lágrimas. Sujetó a Jaime con una mano mientras con la otra acarició su carita lacrimosa, ella se cogió del jersey de Lola y siguió su ritmo de caminar.

Al entrar al cuarto apenas podía sostener a Jaime, su peso era demasiado para ella. Lo dejó en el suelo y sacudió los brazos para activar la circulación y relajarlos después de cargar con él todo el camino. Se sentó en el sillón junto a la ventana y miró muy seria a los tres.

—¿Ahora me vais a contar lo que ha pasado?

—Ellas no me dejaban merendar, solo querían jugar al escondite, pero yo no puedo jugar si tengo «hambe».

—¡Mentiroso! —Sara dio un paso hacia delante—. Ya tomó su merienda, pero mientras jugábamos pasó por la cocina y vio el pastel. Me negué a darle más comida y creí que lo había aceptado, pero mientras nos escondíamos desapareció. Hemos estado buscándolo durante dos horas —Sara hablaba cada vez más alterada—. Ken, incluso ha ido al pueblo a pedir ayuda para buscarlo. Hemos movilizado a todo el castillo y este bichejo, ha aprovechado que estaba solo, para comerse el pastel.

—Sara, él me despertó diciendo que tenía hambre. He sido yo quien lo ha llevado a la cocina —explicó muy seria—. Pero tú no me dijiste que te estaban buscando —regañó a Jaime.

Lo vio retroceder con miedo, tenía los ojos vidriosos y sus regordetes mofletes mojados le encogieron el corazón. La puerta se abrió de golpe y Ken entró hecho una furia, iba a coger a Jaime del cuello y Lola se levantó para interponerse.

—Este granuja nos ha tenido buscándole durante dos horas —dijo intentando recuperar el aliento.

—Ya lo sé, estamos discutiendo el asunto. Si eres capaz de tranquilizarte, podremos seguir.

La miró con cara de pocos amigos, pero se sentó en el otro sillón. Su ceño fruncido y la oscuridad de sus ojos le dio miedo a Lola. Tragó saliva y volvió a sentarse.

—Claudia, ¿tienes algo más que decir? —La cogió de la mano para infundirle valor.

—Yo me burlé de él y le dije que no le dejarían comer pastel por glotón.

—¡Yo no soy un glotón! —gritó Jaime mientras volvía a llorar—. ¡Tengo «hambeeee»!

—Ya está cariño. —Lola lo cogió en brazos para consolarlo—. Lo que has hecho está muy mal, has tenido a todo el mundo buscándote, incluso han salido a pedir ayuda para encontrarte.

—¡Lo sientoooo! Yo no quería preocupar a nadie, solo quería pastel. —Lloró desconsolado.

—Eres un caprichoso —la voz dura de Ken sobresaltó a Lola—. Se te advirtió de que el pastel era para la cena.

—¡Ken! —apretó a Jaime entre sus brazos.

—¡No! Este pequeño granuja nos ha sacado a todos del castillo para así, poder comerse el pastel.

—No creo que haya sido así. —Lola intentaba mantener la calma—. Se ha escapado de la vigilancia, sí, pero ha venido en mi busca para que le dé la merienda.

—¡Exacto! Lo ha hecho, aun a sabiendas que ya había merendado. —La miró enfadado—. Te ha buscado porque tú siempre lo consientes, ha sido su forma de saltar la prohibición que le habíamos puesto antes.

—¡Ken! Solo tiene dos años y medio, no creo que haya sido una estrategia.

El hombre observó muy serio a su mujer. Ella le devolvió la mirada enfadada. Ambos siguieron retándose, y entonces ella se dio cuenta de que estaban discutiendo delante de los niños. Sara se volvió de repente, muy interesada en los cuadros que colgaban de las paredes en un intento de abstraerse de la discusión.

—Sara, ¿puedes llevarte a los niños a lavarse y prepararse para la cena, por favor? —Lola se sentó erguida en el sillón a pesar de tener a Jaime en sus rodillas, esperó a que su prima sacara a los niños.

—Vamos, peques. —Intentó coger al pequeño de los brazos de Lola, pero se agarró con fuerza a su madre.

—Jaime, ve con la tita —su tono de voz no admitía discusión. Se bajó de su regazo y se cogió de la mano de Sara. Claudia le tomó la otra y salieron en silencio de la habitación.

—Ahora podemos hablar —dijo solemne.

—Lola, sabes que lo que ha hecho está mal. Hay que darle un escarmiento.

—No puedes castigar a un niño tan pequeño porque tenga hambre.

—No se le castiga por eso, sino, por hacernos salir en una partida de búsqueda mientras él cometía su fechoría.

—No tienes razón. Ha sido una chiquillada, me buscó porque tenía hambre.

—Sí, y terminó comiendo el pastel que deseaba y que le habíamos prohibido.

—Ha sido un despiste mío. Le regañé, y mientras buscaba leche y galletas, cogió una porción.

—¡Lo admites! Tú también le negaste que cogiese un trozo de pastel y, aun así, se lo comió.

—Sí, tienes razón —retorcí las manos—, pero es muy pequeño. Sus acciones se rigen por impulsos básicos: hambre, sueño...

—No lo disculpes. Necesita saber que hay límites y que debe cumplir las normas.

—Está bien. ¿Qué castigo propones?

—Dejarle sin postre una semana.

—¡Eso es mucho tiempo! —Se levantó enfadada—. Tiene solo dos años y medio.

—¿Qué opinas tú? —Sonrió conciliador.

—Un día sin postre. —Lo miró nerviosa.

—Vale, hasta mañana en la cena no podrá comer dulces después de la comida.

—De acuerdo. Se lo diré. —Se levantó, pero él la detuvo.

—Lola, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Tiró de ella y la sentó en su regazo.

—Sé que no te gusta castigarlo, pero debemos forjar su carácter desde pequeño. No es solo un niño. Dentro de unos años será un hombre y necesita unos valores en su educación.

—¿Yo no le estoy dando esos valores? —Se removi6 indignada.

—SÍ, pero al mismo tiempo le consientes. Eso le crea controversias.

—Vale, entonces yo consentiré a nuestros hijos y tú les castigarás.

—Ja, ja, ja. —La apretó contra su cuerpo y la besó con pasión—. Tú lo has dicho, mami.

—No, papi. —Señaló con el dedo en el pecho—. Tú lo has querido, luego no te quejes.

—Sé que me arrepentiré, pero pienso que no nos aburriremos.

—Eso seguro que no. —Lola lo agarró de la camisa por el cuello y lo acercó a ella.

Se miraron con pasión, apartó la cabeza porque sabía que si seguían así terminarían en la cama. Lola carraspeó para llamar su atención y le alisó el cuello de la camisa, luego descendió las manos con lentitud por su jersey.

—Empieza a preocuparme que Jaime siempre tenga hambre —dijo para llamar su atención.

—Podemos hacerle un estudio cuando volvamos a Inverness. —Ken la abrazó y puso su barbilla sobre la cabeza de la muchacha.

—¿Tener hambre es una enfermedad?

—Hay muchos síndromes, la hiperfagia puede ser casual o... —Dejó la frase sin terminar.

—¿O qué? —preguntó nerviosa.

—Hay varias causas, pero no adelantemos acontecimientos.

—Dímelo. —Se cruzó de brazos cuando se separó de él.

—El síndrome Prader-Willi es una posible causa, pero no tiene los rasgos que lo definen —puntualizó muy serio—. No puedo confirmarlo sin un estudio genético, aunque estoy casi seguro de que no es eso.

—No me asustes, por favor. —Lola se abrazó a su cuerpo.

—No nos adelantemos. —La besó en la frente—. De momento, es solo un niño más grande de lo normal y con mucho apetito. Cuando volvamos a Inverness le haremos un estudio genético para eliminar esa probabilidad.

—No me lo puedo creer. —Se dejó caer en el sillón—. Siempre pensé que era un comilón, nunca imaginé que pudiese tener una enfermedad. —Se cubrió el rostro.

—Por favor, no te angusties. —Le cogió las manos para que lo mirara a la cara—. Ahora mismo solo tenemos suposiciones y un niño con mucha hambre —dijo socarrón intentando hacer reír a la muchacha.

—Vale y, ¿cómo hago para olvidar lo que me has dicho?

—Solo tienes que mirar a Jaime y verás que es un niño normal, lo demás son suposiciones. No debes dejarte llevar por el fatalismo. —Le guiñó un ojo—. Cuando le hagamos pruebas y te digan que es un niño normal, nos reiremos de esta conversación.

—De acuerdo. —Respiró hondo e intentó sonreírle, pero no lo consiguió porque él le frunció el ceño.

—Puedes hacerlo mejor. —Cogió la cara de Lola entre sus manos y la animó a repetirlo.

—Vale. —Esta vez le sonrió con confianza en sus palabras.

—Así me gusta. —La abrazó—. Ahora vamos a buscar a los niños para comer todos juntos. Ya he avisado a los arquitectos que hoy cenaran solos.

—¿No les parecerá extraño que los abandones en tu castillo?

—Han venido aquí a trabajar, el hecho de que nos reunamos en las comidas o cenas es una cortesía. Nada más.

—Yo también llegué para eso, y mira dónde estoy. —Sonrió ella con timidez.

—Estás donde debes estar. —La abrazó y la besó como solo él era capaz de hacerlo.



Capítulo 7

Desaparición

Al día siguiente todos en el castillo miraban enojados a Jaime que no se apartaba de su madre. El castigo lo había vuelto irascible. En la comida no paró de pedir su postre, pero Ken y Lola se negaron con rotundidad, a pesar de sus quejas y su lloriqueo. Hasta que se dio por vencido y con el consuelo de que a la noche podría comer postre, se conformó y volvió a pedir perdón. Por suerte, el incidente se olvidó y la rutina se instauró en el castillo. Sara se ocupó de los niños mientras Ken obligaba a descansar a Lola, que estaba harta de la cama. Pensó que si tenía que pasar un día más acostada se volvería loca, pero cualquiera le llevaba la contraria al MacRae.

Dos días después, sus compañeros del estudio se marchaban tras tomar el desayuno, y salió a despedirlos. El señor Bronson le aconsejó que se recuperase bien y comentó, que no hacía falta que volviese al trabajo hasta después de las vacaciones de Navidad. Agradeció su comprensión, pero al mismo tiempo estaba nerviosa por su futuro. Rob se marchó con ellos y le hizo el gesto de que lo llamara a lo que ella asintió con la cabeza, lanzándole un beso.

La mano sobre la cintura la sobresaltó, aunque se relajó al ver que era Ken. Sara se abrazó a Rob y se despidió con educación del resto de arquitectos.

Vieron alejarse los taxis, y al perderlos de vista, entraron al castillo por la zona privada, pues en la puerta empezaban a aparecer turistas. Sonó el teléfono de Ken, y se volvió para dejarla a sus espaldas, algo que la preocupó bastante dado que su conversación se limitaba a sí o no. Al final colgó diciendo que allí estarían. Ella lo miró interrogante.

—Era de la comisaría. Necesitan que firmes tu declaración antes de poner a Arturo Somosierra a disposición judicial.

—¿No lo hice ese día? —preguntó confundida.

—Es para la denuncia formal. —Apretó los dientes.

—¿Cuándo iremos?

—Si quieres, vamos mañana que es día veintidós, y así recogemos a la abuela para que pase las fiestas con nosotros.

—Vale. —Lola sintió que se le helaba el corazón—. ¿Llevaremos a los niños?

—Mejor se quedan con Sara, ya que iremos por la mañana para volver por la tarde.

—De acuerdo. Entonces no es necesario que prepare una maleta.

—Si quieres, nos vamos antes —se acercó a su cuerpo y se le aceleró el pulso—. Todas las noches tenemos duendes visitando nuestra cama.

—Ja, ja, ja. Eso no te ha impedido acercamientos... mm... placenteros —dijo a la vez que le dio un beso cariñoso en la barbilla y se soltó de su agarre.

—Sí, pero no es suficiente —corrió detrás de ella—, quisiera tenerte solo para mí.

—Deja que me lo piense. —Puso un sillón entre los dos.

—No tenemos tiempo, estamos a día veintiuno. Es ahora o nunca —susurró en su oreja poniéndole el vello de punta.

—De acuerdo. Prepararé una mochila para dormir esta noche.

—¡Bien! —Saltó entusiasmado—. Hablaré con Sara y los peques.

—¿Qué les vas a decir?

—La verdad, que tenemos que hacer un papeleo y recoger a la abuela. —Puso cara de niño bueno y Lola se rio a carcajadas.

—Anda que no tienes peligro ni nada.

Subió las escaleras riendo y fue al dormitorio a preparar la mochila para el viaje. Dentro del vestidor cogió una muda de ropa, y la metió en un macuto de Ken, al cual también le echó un hato de repuesto. Al salir de la habitación con el bolso en la mano, escuchó cerrarse la puerta. La miró extrañada, pero no vio a nadie, así que entró al baño y preparó el neceser para meterlo en el macuto.

Lola se acercó a la ventana y la abrió a pesar del frío invernal, el paisaje era estremecedor. Se sentía tan bien que se relajó mientras miraba las aguas que rodeaban el castillo. El suave ondular en su superficie la llamaba como si de una sirena se tratase. Escuchó el ulular de una lechuza en la lejanía, mientras el ruido del chapoteo le hizo centrar la visión en la superficie acuosa. La silueta de los árboles recortada contra el fondo oscuro de la noche, solo era rota por el resplandor de la luna. Se sentó en el sillón y se quedó adormecida mientras contemplaba el paisaje.

Lola despertó con gritos y correteadas del pasillo. Se levantó para regañar a los niños por el escándalo, abrió la puerta y vio a su prima que estaba frente a ella con la cara blanca como la leche.

—Sara, no deberías dejar que los niños corra por los pasillos, pueden romper algo.

—¡Lola! ¿Está Jaime contigo?

—No. —Un puño le oprimió la garganta de tal manera, que no le dejó emitir ningún sonido.

—¿Está contigo? —Ken gritó desde el principio del pasillo.

—¡No!

—¡Cuando atrape a ese pillastre lo voy a colgar de los pulgares! —Ken se dio la vuelta, enfadado.

—¿Otra vez se ha escondido? —la voz de Lola sonaba tan infantil.

—Sí, hija y esta vez ni siquiera ha discutido. Estábamos jugando, él ha dicho que quería su Buzz y al ver que no regresaba, he subido a por él. El muñeco está en su cuarto, pero él no.

—¡Sara! —Se agarró a su brazo—. ¡Le ha pasado algo!

—No seas alarmista, seguro que cambió de opinión y se ha escondido para hacernos una jugarreta. Recuerda que todavía sigue enfadado por dejarlo sin comer postre.

—No, Sara, lo siento aquí. —Se golpeó el pecho.

—Lola, entra al cuarto y descansa. Nosotros lo buscaremos.

—No puedo, tengo que encontrarlo —sentía que le faltaba el aire—. Además, si se ha escondido, saldrá en cuanto yo lo llame.

—Como quieras, pero voy contigo, No tienes buena cara.

Bajaron al *hall* y vio al personal de servicio recorriendo los pasillos en busca del pequeño. Por todas partes se escuchaba el eco llamando a Jaime. Lola gritaba su nombre, pero apenas le salía la voz. Llegó a la cocina y vio que la cocinera estaba en su puesto, quien asintió con la

cabeza y fue corriendo hasta Lola para ofrecerle una banqueta.

—Le traeré un «vazo» de agua —dijo preocupada la señora Oliver sin molestarse en ocultar la mella por donde se le escapaba el aire.

—Lola, es mejor que te quedes aquí. Correré por los pasillos más rápido sin ti —dijo Sara sonriendo—. Es más, si hay algún sitio que atraiga a Jaime como un imán, ese es la cocina. Le diré a Ken que estás aquí.

—Vale. —Se agarró por la cintura en un intento de darse fuerzas.

—Tome, «zeñora», beba un poco, que no tiene buena cara.

Cogió el vaso, pero le temblaba la mano. Lo dejó en la mesa y se frotó las manos, indecisa. En ese momento entró Ken y se le quedó mirando asustado.

—No tienes buena cara, te subiré al cuarto.

—No, tengo que buscar a Jaime.

Lola quiso ponerse en pie, pero se tambaleó. Antes de que cayera, los fuertes brazos de Ken la levantaron sin ningún esfuerzo y la llevó de vuelta a la habitación. La dejó encima del nórdico y sonrió al ver el macuto preparado sobre la cama.

—No te preocupes, seguro que se ha quedado dormido en algún dormitorio. —Miró alrededor y se acercó a la mesa junto a la ventana donde estaba el móvil de Lola—. Toma en cuanto lo encontremos, te llamaré. Tú descansa un poco.

Salió del cuarto como un vendaval, la muchacha miró al techo y las lágrimas se escapaban de sus ojos, al pensar en su niño solo y perdido. Soltó un gemido y rompió a llorar de impotencia. No podía quedarse tumbada sin hacer nada, se levantó y comprobó que no le fallaban las piernas. Dio varios pasos, cautelosa, y se dirigió a la puerta. Por el filo del ojo vio un gran papel blanco en la chimenea que le llamó la atención. Se acercó y lo sacó de debajo del pesado candelabro, era una nota de secuestro, pues los caracteres recortados de algún periódico bailaban ante sus ojos. Sintió que el mundo desaparecía bajo sus pies y le absorbía la oscuridad.

Lola se encontraba en algún lugar del que no podía salir, intentó abrir los ojos, pero le pesaban demasiado, su cuerpo se retorció en la nada que la absorbía. Quería incorporarse, aunque no ocurría nada. Entonces una llamada cruzó la oscuridad que la envolvía. Ese olor, lo reconoció de inmediato, era el aroma de Ken, pero no podía ser, él estaba buscando a Jaime. En ese momento, un dolor estalló en su pecho y recorrió su cuerpo.

—¡Jaime! —Lola se levantó con tanta rapidez que casi tiró a Ken.

Abrió los ojos con miedo de lo que se encontraría, pero seguía en el cuarto de Ken. Rectificó pensando que ahora era el de ambos. Él la miró con cara de espanto.

—Lola, ¿qué ha pasado?

La atrajo a sus brazos y ella se dio cuenta de que estaban en el suelo. Un *flashback* cruzó su mente aturrida. Jaime, desaparecido, nota. Esas tres palabras aclararon la situación de Lola y lo recordó todo. La histeria recorrió sus venas adueñándose de su cuerpo. Intentó controlarse, pero no sabía cómo.

—¡Lola! —La zarandéo Ken haciendo castañetear sus dientes—. Por Dios, mujer, ¡reacciona! —Ken se preocupó. No solo por la desaparición del niño, encontrarla en el suelo y sin sentido le había arrancado años de vida.

Sus palabras se colaron en su confuso cerebro y al mover los brazos notó la rugosidad de un papel en la mano, la abrió con cuidado y la extendió para mostrarle la nota a Ken. Todavía no podía hablar.

—¡Hijo de puta! —Arrancó el papel de la mano de ella y lo miró con rabia—. No te preocupes nena, lo encontraremos.

—¡Se lo han llevado! —exclamó con rabia y, por fin, rompió a llorar.

Sentía cómo su cuerpo se elevaba, pero no le importó, solo necesitaba soltar las lágrimas para poder recomponerse y buscar alternativas. Su mente divagaba, una clara señal del aturdimiento que poseía.

—Lola, ¿quién te ha dado la nota? —Ken la instó a hablar.

—Estaba en la chimenea. —Lo miró con miedo—. Iba a buscar a Jaime. No podía quedarme sin hacer nada. Al salir la vi y... —Tragó saliva—. Creo que me desmayé. —Miró el móvil en la mano—. Aunque pienso que no ha sido mucho tiempo.

—No, cuando llegué abajo me arrepentí de dejarte aquí. Por eso he vuelto —La besó en la frente—, pero no estás en condiciones de hacer nada.

—Tengo que buscarlo —insistió, e hizo el ademán de incorporarse de nuevo.

—Dejaremos de hacerlo. Quien lo haya cogido se pondrá en contacto con sus exigencias para rescatarlo.

—Dice que no llamemos a la policía —tomó la nota con mano temblorosa—, pero nada más.

—Se pondrán en contacto con nosotros, solo tenemos que esperar. Voy a parar la búsqueda y pediré que te traigan una tila.

—¡No! No me dejes sola.

—Lola, será un momento.

Le dio un beso en la frente y se levantó, cuando sonó el móvil de Lola. Lo miró como si fuese un monstruo. Ken lo cogió y lo puso en altavoz mientras con la mano, le indicaba a ella que hablara.

—¿Dígame? —la voz de Lola sonaba temblorosa.

—Tengo a tu hijo. No llames a la policía si quieres volver a verlo con vida.

—¿Qué necesita de mí? —preguntó con voz temblorosa, tartamudeando.

—Ya te diré más adelante las condiciones. —Se escuchó una maléfica carcajada y la línea quedó en silencio.

Lola miró a Ken, tenía los dientes apretados mientras su mano sujetaba el móvil. Él la observó sin perder detalle de su expresión también. El pánico se apoderó de ella, pero no le dio tiempo a dejarse llevar por él. Ken la abrazó y la besó con fuerza, escuchó sus murmullos, aunque no los entendía. Se apartó unos centímetros y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, lo encontraremos.

Sacó su teléfono y se sentó en la cama, pudo ver que buscaba un contacto en su agenda, hasta que por fin lo localizó. Dejó el móvil junto a ella mientras ponía el altavoz. Escuchó el tono de llamada y, cuando parecía que se iba a perder, alguien contestó.

—¡Hola, MacRae! Cuánto tiempo sin saber de ti.

—Callaghan, necesito tu ayuda. —Ken tenía la voz oscura, ya que no dejaba de mirar a la muchacha pálida que estaba sentada en la cama.

—Lo que quieras, amigo.

—Han secuestrado a mi hijo —dijo con los dientes apretados en un intento de controlar la rabia que sentía al no poder solucionar solo la situación.

—¿Pero tú no tenías una niña? —dijo risueño Sam al otro lado del teléfono.

—Es una larga historia. Céntrate, Callaghan —disimuló la prisa que tenía por llegar al asunto.

—Lo siento, dime en qué te puedo ser útil.

—Acaba de llamar el secuestrador. ¿Puedes localizar la llamada?

—Puedo, pero ¿no deberías dejar eso a la policía?

—¿Cuando se llevaron a Bel te quedaste al margen?

—Lo siento, tienes razón. —Se hizo un silencio incómodo entre ambos—. Dame el número de teléfono al que ha llamado, yo me encargo.

—Te paso el contacto por WhatsApp.

—Ok, me pongo a ello. Por cierto, te voy a enviar un enlace para que descargues una aplicación en el móvil donde han llamado, es nueva y no sé si nos servirá, porque está en pruebas todavía. Aunque creo que puede aportarnos datos interesantes.

—Gracias, Callaghan.

—No me las des, aún debemos encontrar a esos cabrones.

La línea se quedó en silencio y Ken se volvió hacia Lola. Se hizo mil preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Él la abrazó y la besó en la frente.

—Callaghan es un amigo, tiene una empresa de aplicaciones. Si alguien puede localizar al que ha llamado es él.

—¿Y si se enteran de que los estamos intentando localizar? No deberías haberle contactado.

—Se retorció las manos con nerviosismo—. Ken, yo no tengo mucho dinero, ¿podrías dejarme el que haga falta para pagar el rescate?

—No te preocupes por eso ahora —contestó restando importancia a una posible petición en metálico, algo le decía que eso no era lo que buscaba el secuestrador.

—Pero seguro que quieren eso. Al decir que Jaime es tu hijo, lo has convertido en un objetivo, y yo no tengo mucho ahorrado.

—Lola, no te preocupes por eso. Cuando digan la cantidad que quieren, se la daré. —La miró muy serio—. Jaime es mi hijo.

A la muchacha se le escapó un sollozo y se abrazó a su sólido cuerpo, él la envolvió con sus fuertes brazos e intentó consolarla. No supo cuánto tiempo llevaban abrazados, solo que la puerta se abrió y entró Sara, que, aunque intentaba sonreír, la palidez de su cara lo decía todo. Carraspeó llamando la atención de ambos.

—Ken, ha llegado gente del pueblo. Parece que se han enterado de la desaparición de Jaime y vienen para ayudar.

—Gracias, Sara. Diles que bajaré en un momento. —Miró a la chica que acababa de entrar con el entrecejo fruncido—. ¿Puedes pedir que le traigan una tila a Lola?

—Ahora mismo. —Se acercó a la cama y cogió la mano de su prima—. Lo vamos a encontrar. —Vio la nota sobre el regazo de Lola y soltó una exclamación al tiempo que cogía el infame papel.

—¡Sara, dame eso! —Se lo arrancó con rapidez.

—¿Lo han secuestrado?

—No podemos decir nada todavía. —Se puso de rodillas en la cama y sujetó a su prima por los hombros—. ¿Entiendes?

—Pero ¿deberíamos llamar a la policía! —clamó intentando soltarse.

—¡Noooo! Tenemos que esperar.

—Sara, pide la tila para Lola y no digas nada —Ken hablaba sin dejar lugar a discusión alguna.

—Lo siento. —Sara se inclinó sobre Lola y le dio un abrazo—. Haré lo que dices.

—Diles que bajaré enseguida. —Ken le hizo un ligero movimiento con la cabeza para que saliera.

—Por supuesto. —Se volvió y miró a ambos—. ¿Traigo a Claudia para que le haga

compañía a Lola?

—Mejor no. Agnes se ocupará de ella.

Sara salió de la habitación con rapidez. Al cerrar la puerta Lola miró con dudas a Ken. No lo había pensado, pero podrían llevarse también a Claudia. Un escalofrío recorrió su columna vertebral y la hizo temblar, no sabía si de frío o de miedo.

—Ken, tal vez deberías traer a Claudia conmigo. Yo puedo cuidarla mientras...

—No, te necesito entera cuando contestes al teléfono, y Claudia es muy preguntona. —Sonrió con pena—. Es mejor que Agnes le dé tareas para tenerla ocupada.

—Como quieras.

Retorció sus manos y miró la hora en el reloj de la chimenea. El sonido del móvil rompió el silencio con un doloroso recordatorio. Lola no se atrevía a tocar el aparato por miedo a equivocarse y colgar. Ken cogió la llamada y puso el altavoz.

—MacRae, la llamada fue hecha desde España.

—¿Estás seguro?

—Sin duda.

—Pero solo hace tres horas que desapareció el niño, no pueden habérselo llevado tan lejos.

—Quien lo ha hecho no tiene por qué ser el autor del secuestro, esto parece obra de un equipo.

—Entonces es un grupo organizado. —Se apartó de Lola y ocultó el miedo que esas palabras le habían provocado.

—No sé qué más decirte. —Sam se quedó en silencio—. ¿Puede ser la familia de España?

—No creo. Ella se fue y están satisfechos con ver a Claudia en vacaciones.

—Yo no tengo dinero —habló por primera vez Lola.

—Callaghan, es Lola mi mujer.

—¿Española?

—Sí, pero yo estoy sola, no tengo apenas familia ni dinero —hizo énfasis de nuevo en su situación económica, pues no entendía qué podían buscar secuestrando a su hijo.

—Es un buen acertijo —se le escuchó murmurar al otro lado con claridad.

El móvil de Lola volvió a sonar, sacando a todos de tan negros pensamientos. Ken le cogió el teléfono a ella y lo puso junto al suyo, donde Callaghan seguía en línea.

—Contesta —ordenó Ken a su prometida mientras se ponía detrás de ella para sujetarla—, y procura mantenerlo hablando el mayor tiempo posible. —Miró a su móvil—. ¿Algo más Callaghan?

—Yo pediría una prueba de vida. No sé. Pide que te pongan con el niño o que manden una foto.

Lola asintió con la cabeza mientras tragaba saliva para quitar el nudo que se le había formado en la garganta y desplazó el botón verde para contestar, al mismo tiempo que le daba al altavoz.

—¿Dígame?

—Mañana tienes que ir a declarar a la policía. Dirás que todo fue un error, que te asustaste y confundiste la situación —la voz distorsionada le puso el vello de punta a Lola.

—Quiero hablar con mi hijo —dijo desesperada.

—No, primero ve a Inverness y te retractas de la denuncia —gruñó el secuestrador, alterado, al ver que le reclamaba algo que no prepararon.

—¿Cómo sé que no le harás nada a mi hijo? Necesito saber que está bien o no podré mantener la mentira ante la policía. —No supo de dónde sacó el valor para hacer frente al

hombre.

—¡Mami! —la voz llorosa del pequeño la descompuso, tuvo ganas de vomitar, llorar y gritar.

—¡Jaime! —Lola casi se cae de la cama con el grito de su hijo.

—No te entretengas.

El hombre colgó el teléfono antes de que el niño dijera algo que los delatase, se dirigió a su cómplice y le hizo señas para salir de la habitación. Su cautivo comenzó a llorar y ambos se miraron sin saber qué hacer.

—¡Quiero ir con mami! —Se sorbió los mocos y observó a los hombres con cara de pena—. Tengo «hambe».

—Más vale que le traigas algo de comer o alertará a quien pase por los alrededores.

—Veré qué puedo traer, por aquí no hay nada.

—Pues ve al pueblo, a ti te conocen y nadie se extrañará de ver que compras comida.

—Mantén al chico callado. Este lugar está en un paso muy transitado, si grita pueden escucharle.

—No te preocupes, ahora jugaré con él y lo cansaré para que se duerma.

El individuo se marchó y dejó a su compinche al cuidado del niño, algo le decía que este trabajo no era tan sencillo como le había dicho. El dinero nunca es fácil de conseguir.

∞∞∞∞

El silencio al otro lado de la línea dejó a todos sin habla, Lola se abrazó a sí misma moviéndose adelante y atrás, llorando. Al notar los fuertes brazos de Ken a su alrededor, salió de su letargo. Lo miró al comprender que esto no se resolvería tan solo con pagar un rescate. Lola tembló de miedo, pensando que, nada tendría sentido sin Jaime en su vida.

¿Qué sería de ella? Él fue quien le dio fuerzas para superar las desgracias que le habían ocurrido. Si él no hubiese nacido, ella nunca se habría recuperado de la violación, jamás habría superado quedarse sola tras la muerte de su madre. Escuchó gritos y se cubrió los oídos.

—¡Ya vale, Lola! —La zarandéó Ken con cuidado.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que los alaridos eran de ella. Conmocionada se incorporó sin saber lo que había pasado. Sujetó la cabeza entre las manos y respiró hondo para intentar salir del estado de ansiedad en que había entrado tras escuchar a Jaime llorar y saber que no podía hacer nada.

—Lola, Callaghan ya está rastreando la llamada. —Ken veía que su mirada se perdía e intentó hacerla razonar.

—¿Puede? —Lo observó confusa.

—Sí. Además, la App que me envió por el enlace es un espía, se colará en todos los teléfonos que te hagan una llamada.

—¿Eso es posible?

—No lo sé, es lo que me ha dicho antes de colgar. En cuanto tenga noticias se pondrá en contacto con nosotros. Mientras, pienso que deberíamos ir a Inverness para que crean que vas a cumplir su petición.

—Es que lo voy a hacer. Voy a decir que fue un error —concluyó al mismo tiempo que se le escapaba un temblor que recorrió todo su cuerpo.

—De momento, vamos a Inverness. Lo de quitar la denuncia lo dejaremos como último recurso.

—¡Ken!, ¡tienen a Jaime! —Se puso en pie y cogió el macuto que preparó antes de que estallara todo—. ¡Vamos! No podemos retrasarnos más —dijo ella armándose de valor.

—Espera, primero tengo que hablar con Douglas y la gente del pueblo. —Juntó su frente con la de Lola—. Date una ducha para relajarte mientras vuelvo. Saldremos después de comer.

La dejó sentada en la cama. Lola tenía las manos temblorosas, pero sintió una extraña fuerza recorriendo su interior. Se metió en la ducha y repasó lo sucedido hasta ese momento, ahora sabía quién era el responsable del secuestro.

Era ese hombre. El malnacido que entró en su vida para destruirla y lo estaba consiguiendo a todos los niveles. Le robó la decisión de elegir su primer amor, la carrera profesional, incluso provocó la muerte de su madre, y ahora quería controlarla secuestrando a su hijo.

Las lágrimas caían por su rostro mezclándose con el agua de la ducha. Estaba agotada, cansada de que abusaran de ella. Apretó los puños hasta hacerse sangre con las uñas en la palma de la mano, pero el dolor le recordaba que estaba viva y que todavía no la habían vencido.

Salió del cuarto de baño envuelta en el albornoz de Ken, se puso unos vaqueros y un jersey de lana gruesa, se calzó las botas y metió dentro del macuto otra muda de ropa más. Después de los últimos acontecimientos, no estaba segura de si volverían tan pronto.

La puerta del cuarto se abrió y entró Ken con prisa, la miró muy serio y le dio el teléfono. Lola no se dio cuenta de que él se lo había llevado, lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón y cogió el macuto.

—¿Nos vamos? —Intentó sonreír.

—Sí, ya he dejado instrucciones para que controlen el perímetro del castillo. Lo cerraremos al público hasta que esto se resuelva.

—¿Claudia y Sara vienen?

—No, mejor se quedan aquí. Estarán más seguras.

—Yo no lo creo, después de todo fue aquí donde secuestraron a Jaime —dijo sin pensar.

—Lo siento, debería haber contratado más seguridad. —La cogió de la cintura y la acercó a su cuerpo—. Te prometo que lo resolveré.

—No es culpa tuya, ya sabemos que esto es obra de Arturo Somosierra —lo dijo en voz alta por primera vez y notó que él se tensaba.

—Sí, pero tiene apoyo de más gente. Hasta que localicemos a su grupo de compinches tendremos que hacer lo que nos exigen, sin embargo, llegado el momento podremos actuar con precisión. Recuerda que no estamos solos en esto.

—Ese hombre está en todas mis pesadillas, pero te juro que no me va a vencer —Lola habló con tanta rabia que sorprendió a Ken.

—Entre los dos le daremos su merecido. —La besó con pasión y ella se dejó envolver por su calor.

Después de una comida ligera salieron del castillo, volvían a Inverness. Ken se detuvo varias veces para tomar café y ver si los seguían, ella lo notó alerta. En sus ojos brillaba la cautela y la rabia, pero no decía nada. Su mano se posaba de vez en cuando en la pierna de la muchacha para darle valor y ella la cogía encantada de tenerle a su lado.

Detuvo el coche en Kennet Street, aparcó sin problema en una plaza cercana y bajaron sumidos en un silencio incómodo. Al entrar en su piso, Lola sintió que le faltaba el aire. Hacía solo unos días que habían estado aquí, Jaime había dormido con ellos en esa misma cama. Se le escapó un sollozo que controló de inmediato.

Ken la miró con pena, ella supuso que él también recordaba la noche que pasaron juntos rodeados de los niños, y a pesar de todo pudieron encontrarse como pareja. Tragó saliva al

recordar lo que hicieron y apartó la mirada avergonzada, mientras notaba cómo le subía el color a las mejillas.

—No te avergüences, Lola, lo nuestro es amor y no tenemos nada de que arrepentirnos —habló antes de que ella se diera la vuelta para ocultarse.

—Ya lo sé —contestó en voz baja—. Pero he recordado ese momento y....

—Ven aquí. —La abrazó con fuerza y la besó. Sus labios se movían sobre los de ella sin vergüenza.

—Ken —se apartó un poco de él—, no puedo.

—Esto nos ayudará a que la espera sea más agradable. —La estrechó entre sus brazos—. Te quiero, Lola y aceptaré todo lo que aceptes darme. No hace falta que tengamos sexo para estar juntos, solo con sentir tus brazos alrededor de mi cuerpo ya estoy en el séptimo cielo.

Ella lo miró sin saber qué hacer. Por un lado, quería estar en sus brazos y olvidar, aunque solo fuera por un momento, todo lo malo que la rodeaba. Por otro lado, la ansiedad la consumía. No saber dónde estaba su hijo, si se encontraba bien, si tenía miedo, o hambre.

Se le escapó un sollozo y él la envolvió en sus brazos. Con facilidad la levantó y la llevó a la cama. Después de desvestirla le puso una de sus camisetas, y él se vistió con un pijama y se tumbó junto a ella.

Se miraron en la oscuridad sabiendo que el día siguiente sería un día duro. Debían ir a la comisaría central de Policía para prestar declaración, pero en vez de acusar a Arturo Somosierra de agresión e intento de violación, debería decir que fue un error. Pensó lo que tenía que declarar, pero no se le ocurría nada que no le hiciera quedar como una idiota o una caliente braguetas.

La mano de Ken acariciaba su rostro en la oscuridad mientras sus ojos escudriñaban su expresión. Podía sentir su caricia consoladora. Se le escapó un sonoro suspiro y cerró los párpados mientras se relajaba en sus brazos.

El dulce aleteo de una mariposa hizo que se despertara. Abrió los ojos y se encontró con la oscuridad más absoluta. Confundida miró alrededor y volvió a sentir el suave roce en su nuca, la placentera sensación hizo que se estirase y buscara su contacto. Se dio la vuelta para recibir sus besos y sintió que todo estaba bien, que estaba donde debía estar. Sus brazos la envolvían mientras el calor de su cuerpo la hizo adormecerse de nuevo.

Nunca se había sentido tan segura ni querida, al menos desde que se quedó sola, sin padres. Supo con claridad que podía confiar en él. Era lo que siempre había querido, lo que nunca buscó por miedo a equivocarse, lo que le hacía desear un futuro. Se acurrucó en sus brazos y volvió a caer en el sopor del sueño.

Nunca en su vida había querido tanto dormir sin pesadillas que la alterasen, para bien o para mal, solo anhelaba el placer del olvido, unos momentos donde la nada fuera el resultado de la unión de los hechos. Que la paz que ansiaba la abrazara cada noche como si de ella se alimentase. No podía desentenderse de ese bienestar que buscaba, al igual que no podía hacer desaparecer la ansiedad que agobiaba su corazón.



Capítulo 8

El día de la verdad

La luz de la mañana se filtraba con timidez entre las etéreas cortinas, Lola no recordaba dónde estaba ni qué había ocurrido. La cabeza le iba a estallar mientras intentaba aclarar sus ideas. Los hechos del día anterior le golpearon como un puño, para añadir más dolor al que ya le atenazaba.

—¡Jaime! —Se mordió la mano en un intento de cambiar lo que sentía en el pecho por algo más físico.

—Lola, no llores más. —Ken la abrazó con fuerza—. Hoy se resolverá todo, confía en mí.

—¿Qué hora es? —la voz de ella era apenas un lamento carraspeado en la inmensidad del silencio.

—Todavía no son las ocho, es temprano para ir a la comisaría. —Sonrió confiado—. Además, aún tenemos que recibir noticias de Callaghan.

—Si es que consigue algo —se quejó ella ante las dudas que la asaltaban con crueldad.

—Créeme lo hará. —La besó en la frente—. Vamos a prepararnos para el día, ¿te duchas conmigo? —Sus cejas se elevaron de forma cómica y, a pesar de lo mal que se sentía, la hizo reír.

—No sé cómo lo haces, pero consigues darle la vuelta a las cosas. —Sonrió y se incorporó para besarla.

—Bueno, si sigues haciendo esto, estudiaré todos los chistes del mundo. Una oportunidad así no hay que desperdiciarla.

Se levantó y le guiñó un ojo mientras le hacía señas con un dedo para que lo siguiera. Hipnotizada por su sonrisa llena de hoyuelos, se dirigió hacia él sin pensar en nada más. Su presencia le dominaba y le atraía como nunca pensó que lo haría ningún hombre.

En el baño se desnudaron y dejaron atrás todas las inhibiciones. El cuerpo de Ken se apretó contra el de Lola, haciéndole sentir la enormidad de su pasión en su vientre mientras la piel de ella se volvía cada vez más sensible. Sus labios recorrían su cuello con una deliciosa suavidad que le erizó el vello de todo el cuerpo.

Lola tembló de anticipación y se abrazó a él en busca de alivio. Los brazos de Ken la subieron a su cintura, lo rodeó con las piernas y sintió su miembro en la entrada de su sexo, hasta que, por fin, despacio y con delicadeza se enterró en su interior. A Lola se le escapó un grito de placer mientras sus embestidas se aceleraban y aumentaban el ritmo. Muy dentro de ella se estaba formando una tormenta difícil de aplacar, parecía que se consumiría en un fuego interno, pues sus gemidos se hicieron cada vez más altos, y él los secundó con sus propios jadeos.

El corazón de Lola latía a mil, cuando millones de luces explotaron en su interior y

vapulearon su cuerpo con fuertes sacudidas. El orgasmo fue devastador, la consumió hasta tal punto que se olvidó de todo, pues solo podía pensar en el placer y cómo prolongarlo. Lo escuchó gruñir y tensarse mientras se sacudía con su propio clímax. La embistió dos veces más y ella notó cómo su miembro retrocedía en su interior. Al salir se quejó por la pérdida y él la besó con pasión.

La bajó con cuidado mientras sus manos recorrían su cuerpo, a la vez que fue dejando leves caricias en la piel de la muchacha, que aún ardía por el encuentro. Se abrazó a su cintura y besó su torso.

—Vamos a lavarnos, todavía tenemos que desayunar antes de ir a la comisaría. —Ken la acercó a la cabeza de la ducha y la besó en la coronilla, sonriendo satisfecho por haber conseguido distraerla de sus miedos.

Ella no dijo nada, solo se metió en la ducha y le dio al agua caliente. El calor le hizo cerrar los ojos, dejando que las gotas insistentes que barrían su cuerpo, se llevaran los restos de la pasión compartida.

Él se acercó por detrás y comenzó a frotar la espalda de Lola con gel. El dulce aroma del heno invadió su olfato y la hizo sonreír. Se dio la vuelta y le quitó la botella de gel para enjabonarlo. Durante unos minutos jugaron con el jabón en sus cuerpos. Él cogía sus pechos y los pesaba entre sus manos mientras dejaba rastros de gel. Ella hacía lo mismo. Lo exploró, al principio con timidez, sin embargo, al final se envolvió de osadía y le retribuyó tantas caricias como él le había dado.

Salieron del baño y se secaron, Lola tenía la piel rosada y acalorada, sin saber si era por el agua caliente o por sus caricias. El sonido de su móvil los sacó del juego. Corrieron hasta el cuarto y él miró la pantalla, sonrió a la muchacha y deslizó su dedo por el botón verde.

—Callaghan, ¿tienes algo?

—Sí, tío. No sé si es por suerte o porque estos tipos son penosos, pero sé dónde está el que hizo la segunda llamada —su voz sonaba risueña por el altavoz.

—Dime.

—Muy cerca de tu castillo. Te mando las coordenadas.

Ken miró el WhatsApp y ella lo vio trastear, pinchó un enlace y apareció el Google Maps. Una sonrisa maquiavélica cruzó su semblante antes de levantar su mirada hacia Lola.

—¡Gracias, Callaghan! Seguimos en contacto. —Ken miró a su mujer agradecido de poder darle un poco de paz.

—Dime si necesitas algo más —Samuel Callaghan siguió hablando, aunque sabía que su amigo ya estaba pensando en la forma de recuperar al niño.

—Lo haré.

—Gracias, señor Callaghan —dijo Lola entre lágrimas.

El silencio llenó el cuarto cuando Ken colgó el teléfono, la miró sonriente, pero no dijo nada.

—¿Volvemos al castillo? —la voz ansiosa de Lola lo sacó de sus pensamientos.

—Todavía no. —Negó al mismo tiempo con la cabeza—. Mandaré a mi gente a las coordenadas. Si Jaime está allí, acabaremos la denuncia para enterrar a Somosierra.

—¿Y si no está? —preguntó ella con miedo.

—Tendremos que seguir buscando alternativas. Pero no adelantemos acontecimientos, la información de Sam es fiable. De lo contrario, no me habría dicho nada.

Ken sacó su móvil y ella le escuchó hablar con rapidez, pero no entendía nada, entonces se dio cuenta de que era gaélico el idioma en el que hablaba, lo que la puso más nerviosa. Después

de unos minutos colgó y volvió a marcar. Otra vez conversaba en gaélico. Eso fue lo que enfadó aún más a Lola. Siempre había pensado que era de mala educación utilizar otro idioma para ocultar una conversación. Su pie se movía nervioso y golpeaba con furia en el suelo con un ritmo enloquecedor esperando a que terminara de hablar.

Colgó y le sonrió mientras se acercaba a ella con pasos lentos. Los hoyuelos la distrajerón un momento, pero reaccionó y le dio un golpe en el hombro cuando intentó abrazarla.

—Dime ahora mismo lo que has hablado. —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No te enfades. —Volvió a atraparla entre sus brazos y la besó.

—Pues dilo ya de una vez. —Intentó escapar de su abrazo.

—He organizado un grupo para que investigue. Las coordenadas coinciden con un pabellón de caza medio derruido cerca del castillo.

—¡Pues vamos para allá! —gritó ella esperanzada por una vez desde que empezó esa pesadilla.

—No, Lola, si tienen gente vigilándonos es mejor que sigamos aquí. Que piensen que han conseguido lo que querían —contestó él con seguridad.

—Pero yo necesito ver a Jaime, seguro que está muy asustado y...

—En cuanto me digan que lo tienen saldremos para allá, pero antes tenemos que confirmar la denuncia.

—Vale, haremos tiempo —dijo ella, no muy segura todavía de lo que debían hacer.

Lola se quitó el albornoz y comenzó a vestirse deprisa, dándole la espalda a Ken. No pudo verle, pero escuchó cómo se le escapaban unos gemidos. Ella no le hizo caso, sabía que si le daba pie volvería a enredarse con sus besos.

Salieron a desayunar a una cafetería cercana al camino del río. Lola no podía tragar, tenía un nudo en el estómago. Aun así, él pidió varias tostadas. Ella se negó a comer con el pretexto de sentir náuseas, pero Ken insistió. Entonces se tapó la mano con la boca en un claro gesto de arcada. Él le sonrió y le guiñó un ojo con simpatía.

—Creo que todavía es pronto para esos síntomas, apenas hemos empezado a acostarnos juntos. —Rio divertido Ken, dando un mordisco a una de las rebanadas de pan.

—¡Buenoooooooo! Te la estás jugando. —Lola intentó poner cara de enfado, aunque su payasada la hizo sonreír—. Eres un tonto.

—Pero, te has reído y, si además consigo que comas algo, me harás el hombre más feliz de las *Highlands* —dijo con tanta sinceridad, que ella tragó el nudo que se le formaba en la garganta.

—Está bien. —Tomó una tostada de la fuente y la untó con mantequilla. Le dio un gran mordisco sin dejar de mirarlo a la cara,

—Buena chica —dijo riendo, después le guiñó un ojo y siguió comiendo su tostada.

Lola no podía evitar mirar la hora en el móvil, cada dos segundos le daba la vuelta para ver el reloj. El escocés no decía nada, pero notaba que su mirada se oscurecía cada vez que lo hacía. Se bebió su café y dejó la tostada a medio comer.

—¿Has terminado ya? —Señaló el plato casi vacío de Ken.

—No tengas tanta prisa, debemos esperar la llamada de mi gente. —Se encogió de hombros y masticó con lentitud, aun sabiendo la impaciencia de la muchacha.

—Podemos ir a la comisaría para que crean que voy a quitar la denuncia. Así...

—No, Lola, tenemos que esperar un poco.

—Pero, Ken... —Sus ojos se volvieron acuosos.

En un segundo la levantó y la abrazó. Sus fuertes brazos la envolvieron dándole fuerza, pero

la puerta del dolor se había abierto y le resultaba muy difícil cerrarla. Lloró sin importarle estar en un local público. Ken estaba un poco nervioso, cogió el abrigo de Lola y se lo puso, después hizo lo mismo con el suyo y la sacó de la cafetería mientras la abrazaba contra su pecho. De esta manera, la llevó hasta un parque cercano. Escogió el lugar perfecto con la mirada y se sentaron en un banco donde la consoló en silencio.

Poco a poco el llanto de Lola se calmó, se incorporó y secó sus lágrimas con la manga del abrigo mientras él le sonreía comprensivo. No pudo evitar sentirse atrapada en un mundo de dolor, lo empujó dentro de ella como siempre hacía, pero esta vez no pudo mantenerlo lejos de su realidad. La sobrepasó y desarmó de tal manera, que perdió el control y se dejó ir entre gemidos y lamentos. Volvió a empujar muy hondo dentro de ella, ese profundo sentimiento y la incertidumbre. Necesitaba el valor que le daba el vacío en su interior, mientras echaba la llave de la pena y se sumaba a la ignorancia de su propio perdón.

Lola necesitaba saber que todo se resolvería, que su vida volvería a lo que era. Entender que sus sueños no estaban rotos como ella, que tenía un futuro al que lanzarse y del que vivir. Pero para eso necesitaba el valor que le daba el olvido. Nada más importaba si con ello conseguía tener de nuevo en sus brazos a su pequeño, sano y salvo.

Lola respiró hondo y espiró con suavidad, después abrió los ojos para reconocer el bello rostro de Ken que le sonreía con sus hoyuelos, mientras su mirada de un verde intenso calentaba su alma y redimía su cuerpo.

—¿Mejor? —preguntó sin dejar de observar a la muchacha al mismo tiempo que buscaba algún síntoma de debilidad.

—Sí, gracias —se quedó callada mientras terminaba de recuperar el dominio sobre sí misma.

—Ahora vamos a repasar lo que diremos en la comisaría. —Cogió las manos de Lola con fuerza—. Tengo un amigo allí, ya he quedado con él. Por eso es muy importante que no hables con nadie salvo con él, tanto si te retractas de la acusación como si pones la denuncia completa —Ken hablaba con seriedad y la asustó.

—¿Por qué? —preguntó con miedo a conocer la verdad.

—No sabemos cuánta ayuda tiene Somosierra. Si hay más infiltrados y descubren que les hemos desenmascarado, probablemente, esconderían a Jaime. Las consecuencias podrían ser terribles —dijo sin poder contenerse y se arrepintió de inmediato.

—Vale. —Lo miró muy seria—. ¿Y qué le digo a tu amigo?

—Eso depende de si recibo la llamada de Douglas.

—¿No podemos solo quedarnos hasta que sepamos algo?

—Tenemos que hacerles creer que estamos siguiendo sus instrucciones.

—Vale, pues vayamos dando un lento paseo a la comisaría. De esta forma verán que estamos cumpliendo sus exigencias. —Se puso en pie con valentía y sonrió a Ken con timidez.

—Bien, empecemos el circo.

Se levantó y cogió la mano de la muchacha al mismo tiempo que la acariciaba con dulzura. Salieron del parque y caminaron como si estuvieran paseando, ella sentía la calidez de su piel en la mano y absorbía su fuerza. El móvil de Ken sonó y lo soltó asustada. Contestó, pero a diferencia de otras veces no puso el altavoz, por lo que Lola sintió temor por ello. Lo escuchó hablar con monosílabos y, aunque intentaba apartarse de su lado, ella lo seguía.

—Sí, de acuerdo. —La miró frunciendo el ceño—. Que MacKinnion lo acompañe, y no dejéis que nadie vea a nuestros invitados —terminó la llamada y se volvió hacia ella—. Tenemos a Jaime.

Su voz segura y profunda conmovió a Lola, aunque fue el reconocimiento de que su hijo estaba a salvo lo que la hizo romper a llorar. Se abrazó a Ken y dejó salir toda la tensión acumulada. Sus lamentos salieron sintiendo la liberación que las lágrimas le daban, pero fueron de alegría. Hasta que se dio cuenta de que el cuerpo de él estaba tenso entre sus brazos.

—¿Qué pasa? ¿Jaime...? —no pudo continuar la pregunta.

—Él está bien, pero los secuestradores lo tenían sedado. MacKinnion lo trae en helicóptero para que le hagan una revisión médica.

—¡Oh, Dios mío! —Se dejó caer de rodillas en la acera.

—¡Lola, tranquila! —La levantó sin que ello le supusiera ningún esfuerzo—. El niño está bien, lo traen para que averigüemos lo que le han metido y comprobar que no le han hecho nada más.

—¿Estás seguro? —Lo cogió de las solapas del abrigo—. ¿No me mientes?

—Jaime está bien, lo encontraron dormido y lo trae un médico. ¿Qué más puedo decirte para que te serenes un poco? —Ken se sentía impotente al no poder calmar sus inquietudes.

—Lo siento, sé que no es culpa tuya. Al contrario, has conseguido liberarlo y, además, lo traes para que le hagan una revisión médica —habló despacio pensando en lo que debía decir—. Soy una desagradecida.

—No quiero que me agradezcas nada. Ya he aceptado a Jaime como mi hijo, también es mi responsabilidad. —Cogió la barbilla de ella entre sus dedos y la obligó a mirarlo a los ojos—. Te quiero, y a nuestro hijo también.

—Ken, yo también te amo. No sé qué he hecho para merecer tu amor, pero te juro que no te arrepentirás.

Se puso de puntillas al mismo tiempo que lo agarraba del cuello y lo hizo agacharse para tener acceso a su boca. Su intención era darle un beso casto, pero sus brazos la rodearon por la cintura y la levantaron mientras la apretaba contra su cuerpo. Su lengua se abrió paso en su interior sin ninguna vergüenza por hacerlo en público. Lola sintió que se derretía en sus brazos, se sujetó con fuerza a su cuello y se dejó llevar por el placer que su beso le provocaba, mientras su lengua se deslizaba por el labio inferior de ella para después pillarlo entre los dientes, el suave mordisquito hizo temblar a Lola y sintió el calor líquido que corría por sus venas.

Soltó a la muchacha con la misma rapidez con la que la había levantado, carraspeó aclarándose la garganta y la observó con los ojos oscurecidos por la pasión. Ella le devolvió la mirada un poco desanimada, al darse cuenta de que ese efímero beso se evaporaba con el humo del arrebato de pasión contenida.

—Ahora vamos a la comisaría, ratificarás la denuncia y —la miró muy serio—, deberías acusarlo por lo que te hizo hace tres años. —Puso un dedo en la boca de la joven—. Escucha, tal vez no puedan condenarlo por aquello aquí, no obstante, sus intenciones eran de repetirlo. La denuncia hará que no lo suelten bajo fianza. Además, está el secuestro de Jaime y la ayuda que ha tenido para cometer sus fechorías. Es hora de que pague por todo —dijo con rapidez Ken, pues había pensado mucho en lo que ocurriría cuando encontraran a Jaime. Creyó que era hora de dar a conocer la verdadera naturaleza de los hombres que cometieron esa atrocidad con la mujer que amaba.

—Pero se sabrá que Jaime es hijo de uno de ellos y...

—No —dijo con contundencia—. Jaime es mi hijo. En ningún momento relacionaremos al niño con el delito, aunque sea la única prueba de lo que ocurrió. Él estará a salvo, más aún cuando sea mi apellido el que acompañe a su nombre.

—Ken, ¡te quiero tanto! —Se abrazó a su cintura—. No sé cómo no acepté antes lo que

siento por ti —confesó conteniendo el miedo que sus propias palabras le producían.

—¡Och, muchacha! No me hables así o te llevaré a casa antes de cumplir con nuestro deber. —Apoyó su frente en la de ella mientras intentaba controlar su respiración agitada.

Lola se apartó sonrojada por su insinuación, pero su sonrisa la atrapó mientras descargas de adrenalina circulaban bajo su piel. Él le dio un beso en la frente que la trajo de vuelta a la realidad.

—No nos entretengamos más —suplicó mientras ansiaba que el tiempo pasara más rápido.

Ken la cogió de la mano y caminaron ligeros. Su boca besaba los dedos de ella uno a uno al mismo tiempo que le sonreía. Lola sintió el calor en su interior que le hacía estremecer con anticipación. Él lo notó y se le escapó una carcajada.

En la comisaría los estaba esperando el inspector Ferguson, así que pasaron enseguida a su despacho. Ken presentó a Lola como su prometida y, avergonzada, lo saludó. Ese hombre tenía una mirada inteligente, no se le escapaba nada. Se sentaron frente a él y Ken comenzó a explicar la agresión que sufrió en el castillo, para terminar con el secuestro de Jaime y las exigencias de los delincuentes, de que ella retirase la denuncia contra Arturo Somosierra. Por último, Ken aclaró que habían recuperado al niño y que venía de camino a Edimburgo para someterlo a pruebas médicas.

El inspector miró a Lola muy serio, pensó que la iba a acusar de mentirosa, pero se inclinó hacia ella y, con dulces palabras, le pidió que le contara su versión. Ken se quejó. El inspector levantó la mano con rotundidad.

—Señorita González, por favor, cuénteme todo desde el principio.

Lola miró a Ken y luego al inspector, dejó salir un suspiro y se incorporó en su silla mientras cogía la mano de Ken para apoyarse una vez más en él.

—Todo empezó hace casi cuatro años, ya que, por desgracia, esta no es la primera vez que el señor Somosierra me ataca. Cuando estaba estudiando arquitectura, acepté un trabajo a tiempo parcial para ayudar a pagarme la carrera. El gabinete de Arturo Somosierra no es uno de los más importantes de Madrid, sino de toda España. El 22 de diciembre era la fiesta de Navidad de la empresa, mi jefe me pidió unas carpetas que había dejado, subí a buscarlas y... —Tragó saliva y miró a Ken, después continuó narrando su más horrenda pesadilla. Cerró los ojos para no ver sus caras mientras contaba lo que le hicieron los cinco hombres. Enlazó el relato con el acoso al que la sometió Arturo, a pesar de haber cumplido sus exigencias de mantener la violación en secreto. Incluso le habló de la conversación que mantuvo con su madre justo antes de caer enferma, el encuentro en el castillo y su nuevo intento de agresión. Por último, y entre lágrimas, explicó la desaparición de Jaime y cómo los secuestradores le pidieron retractarse de la denuncia. Al abrir los ojos estaba en el regazo de Ken, sus brazos la acariciaban con suavidad mientras la besaba con ternura en la frente.

—Señorita González, lo que cuenta es aterrador, y tendremos que comprobarlo, pero la mejor forma de hacerlo es tenderle una trampa.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida, pues, no era eso lo que se esperaba.

—El tipo no sabe que han rescatado al niño. Piensa que va a retirar la denuncia y, por lo que me ha contado, se cree tan importante que no tiene miedo a ser descubierto. La idea es que usted se entreviste con él bajo el pretexto de que le asegure que el niño está bien, además de que le garantice que no volverá a acercarse a usted ni a su familia. —. El inspector la miró muy serio—. Veamos su reacción.

—Ella no puede estar a solas con ese hombre, es un violador. ¿Quieres que vuelva a agredirla? —Ken hablaba enfurecido con el inspector Ferguson.

—Lo tendremos controlado. Él estará en una de las celdas, no podrá hacerle nada. Además, tenemos cámaras de seguridad donde comprobaremos que ella estará bien. Incluso le pondremos un micrófono con el que grabaremos su confesión.

—Lo haré. —Lola se levantó del regazo de Ken.

—Cariño, no es necesario. Tenemos pruebas para encerrarlo y sus cómplices tarde o temprano hablarán —Ken intentaba convencerla de que no hiciera lo que le pedía Ferguson.

—Quiero acabar con esto, y si consigo que hable de su delito y sirve para que los cojan a todos, será como poner fin a la pesadilla. —Miró a ambos con decisión mientras intentaba controlar el temblor que la invadía por dentro.

A pesar de las protestas de Ken, la llevaron a una sala y le pusieron un micrófono oculto. La aspereza del esparadrapo contra la piel hizo que soltara una exclamación, quejándose. Lola sentía que aún estaba muy reciente la agresión, aunque su cuerpo ya no se sentía tan dolorido como antes. Además de ponerle un pinganillo que la podría orientar cuando hablara con él, le dieron indicaciones de que lo mirara de frente y que, bajo ningún concepto, se tocara la oreja o dirigiera sus ojos hacia el pecho donde ocultaba el micrófono. Ken la llevó aparte, y le susurró para que solo ella lo oyera:

—Lola, no es necesario que te enfrentes a él. —La sujetó por los brazos y así obligarla a mirarlo.

—Cuando me atacó en el castillo conseguí neutralizarlo, y si lo detuvieron, fue porque yo lo atrapé en la habitación. Si tuve la sangre fría para pensar en encerrarlo a pesar de estar herida, supongo que podré hablar con él tras unas rejas —protestó con valentía ante las palabras de él, que con toda claridad le restaban confianza.

—Como quieras, solo recuerda que yo estaré al otro lado de la puerta. —La abrazó y besó en la frente.

—Lo sé. —Ella se consoló con la cercanía de su cuerpo—. Quiero terminar con esto, y si encerramos a estos depravados, le haremos un favor a muchas mujeres.

El inspector Ferguson la condujo escaleras abajo hasta la zona de los calabozos. Ken caminaba justo detrás de ella, que extendió su mano hacia atrás y se la cogió. No necesitó decirle nada, su leve apretón le dio la fuerza para seguir adelante. Antes de atravesar la puerta que había al fondo de las escaleras, el inspector Ferguson se detuvo frente a ella.

—Señorita González, recuerde que no puede salir de su celda, así que no se ponga a su alcance. Haga que hable. Intente sonsacarle toda la información que sea posible y escuche nuestros consejos y peticiones por el pinganillo.

—Lola, estaré tras la puerta. —Ken le sacó el pelo de detrás de la oreja y lo dejó caer para ocultarla, luego le dio un beso tierno en la boca.

Asintió con la cabeza en dirección al inspector y entraron juntos a la zona de los calabozos. Lo vio de inmediato. Estaba tumbado y relajado en un camastro, sus manos reposaban como si nada bajo la cabeza y, tenía los ojos cerrados, pero ella se dio cuenta de que sus músculos estaban en tensión. Ferguson aporreó los barrotes haciendo sobresaltar a Lola, sin embargo, él siguió tumbado como si nada importante ocurriera a su alrededor.

—Somosierra, han venido para ratificar la denuncia.

—¿Ah sí? —Se levantó con lentitud sin quitar sus ojos de la mujer que estaba junto al inspector—. ¿Estás segura, chiquita? No quisiera lanzar a mis abogados contra ti —dijo apretando los dientes al final.

—Inspector Ferguson, ¿puedo quedarme a solas con el señor Somosierra? —preguntó tal y como habían planeado.

—Es algo irregular, pero no creo que haya problema. —Se quedó haciendo como que pensaba en la petición y reaccionó con lentitud—. Tiene cinco minutos señorita González.

El inspector se marchó lanzándole una última mirada intimidatoria a Arturo. El silencio en el pasillo frente a las celdas se hizo opresivo. Él se levantó y se acercó a las rejas, extendió el brazo a través de los barrotes y ella saltó hacia atrás asustada. El reo se rio con jocosidad mientras ella intentaba ocultar el miedo. Tragó saliva y se puso cerca, pero no tanto como para que pudiera alcanzarla.

—Júrame, que si retiro la denuncia dejarás libre a mi hijo y no volverás a acercarte a nosotros jamás.

—Esto no va así, chiquita. —Su lengua repasó sus labios con un gesto obsceno—. Si quieres volver a ver al niño, harás lo que te digo.

—Necesito garantías de que nos dejarás en paz —suplicó de nuevo nerviosa, porque estar junto a ese hombre, aunque fuera separados por una reja, le daba más miedo del que quería reconocer.

—No hay garantías. De hecho, puedes ratificar la denuncia. Eso sí, olvídate de tu hijo —su voz fue casi un gruñido.

—No haré nada, si no me das garantías —repitió alarmada por las palabras del arquitecto.

—Haré una cosa, y solo porque me gustas mucho. —Su mirada recorrió el cuerpo de la muchacha y le provocó un escalofrío—. Te permitiré hablar con el niño cuando salga de aquí.

—Eso no es posible, me dijeron que si me retracto lo dejarán libre —dijo alarmada.

—Exacto, pero no cuando lo harían.

—¿Qué más quieres? —Lola pensó que no estaba saliendo como le habían dicho los agentes, y sintió aún más miedo ante las amenazas del hombre.

—Quiero tener una cita contigo, que recordemos los viejos tiempos. —Se relamió divertido ante la sorpresa de ella.

—Nunca he tenido una cita contigo. Lo que me hiciste con tus amigos se llama violación grupal —dijo con rabia.

—No seas quisquillosa, sé que fue tu primera vez. —La joven intentó contener las arcadas que le provocaba escucharlo—. Todavía recuerdo la sangre en mi polla. Lástima que estuviese un poco bebido, porque de otra forma, te habría guardado solo para mí. Pero mis colegas del grupo me pidieron una chica y, según el acuerdo cuando me uní a ellos, debía proporcionarles una joven cuando así lo solicitaran. —Lola vio que acercaba la mano a su miembro y se acariciaba por encima de la tela del pantalón—. Ahora es diferente. Te guardaré solo para mí, y tú te portarás bien conmigo si quieres volver a ver a tu hijo.

Escuchó por el pinganillo que le hiciera decir el nombre de sus aliados. Tragó saliva y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tus socios te dejarán quedarte conmigo?

—¡Sí, chiquita! Al menos por un tiempo. —Siguió acariciándose sin ningún pudor delante de ella.

—¿Acaso son tan poca cosa que mandas sobre ellos?

—¡No, que va! En el grupo estamos gente de lo más alto de la sociedad mundial —le guiñó un ojo—. Por eso nunca podrás hacer nada contra nosotros.

—No te creo, ¡solo sois delincuentes! —le gritó exasperada.

—¿Acaso piensas que el secretario de Educación francés es poca cosa? ¿O el director de Müller Internacional?, incluso, ¿el ministro de Deportes de Inglaterra? —Se acercó más a los barrotes—. No es normal que nos reunamos todos, pero contigo puedo hacer una excepción y

organizar una reunión internacional. Claro, siempre y cuando retires la denuncia. Te pondré una casa, vivirás como una reina y, no te compartiré con nadie hasta que tú no me lo pidas. Créeme, eso ya es mucho. Según las directrices del grupo, es mi obligación con ellos darles placer.

No pudo quedarse más tiempo allí, salió corriendo hasta la puerta que cerraba el pasillo de las celdas. No tuvo que llamar, se abrió de inmediato. Ken la cogió en brazos y la sacó de esa oscuridad que, a partir de ahora, formaría parte de todas sus pesadillas. Escuchó gritos y maldiciones, Ken la abrazaba con fuerza y le susurraba palabras de consuelo, pero su mente estaba perdida entre las brumas del terror. Una y otra vez las palabras de Arturo Somosierra se repetían como si fuese una grabación y atenazaban su corazón sintiendo que un puño lo estrujaba.

Cuando por fin sus ojos se centraron en la realidad que la rodeaba, sintió que la oscuridad se perdía entre las esquinas de su mente. Por más que luchaba para salir a flote de la confusión, su cabeza se regodeaba en ella, para extraer el valor de superarla, a pesar del miedo que le acorralaba en su propio cuerpo.



Capítulo 9

El grupo

Ken la llevó de vuelta a la oficina de Ferguson. Ella escuchó sus palabras de consuelo, pero más allá de eso, su cuerpo reaccionaba con tardanza a las amenazas de Arturo Somosierra. Él se dio cuenta de los temblores y la abrazó con fuerza, tenía los ojos cerrados e intentaba recomponerse. No podía dejar que la conversación con su agresor le arrebatara el valor. Las palabras de Ken se introdujeron en el cerebro de Lola y la hicieron reaccionar.

—Ken, ¡son muchos! —Se agarró a él desesperada y asustada—. ¡Un grupo organizado!

—Lo sé cariño, lo hemos escuchado. —La besó en la frente—. Ferguson está con él en la sala de interrogatorios.

—¿Sabes algo de Jaime? ¿Cuándo llega?

—En veinte minutos aterrizará en el hospital. Si quieres, nos vamos para allá y dejamos la investigación al inspector.

—Sí, ¡por favor! —se levantó con rapidez.

—¡Vamos, pues!!

Ken le puso el abrigo e hizo lo propio con el suyo. Salieron a la recepción de la comisaría y avisaron a uno de los agentes que controlaban el acceso, que se marchaban al hospital para recoger al niño. Salieron al frío de la calle y Ken llamó a un taxi que pasaba por allí. El vehículo los dejó en el hospital a los diez minutos, pero Lola no podía contener su impaciencia y casi saltó del coche antes de que parase. Si no hubiera sido por Ken, que la sujetó, se habría estrellado contra el asfalto de entrada del hospital.

Entraron al centro médico. Su prometido la guio por los pasillos hasta el ascensor de personal, después subieron a la terraza y se sorprendió al ver que era un helipuerto. El frío cortaba la piel de su cara, pero no le importaba, miró al horizonte en busca del helicóptero. Los brazos de Ken la rodeaban desde atrás y su barbilla se apoyó sobre la cabeza de la joven. A lo lejos distinguió el brillo del metal, entornó los ojos en busca de una mayor agudeza visual y el corazón le latió a mil por hora ante la expectación del momento. Se unió el sonido del autogiro y Lola cogió las manos de Ken mientras la sujetaba por la cintura.

—¿Es ese? —Le señaló ella el diminuto objeto en el horizonte que se acercaba a ellos con rapidez.

—Eso creo. —Tiró de ella hacia la puerta de acceso a pesar de sus protestas—. Lola, es mejor que nos cobijemos dentro mientras aterrizan.

Entendió lo que quería decir, por lo que se dejó arrastrar hasta el pasillo interior y miró con ansias desde la puerta acristalada. Vio descender el aparato y quiso salir corriendo hacia él, pero

no podía, pues Ken la sujetaba con fuerza. La puerta del helicóptero se abrió y vio al doctor MacKinnion bajar con cuidado. Se volvió al interior y levantó un bulto. Lola sintió que se le encogía el corazón al darse cuenta de que era a Jaime a quien cogía. No supo cómo lo hizo, pero consiguió soltarse de Ken y corrió hacia MacKinnion. Intentó arrancar el bulto envuelto en la manta que sostenía en sus brazos, sin embargo, Ken le impidió arrebatárselo al niño.

—Lola, deja que el doctor lleve a Jaime —los gritos de Ken le llegaban a pesar del ruido y viento que producía el motor.

Ella le siguió desesperada por cargar en brazos a su hijo. El miedo la tenía aterrorizada y la había dejado sin opciones, solo podía seguirlos hasta el ascensor. Una vez dentro se inclinó hacia el bulto y levantó la manta para ver a su pequeño, necesitaba confirmar que era él y que estaba bien. Se le escapó un sollozo al ver su carita con los ojos cerrados, la palidez de su piel le asustaba tanto que lloró sin poder remediarlo.

—Está bien, señorita. Solo está dormido —quiso consolarla el doctor MacKinnion.

—¿Usted cree? —preguntó esperanzada.

—Haremos unos análisis por si hay que contrarrestar las drogas que le hayan dado. Estoy seguro de que en poco tiempo despertará.

Bajaron en el ascensor hasta la sala de pediatría, donde los esperaban con una habitación preparada. MacKinnion dejó a Jaime sobre una cama con barandillas a ambos lados. Una enfermera entró con una bandeja cargada de tubos, agujas y mariposas de extracción. La dejó en la mesa junto a la cama y le pidió a Lola que se apartara. Lo hizo con aprensión y vio que pinchaba en el pequeño brazo de Jaime. Lo peor fue que ni siquiera se movió, eso le asustó mucho más que todo lo que había pasado hasta ahora. Con el corazón encogido vio que le ponía una vía y luego empezó a enganchar tubos que se llenaban con la sangre del pequeño.

Entró otro médico, que se identificó como el pediatra MacLeod, auscultó a Jaime y luego habló en voz baja con MacKinnion. Se volvió hacia ella y preguntó algunos datos sobre el niño, como alergias, o enfermedades. Pero no había nada destacable en su historial médico. Preguntó por el padre y Ken se adelantó.

—Es mi hijo —dijo con rotundidad.

—Está bien, si están ambos aquí no habrá problema en caso de necesitar transfusiones o intervenciones más agresivas.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella asustada.

—Nada, cariño. Es solo preventivo. —Ken miró al pediatra con cara de pocos amigos, deseando que no fuera tan alarmista.

—Está bien, en cuanto sepamos lo que le han administrado podremos contrarrestar el efecto. De momento, vamos a hacerle un lavado gástrico. —El doctor MacLeod siguió anotando en la historia del niño sin prestar atención a los padres.

Esas palabras pusieron en tensión a la muchacha, se acercó a la cama e intentó coger el cuerpo inerte de Jaime.

—Lola, deja que hagan su trabajo. —Ken tiró de ella hasta una esquina de la habitación para apartarla.

—Pero... —intentó protestar, aunque no pudo decir nada porque le tapó la boca.

—Saben lo que hacen —dijo él intentando calmarla.

Entró otra enfermera que traía una bandeja honda con un tubo gástrico. Vio que pasaba el tubo al pediatra, que lo introducía por la boca de Jaime mientras el doctor MacKinnion lo sujetaba incorporado sobre la bandeja honda. El ruido que emitía el niño al vomitar le hacía querer acercarse a él, aunque no podía, puesto que Ken la sujetaba con fuerza. Lola le apretó las

manos y clavó las uñas en su piel, pero no se quejó.

Jaime lloriqueaba mientras le seguían vaciando el estómago. Cada vez que le metían la goma gástrica y le llegaba una fuerte arcada, el niño se quejaba y buscaba a su madre. Hasta que lo dejaron reposar y ella se soltó de los brazos de Ken. Se abalanzó desesperada a la cama y cogió el pequeño cuerpo. Le escuchó gemir y su corazón se rompió. Le dio miles de besos por toda la cara y el pelo hasta hacer que el niño se tranquilizara en sus brazos.

—¡Mami! —sollozó.

—Sí, cariño, estoy aquí. —Acarició su cara y esperó a que le dijera algo más, pero seguía con los ojos cerrados—. ¿Por qué se vuelve a dormir? —preguntó al pediatra que entraba en ese momento.

—Aunque le hayamos vaciado el estómago, el efecto de los sedantes sigue en su sangre —respondió mirando a todos los presentes en la habitación, y volvió a marcharse.

Lola sintió el cuerpo de Ken detrás de ella, era un flaco consuelo, pero no apartaba la mirada de su pequeño, tan dulce e indefenso. Su mano no podía dejar de acariciar la cara del niño mientras sostenía la del pequeño. Pensó la de veces que había deseado que el pequeño se quedara quieto, o cuando se alteraba y tiraba todo al suelo haciéndole enfadar. Se arrepentía tanto de haber regañado al niño que solo deseaba poder verlo cometiendo trastadas de nuevo.

Entró otra vez el pediatra y se acercó a ellos, llevaba una carpeta y su cara estaba muy seria.

—El niño tiene una intoxicación con Amitriptilina. Es un fármaco que tiene un efecto sedante.

Con toda seguridad vía oral, pues no hemos visto heridas de pinchazos. Por eso el lavado gástrico ha sido útil. Ahora vamos a administrarle carbón activado, para contrarrestar el efecto. Si no reacciona puede que tengamos que repetir varias veces el mismo proceso.

—Lo que sea con tal de que despierte —la voz de Lola sonaba llorosa. Ya no podía ocultar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas y empañaban su visión.

—Ahora vamos a hacer una exploración más profunda. Miró a Ken y este asintió.

Los vio desnudar al pequeño. Con minuciosidad repasaron su cuerpo en busca de señales de maltrato, pero cuando le dieron la vuelta y le examinaron el culote, se le escapó un sollozo al comprender lo que querían averiguar. Lo vistieron con un pijama de hospital y al dejarlo sobre la almohada de lado, escuchó su gemido. Lola se acercó con rapidez y lo besó mientras le susurraba palabras de consuelo. Entonces sus labios se estiraron hacia arriba en lo que parecía una sonrisa soñolienta.

—¡Ha sonreído! —Miró a Ken, que no les quitaba ojo—. ¡Ha sonreído!

—Sí, cariño, lo he visto. —Sonrió a la muchacha, feliz.

—Esa es una buena señal, ¿verdad?

—Por supuesto.

Recostó la cabeza sobre la mano del pequeño y cerró los ojos mientras se dejaba llevar por la ilusión de haberlo visto sonreír.

El olor a comida la despertó. Se sentía un poco desorientada, pero al notar la pequeña mano de Jaime en la suya, lo recordó todo. Se levantó con tanta rapidez que casi se cayó al suelo.

—Cuidado, Lola. —Ken la sujetó para evitar que cayera.

—Lo siento, por un momento me asusté —dijo avergonzada por su exabrupto.

—Ya no tienes nada que temer, yo estoy con vosotros —Ken intentó calmarla.

—Lo sé, es solo que me cuesta creerlo.

Miró el reloj del móvil y vio que eran las ocho de la tarde, así que no le extrañó que le hubiera despertado el olor de la cena. Desde el desayuno no había comido nada. En la mesita

junto a la cama vio la bandeja causante del rico olor, por lo que tragó saliva mientras pasaba la lengua para humedecer sus labios resecos.

—Mami, ¡tengo «hambe»! —la voz soñolienta de Jaime la hizo volverse con rapidez.

—¡Cariño! —Lo cogió en brazos sin levantarlo de la cama y su dulce peso consolaba sus latidos cardíacos—. ¡Oh, tesoro! ¿Cómo estás?

—Tengo «hambe» —repitió en voz alta y clara haciendo reír a Ken y a Lola.

—¡Campeón! Mira lo que traje para ti. —Le enseñó la bandeja—. Es pastel de carne.

—¿Puede comer de eso? —preguntó dudosa.

—No hay problema. —La abrazó y besó con cariño—. Si tiene apetito, es buena señal.

—Sí, ¿verdad?

Ken acercó la mesita a la cama, extendió el tablero y lo puso sobre ella. Dejó la bandeja y descubrió los platos. Jaime se sentó con rapidez mientras se relamía con anticipación. Lola le dio a beber del caldo que el pequeño tragó con ganas. Le miraba complacida porque había vuelto a ser su niño. Ken se ocupó de cortar el pastel de carne y cuando terminó su caldo, Jaime se lo comió solo. Pinchaba con cuidado de que no se le cayera nada con un apetito voraz.

—¿Se puede? —Asomó la cabeza el inspector Ferguson—. Vaya, ¿se ha despertado el pequeño! —exclamó el policía al ver a Jaime sentado en la cama.

—Sí, además lo ha hecho en plena forma. Lo primero que ha pedido es comida. —Rio Lola agradecida por el entusiasmo del agente.

—Me alegro de que vaya todo bien. —Miró a ambos—. ¿Puedo preguntar algunos detalles al niño? Sé que hace solo un rato que ha despertado, y siendo tan pequeño es fácil que olvide. La psicóloga de la policía está en camino, pero si no os importa... Prometo que tendré tacto.

—Adelante. —Lola lo invitó a acercarse mientras el pequeño seguía comiendo con ganas.

—¡Hola, Jaime! Te has despertado con hambre, ¿eh? —El niño lo miró extrañado y luego observó a sus padres.

—Cariño, este es el inspector Ferguson —dijo su madre a la vez que le cogió la mano—. Quiere hacerte unas preguntas y debes contestar a todo. Es muy importante, ¿comprendes?

Jaime la miró sonriente y asintió con la cabeza mientras seguía metiendo trozos de pastel en la boca.

—¿Sabes quiénes eran los hombres que te llevaron? —Ferguson sacó un pequeño bloc de notas.

Jaime asintió con la cabeza, pero luego negó mientras tragaba el trozo de carne que tenía en la boca.

—¿Eso es un sí o un no? —dijo con simpatía el inspector sin dejar de mirar al niño.

—Conocía a uno, pero al otro no. Además, hablaba raro todo el rato.

—¿Raro como esto? *Halo A bhalaich Bhig, ciamar a tha thu?*

—¡Síiii! Suena raro, ¿verdad, mami?

—Es gaélico, pequeño. —El inspector le acarició la cabeza con cariño—. El hombre que conocías, ¿cómo se llama?

—No me acuerdo, pero vi que corría detrás de mami y la tita Sara, dijo que era de su trabajo.

—¿Quién? —Lola se unió a la entrevista sin pensarlo y el inspector le indicó con la cabeza que se sentara.

—Vale. ¿Escuchaste algo de lo que hablaron los hombres?

—No. Tenía mucha «hambe» y no me dejaban comer, por eso lloré. Me dieron un trozo de bizcocho y luego no recuerdo nada. —Jaime buscó a su madre con la mirada—. ¡Mami tenía

mucha «hambe»!

Sus ojos se pusieron vidriosos, Lola apartó al inspector y lo abrazó. Él se acurrucó en su pecho y la muchacha observó al hombre con fiereza. Fue a hablar, pero Ken se le adelantó.

—No creo que le saques nada más, ten en cuenta que es muy pequeño. —Miró a Lola solo un momento—. Además, mis hombres tienen retenidos a los dos secuestradores.

—Lo sé, MacRae, pero si es capaz de identificarlos, será más fácil.

—¿Los habéis detenido? —preguntó confusa a Ken al descubrir ese dato.

—El equipo de seguridad que intervino para rescatarlo, los encerró en el castillo, pero hasta que no terminen con Somosierra no quieren que los traigamos.

—¿Por qué? —preguntó alarmada sin comprender nada.

—La investigación acaba de comenzar, y tiene ramificaciones en muchos países. Lo hemos notificado a la Interpol. Nosotros nos ocuparemos de estos detenidos, aunque hay que buscar al resto de integrantes de la banda.

—Pero ¿cuántos son? —inquirió alarmada.

—Muchos. Demasiados. —Ken la miró y la abrazó—. No te preocupes, no podrán acercarse a nosotros.

—¿Entonces Arturo no mentía en el calabozo?

—Me temo que no, aunque ha demostrado ser un poco torpe y fanfarrón. —Ferguson intentó sonreír para no asustar a la muchacha—. Si quiere, mañana le explicaré la situación cuando vaya a la comisaría a firmar la denuncia.

—De acuerdo. —Desvió la mirada hacia su pequeño que tenía toda su atención en un pudín y estaba ajeno a lo que hablaban los adultos.

Se abrió la puerta y entró una joven pelirroja. Les sonrió con calidez y se acercó antes de que dijeran nada.

—Buenas noches, inspector —se dirigió a Lola y a Ken—. ¿Ustedes son los papás de Jaime? —sondeó a la vez que extendió la mano—. Soy Moira Fraser, psicóloga policial.

—Encantada. —Le devolvió la sonrisa.

—Vaya, ¡eres un pequeño muy guapo! —Se acercó a Jaime—. Y por lo que veo, tienes buen apetito.

—Tenía «hambe» —dijo sonriente con la cara manchada de pudín.

—¿Es que no comiste en casa? —Lola vio que sacaba el móvil y abrió una aplicación para grabar la conversación.

—No me daban comida, solo un trozo de bizcocho —contó con naturalidad—. Y encima, no me dejaron coger mi Buzz.

—¿Tenían prisa?

—Creo que sí. No podía correr, me montaron en el coche y dijeron que me darían un pastel de chocolate cuando llegásemos a su casa. Pero mintieron. Cuando entramos a la cabaña no había pastel de chocolate ni comida.

—Entonces ¿de dónde sacaron el bizcocho que dices que te dieron antes de dormirte? —preguntó el inspector.

—El que hablaba raro dijo que iba a por comida, pero solo trajo el bizcocho.

—¿Te dijeron por qué te llevaron allí? —volvió a preguntar el inspector.

—No.

—¿Puedes recordar algo más? —preguntó la psicóloga.

Jaime negó con la cabeza y se le escapó un bostezo, se acurrucó en el pecho de su madre y cerró los ojos. En un minuto estaba durmiendo, lo dejó con cuidado sobre la almohada y se

volvió a las tres personas que cuchicheaban a sus espaldas, hablaban en gaélico lo cual le hacía temer lo peor.

—¿Qué pasa? —Lola se cruzó de brazos enfadada—. Tienen que hablar en otro idioma para que no me entere, luego pasa algo malo.

—No, Lola. No pienses nada de eso, solo lo hacíamos para no asustar a Jaime si nos escucha.

—¿Creéis que soy tonta? —Vio a la psicóloga y al inspector mirar a Ken—. Contéstame. ¿Qué es lo que pasa?

—Hay muchos implicados, no solo los tres que hemos pillado —respondió el agente.

—Eso ya lo ha dicho antes, y que son gente importante me lo dijo Arturo.

—Eso también, pero hasta que tengamos una visión clara de lo que es esta organización no podemos decir nada a nadie. Es crucial no avisar al resto.

—De acuerdo. —Sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral—. Y ¿eso qué significa?

—Que debemos tener mucho cuidado. A partir de ahora pondremos seguridad para todos. Siempre. —Ken le cogió las manos.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Lola intentando contener el miedo que le hacían sentir esas palabras.

—Señorita González, esta es una investigación internacional, estamos siguiendo las pistas de todos los implicados y sus conexiones. Tiene tantas ramificaciones, que no creo que se resuelva en poco tiempo. Aunque debemos darnos prisa. El hecho de tener a Somosierra encarcelado, así como a sus dos cómplices, hace que puedan esconderse muchos de los integrantes del grupo —añadió con gesto serio—. De momento, hemos localizado a los cómplices aquí, y en España los tienen vigilados. Solo necesitamos tiempo para estrechar lazos y dejarlos caer uno detrás de otro en nuestras manos.

—Gracias, inspector —Lola habló con la seguridad que le daba Ken a su lado

—Debería descansar. —La psicóloga le acarició el hombro en un intento de infundir ánimo.

—Estoy bien, de verdad —se acercó a Ken y lo abrazó—. Tengo lo que necesito aquí.

El inspector y la psicóloga salieron tras despedirse, dejándolos solos con el niño dormido con placidez en la cama, y ellos abrazados mirando al pequeño. Un sonido reverberó en la habitación y Lola se sonrojó por el estruendo que hizo su estómago.

—Bueno, a riesgo de ser irreverente diré que me gusta mucho ser lo que necesitas, pero no me arriesgaré a que me comas —dijo Ken al escuchar el ruido, después le sonrió y le dio un casto beso—. Iré a pedirte algo de cena.

—Tonto. —Le dio una palmada en el brazo mientras se reía—. No te vayas, no tengo hambre —mintió solo para evitar que se marchara.

—No tardó ni dos minutos.

Lola se sentó en la silla junto a la cama y volvió a coger la mano de Jaime, que dormía con tranquilidad. Cerró los ojos un momento y se quedó traspuesta, cuando despertó, Ken estaba a su lado y se habían marchado el inspector y la psicóloga. Parpadeó confundida todavía por los restos del sueño.

—Toma un poco de caldo —dijo con voz dulce acercándole un tazón.

—Gracias. —No intentó rechazarlo, pues ya le había dicho varias veces que debía comer.

—Mañana le darán el alta a Jaime. —Cogió una hamburguesa de la bandeja y mordió con ganas, Lola lo vio masticar mientras ella bebía el caldo—. En cuanto salgamos recogemos a la abuela y volvemos a Eilean Donan Castle.

—¿Es seguro el castillo? Lo digo porque es muy grande y con tantos turistas paseando... — se quedó callada al comprender lo que le insinuaba.

—Estará cerrado por Navidad y luego ya veremos. —Siguió masticando su hamburguesa.

—Como quieras.

Lola terminó de tomar el caldo y se retrepó buscando comodidad en la silla, con el estómago caliente se relajó mientras acariciaba la pequeña mano de Jaime. Ken acercó un sillón más cómodo, la levantó sin ningún esfuerzo y le cambió el asiento. Fue a protestar, pero la silenció con un beso, retiró la silla y la acercó más a la cama.

Su cuerpo la seguía llamando a gritos, pese a estar a menos de un metro. Así que la cogió en peso y la puso sobre su regazo. Se giró para sonreírle y darle un casto beso, pero no quería eso y pronto se hizo cargo. Sus labios se movían sobre los de la muchacha con hambre y la convencieron de abrir la boca para que su lengua pudiera explorar su interior. Sus caricias hacían que crecieran mariposas en el estómago mientras una grata tensión se apoderaba de su cuerpo. Saboreó su interior con la lengua y se sintió tan húmeda que pensó que tendría un orgasmo solo con ese beso. A Ken debía ocurrirle lo mismo, pues lo escuchó gemir y moverse bajo su cuerpo. Sensual, quiso abrazarlo. Estar más cerca de su cuerpo, darle un mordisquito en el labio inferior como tantas veces había hecho ese hombre.

Se apartó con un gruñido y apoyó su frente en la de Lola mientras sus respiraciones volvían a la normalidad.

—¡Och, muchacha! Deja de jugar conmigo, que ya estoy mayorcito para esto —dijo con la voz enronquecida.

—No te entiendo. —Y era verdad, su acento se había vuelto tan oscuro y cerrado que apenas comprendía sus palabras en inglés.

—No estamos en un lugar privado para dejarnos llevar. —Levantó sus caderas y ella sintió la erección a través de los pantalones.

—Vaya, aunque seas tan mayor, es bastante fácil calentarte. —Le guiñó un ojo, descarada.

—No te rías o tendré que meterte en el baño a la fuerza —le siguió la broma.

—¿Serías capaz? —Abrió mucho los ojos.

—Mejor no me pongas a prueba.

Se levantó y la dejó sola en el sillón mientras entraba al baño de la habitación. Lola se quedó mirando la puerta cerrada y escuchó un gruñido encubierto con el correr del agua. Se le escapó una carcajada y se tapó la boca de inmediato.

Salió diez minutos después con el pelo húmedo y la piel acalorada, haciéndole reír otra vez. La observó muy serio, su mirada oscurecida atravesó el alma de Lola, eso hizo que se callara con rapidez.

—Creo que es mi turno —dijo al levantarla del sillón. Se la quedó mirando ojiplático y una sonrisa malvada cruzó su semblante.

—De eso nada —respondió con voz ronca Lola mientras se sentaba con ella en el regazo—. Tu placer es solo mío.

Su mano desabrochó el pantalón de la muchacha y obtuvo libre acceso. Se le escapó un gemido y abrió mucho los ojos mientras miraba al niño durmiendo y al hombre que le arrebatava la razón, en tanto sus dedos obraban magia en ella. Sintió que la tensión se acumulaba en su interior. Cerró los ojos sin pensar en que pudiera entrar alguien y se dejó llevar por las oleadas de placer que le provocaban sus dedos. Notó que se derretía en sus manos cuando alcanzó el pico de un orgasmo arrollador. Su boca cubrió la de la muchacha y se tragó el grito que se le escapó. Su cuerpo se sacudió sobre el del hombre y dejó salir toda la tensión acumulada mientras disfrutaba

del placer que le daba.

Se quedó dormida sobre Ken, con la mano agarrando la de Jaime y muchos sueños de un futuro juntos. Despertó solo al sentir a Ken trasteando el botón de sus pantalones, sonrió con los ojos cerrados y levantó los párpados con lentitud hasta que su voz susurrante en el oído de ella la despertó.

—¡Och, muchacha! No me mires así que tenemos público.

—¿Qué? —Miró a su alrededor y vio a Jaime sentado en la cama, sonriente.

—Tengo «hambe», mami. —Observó a Ken y a su madre—. Esto pica. —Intentó rascarse donde tenía la vía puesta.

—Cariño, no toques eso. —Se incorporó sobre Ken y lo escuchó gemir, pero no le hizo caso—. Enseguida traen el desayuno, ¿verdad? —dijo mirando a Ken.

—Ahora mismo voy a por algo de comer. —El hombre dejó a Lola en el suelo y salió con rapidez de la habitación.

Ken volvió quince minutos después con una bandeja cargada. Detrás de él entró el pediatra que la saludó sonriente. Se acercó a Jaime e inspeccionó sus ojos, la lengua, le tomó la tensión y comprobó los datos del monitor.

—Papi, tengo «hambe» —la voz infantil hizo que Lola se volviera y vio que Jaime estaba llamando a Ken, que aún tenía la bandeja en sus manos.

—Toma hijo, no quiero interponerme entre tú y la comida. —se burló de buen humor.

Jaime cogió un bollo y lo devoró, feliz, mientras el pediatra les daba los resultados de todas las pruebas médicas.

—La última analítica ha salido bien, y las pruebas indican que no ha habido efectos secundarios. Podéis llevaros a vuestro pequeño en cuanto desayune.

—¿Está seguro? —dijo Lola con dudas—. ¿No hay nada raro?

—No, señora, todas las pruebas son normales. Además, solo tiene que mirar su apetito y comprobar que el niño está bien.

—Bueno, es que si Jaime no tuviera hambre entonces sería aterrador. —Rio Lola con ganas.

—¡Gracias, doctor MacLeod!

—Las pruebas genéticas para estudiar un posible Prader-Willi tardarán más, se las haremos llegar al doctor MacRae.

Ella lo miró sin comprender, pero Ken le apretó la mano y se acercó a su oído para susurrarle una explicación.

—He aprovechado la extracción de sangre para pedir un estudio, tal y como hablamos. No te preocupes, es solo para descartar —dijo con tono tranquilizador, después le dio un beso y se despidió del doctor MacLeod.



Capítulo 10

La petición

Al salir del hospital pasaron por la comisaría donde les estaban esperando para firmar la denuncia. Lola sintió que se quitaba un peso de encima y con el deber cumplido pasaron a recoger a Morag, la abuela de Ken, y tomaron la carretera para volver al castillo. Sentimientos encontrados, acorralaban a Lola durante el viaje. Miró la cabeza bien peinada de la abuela que estaba sentada delante de ella. Era cierto que había perdonado su intromisión y su intento de decirle cómo debía educar a su hijo, pero, aun así, se sentía extraña con ella. Siempre observando en silencio. Sus inteligentes ojos azules la miraban a través del espejo retrovisor. La mujer sabía que la joven la había visto y no dijo nada, aun así, siguió observando.

Jaime abrió los ojos y le sonrió con esa mirada soñolienta que solo tenemos cuando estamos cerca de quien más queremos. Luego gritó extasiado mientras señalaba con el dedo a su ventanilla.

—Mira, mami, ¡ya estamos en el castillo!

—Vaya, es verdad, veo la silueta a lo lejos. —Sonrió ante la alegría del niño.

—Papi, ¡corre más que quiero ver a Claudia!

—No puedo sobrepasar los límites de velocidad. —dijo divertido Ken ante la petición del niño—. Pero no te preocupes, en diez minutos estaremos en casa.

—Quiero jugar con Claudia —dijo impaciente, aunque resignado.

—Y lo harás cariño. —Lola cogió su mano y la apretó.

Fueron recibidos por todo el personal alineados en una hilera ante la puerta. Lola se sintió incómoda, pero se dio cuenta de que era una forma de dar la bienvenida a la abuela de Ken. Un grito de alegría llamó la atención de Lola, pues Claudia bajó corriendo las escaleras seguida de cerca por una Sara sonriente.

—Papi, mami, ¡encontrasteis a Jaime! —dijo la niña mientras se abrazaba a sus piernas.

—¡Claudia! —El niño se tiró de los brazos de Lola, y casi se dio un golpe, si no fuera porque Ken lo cogió con rapidez sujetándolo del abrigo.

Los dos niños saltaban y gritaban dando vueltas mientras se abrazaban, Ken y Lola se miraron y sonrieron ante tanta alegría. La abuela les sacó de esa burbuja de felicidad.

—Bueno ¿es que nadie me va a dar un beso?

Los dos niños se lanzaron sobre ella y la saludaron con efusividad cuando se agachó para acercarse a ellos. Sara se abrazó a su prima y lloró de alegría, pero no le quitaba el ojo de encima a los niños.

Después de ponerse al día sobre lo que había ocurrido en el castillo, Ken les pidió que

pasaran al salón para que la abuela pudiera calentarse. Al mirarla, Lola vio que tenía los labios algo azulados y se sintió mal por no darse cuenta. La expresión de la muchacha delataba su malestar por su dejadez, pero la abuela se volvió hacia ella y la cogió del brazo con cariño.

—Vamos, muchacha, no es culpa tuya.

Lola pensó si la expresión de su cara traslucía todo lo que pensaba, o es que podían leer su mente. Morag la guio hasta la sala amarilla donde se sentó en un sillón junto a la chimenea que estaba encendida. Todos se acomodaron en los sofás cerca del fuego mientras los niños se tiraban al suelo alfombrado. Claudia sacó de sus bolsillos varios juguetes pequeños. Lola controló el juego hasta que se cercioró que Jaime no se los llevaba a la boca.

—Veo que todavía no han decorado el castillo para Navidad.

—Estábamos esperando a que regresaran de Inverness —respondió Sara—. Jaime disfruta colgando los adornos y no quería que se lo perdiese.

—Tienes razón, muchacha —La abuela miró a las dos mujeres muy seria—, pero de mañana no pasa que vistamos el castillo como se merece.

Cenaron animados, a pesar de los traumáticos acontecimientos de los últimos días. Lola se dio cuenta de que la abuela sonreía mucho y no les quitaba ojo de encima, sin embargo, Ken llevaba el peso de la conversación con naturalidad. En un momento dado le vio hacer un guiño a Claudia y luego asintió con la cabeza hacia la abuela. Se levantó y se acercó a la silla de Lola, no podía apartar la mirada de sus ojos verdes sonrientes.

Se puso con una rodilla en el suelo y la otra doblada, montones de expresiones cruzaban su cara: esperanza, amor, duda, picardía. Pero todas ellas se juntaron en una manifestación de felicidad y satisfacción que detuvieron el corazón de la muchacha.

—Lola, eres la luz que ilumina mi vida. Sé que esto parece precipitado, pero no puedo esperar. Ya tenemos unos hijos preciosos y quiero compartir todos mis días y noches contigo. ¿Me harás el honor de ser mi esposa?

Lo miró atónita mientras tragaba saliva, ni en sus mejores sueños hubiera imaginado algo tan bonito. Solo le molestaba una cosa. No quería verlo de rodillas, ni siquiera para que le declarase su amor. Se levantó despacio sin apartar la mirada de sus ojos.

—Ken, eres el hombre que quiero y lo sabes, pero si no te levantas ahora mismo te juro que subo arriba a hacer la maleta.

—¡Och, muchacha! Eres muy dura —contestó mientras se incorporaba muy serio.

—Así me gustas más. —Le echó los brazos al cuello y lo besó.

Lola escuchó los gritos de alegría de todos, pero no era eso lo que le interesaba en ese momento, pues solo podía pensar en el hombre maravilloso que, con paciencia y cariño, había sabido destruir todos los muros que construyó a su alrededor aquel 22 de diciembre. Su beso se hizo más intenso y le impedía pensar, sintió que le flaqueaban las piernas, pero su abrazo le dio el soporte que necesitaba para mantenerse en pie.

Se separó con brusquedad, abrió los ojos, entonces vio sus iris oscurecidos y tragó saliva.

—Supongo que eso es un sí —dijo Ken con voz ronca.

Lola se quedó muda, solo pudo asentir con la cabeza, así que la acercó de nuevo a su cuerpo y volvió a besarla. Esta vez no duró mucho, pues pequeñas manos tiraban de la ropa de ambos hasta que se separaron.

—Papi, ¡yo también quiero un beso! —Claudia los llamaba.

—¡Y yo! —Jaime se unió emocionado.

—Está bien, besos para todos.

Ken cogió a los dos niños al mismo tiempo y rieron a carcajadas, luego los besuqueó

sonoramente y se unió a la hilaridad del momento. Se acercó a su abuela y tras darle también dos ruidosos ósculos la dejó, en el suelo, feliz. Estaba casi junto a Sara, pero ella, que preveía la payasada, se levantó y corrió alrededor de la mesa. Los niños gritaban de alegría mientras animaban a Ken para que la cogiera. Lola se levantó y la atrapó cuando pasó por su lado, le dio dos grandes besos y Ken se le unió.

Después de tanta risa, cogió a cada niño de una mano y los llevó hasta el dormitorio de Claudia, pues ya habían decidido que querían dormir juntos. Lola aún se sentía insegura, aún no era capaz de separarse de Jaime, pero Sara le aseguró que se acostaría con ellos, y la dejó más tranquila.

Ken ayudó a ponerle el pijama a los niños y tras darles las buenas noches los arroparon. Sara los despidió con sonrisitas tontas y se quedó en el cuarto. Al salir, Ken tomó en brazos a Lola y la llevó al dormitorio, a pesar de sus quejas.

Entre carcajadas entraron al cuarto y la dejó caer en la cama sin mucha ceremonia, haciéndola rebotar en el colchón. Pero no le dio tiempo a levantarse, él se echó sobre ella y la aprisionó con su cuerpo.

—¿Qué te parece si nos casamos el veinticuatro? —susurró mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

—¡Es muy pronto! —dijo con la voz debilitada por la impresión.

—Es demasiado tarde. —La besó y se apartó solo para volver a susurrarle—. Quiero que seas por completo mía y yo, también seré tuyo para siempre.

—Ya soy tuya —contestó ella en voz muy baja mientras se restregaba contra su pierna.

—¡Och, muchacha! Es solo un papel, pero lo necesito ya. —Volvió a besarla demostrando con ese simple gesto todo lo que sentía—. Di que sí —susurró con voz ronca de pasión.

—Está bien, pero no sé cómo. —Su boca se apoderó de los labios de Lola.

—Déjame, no soy *laird*, pero tengo un ejército de familiares.

Sus labios descendieron por el cuello de la muchacha mientras sus manos desabrochaban los pantalones, y tiraban de ellos, arrastrando también las braguitas. Se incorporó un poco para sacarle el jersey, y volvió a saborear la piel de Lola. Le agarró del pelo, no sabía si para apartarlo o atraerlo, la verdad es que su mente estaba más allá de todo pensamiento racional. Su cuerpo tenía vida propia, pues se movía al mismo ritmo que los envites de él con la lengua. Sintió que no aguantaría mucho más, ya que en su interior notó la pasión elevarse como el humo, cuando explotó un orgasmo arrollador que la llevó hasta el cielo sin que pudiera controlarse. Gritó llevada por la euforia del momento mientras el pitido en sus oídos le impedía escuchar nada, más allá de su propio placer. Estaba bajando de las nubes de colores que bordeaban sus ojos y sintió la presión en su sexo. El miembro de Ken se abrió camino en su líquida vagina, ella pensó que no entraría del todo, pero lo hizo. La besó con pasión, y después de quedarse un momento quieto, empezó su rítmico movimiento.

La habitación se llenó de gruñidos y gemidos. Volutas del fuego anterior se avivaron en el interior de Lola, que intentó moverse con él. Buscó una nueva liberación y supo que no tardaría mucho. Su ritmo aumentó y ella se excitó más aún. La pasión iba in crescendo por lo que volvió a explotar en sus brazos mientras lo sentía agrandarse en su interior. Su ronco gruñido le dijo que él había conseguido también su liberación.

Al abrir los ojos, Lola vio que las cortinas de la cama estaban echadas, provocando gran oscuridad a su alrededor. Se movió con cuidado de no despertarlo, pero no lo consiguió.

—*Caìt a bheil thu a d'ola ghraidh?* —su voz se escuchaba soñolienta en el eco de la cama.

—¿Qué dices? —Se acercó a su boca sonriente—. No entiendo el gaélico, lo sabes.

—¡Och, muchacha! Tendré que hacer algo al respecto —se volvió y la atrapó bajo su cuerpo—. He preguntado: ¿Dónde vas cariño? —contestó sonriente a la mujer que le robaba el aliento.

—Quiero ver cómo está Jaime. —Intentó moverse bajo su peso.

—Supongo que estará durmiendo. —Le dio un beso e intentó retenerla a su lado—. Es temprano todavía.

—Quiero comprobarlo.

—Está bien. —Se levantó y tiró de ella—. Ponte algo antes de que me entreteña con ese delicioso cuerpo.

Lola rio descarada. Se volvió a mirarlo y se le secó la boca, tenía una gran erección y no la ocultaba. Sus ojos la escudriñaban sin piedad. Levantó una ceja, divertido, esperando alguna respuesta de ella. Tragó saliva y se acercó a él despacio mientras se ponía una bata.

—Espérame despierto, no tardaré —dijo con voz ronca repasando su cuerpo con la mirada como si de una caricia se tratara.

Salió casi corriendo en dirección al cuarto de Claudia y entró sin hacer ruido. Se acercó a la cama que tenía las cortinas echadas, abrió una parte y se asomó. Esperó un momento hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz y vio los tres bultos. Claudia dormía mirando hacia donde se encontraba Lola, Jaime tenía cogido el pelo de Sara y se chupaba el dedo gordo. Su prima le indicó con la mano que la había visto y sonrió. Le tiró un beso y volvió satisfecha al cuarto.

Se metió en la cama y se dio cuenta de que él no estaba, no obstante, cuando fue a levantarse para buscarlo se tumbó con rapidez a su lado.

—¿Dónde fuiste? —Se acercó a ella sin pudor.

—Al aseo —contestó mientras comenzaba a besarla.

Sus manos la abrazaban para atraerla a su poderoso cuerpo, estaban desnudos y el roce de sus dedos en la piel, la hacía saltar de placer. Se perdió en la pasión que desataba Ken en ella, pero no era suficiente, lo necesitaba a él. Lo quería en su interior.

Lola no sabía cómo lo hacía. En un momento la tenía sobre su cuerpo y su pene comenzó un ritmo cegador. Consiguió controlarse y lo acompañó en la búsqueda de placer. Despacio subió hasta casi sacarlo de su interior y volvió a bajar mientras su piel se erizaba y desencadenaba una oleada de espasmos, como si la hubiera alcanzado un rayo. Gritó, pero no salió ningún sonido. La boca de Ken se apoderó de los labios de la muchacha y absorbió los chillidos de placer que se le escaparon.

Lola estaba de vuelta, sintió que él seguía en su interior, duro como una roca. La contempló y le sonrió. Se movió con agilidad y la aprisionó bajo su cuerpo. Entonces comenzó otra vez con un ritmo enloquecedor que reavivó su pasión. Podía sentirlo tan dentro de ella que dolía. Parecía que se partiría en dos, pero era un dolor tan placentero que se dejó llevar a un nuevo orgasmo al mismo tiempo que él se derramaba en su interior.

Lola sintió el frío en su piel que reaccionaba cubriendo su cuerpo con una capa gruesa. Se frotó los brazos y se acurrucó dentro de la cama. Entonces se dio cuenta de que Ken no estaba a su lado, haciéndola levantarse como un rayo. Buscó la bata y corrió al vestidor para ponerse algo abrigado. Al salir se encontró a Ken en la puerta con una bandeja.

—¡Och, muchacha! Deberías estar en la cama —dijo sonriente mientras la dejaba en una mesita junto a la ventana.

—Iba a buscarte —dijo a la vez que le puso ojitos y parpadeó con coquetería—, la cama es muy grande para mí sola.

—Entonces tendré que hacer algo al respecto. —Se acercó tanto a ella que su calor corporal

la atrapó.

—¿Quieres decir que te quedarás en la cama hasta que me levante yo? —Se removió en sus brazos.

—¡Och! Nada de eso. —dijo divertido mientras la cogía—. Cuando me levante me aseguraré de dejarte atada. —La besó y luego la soltó con brusquedad en el colchón.

—¡Ken!

Ella le siguió la payasada y se giró en el colchón para impedir que la cogiera, pero no lo consiguió, sujetó las piernas de Lola y le impidió cualquier avance. Se puso sobre ella con una sonrisa pícara.

—¡Och! ¿Dónde crees que vas muchacha? —Sus labios estaban sobre la boca de Lola, pero no se rozaban—. *Tha mi air do ghlacadh agus cha bhith e comasach dhut gu brath.*

—Eso que dices suena muy bonito, pero no lo entiendo.

—Entonces deberás darte prisa en aprender gaélico. —Su boca se abrió sobre la de ella sin darle oportunidad a apartarse.

—Mmm... mientras tanto, ¿podrías traducir? —dijo separándose un poco de él.

—Eso puede llevarme demasiado tiempo. —Su boca dejó un rastro húmedo en el cuello de Lola—. Pero te lo diré con mi cuerpo.

Ken hizo un movimiento de caderas sobre ella que se rio sin poder remediarlo, se incorporó enfadado y frunció el ceño. Ella pensó que se levantaría y se iría, pero no, se giró y los puso a ambos de lado mientras una sonrisa pícara burbujeaba en la cara de Lola.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó Lola sin poder aguantarse.

—Nada —contestó con tanta rapidez que volvió a reflejar la carcajada contenida en su cara.

—¡Och, muchacha! Creo que te estás ganando un castigo. —Su mirada se oscureció y ella tragó saliva.

—Kendrick, si me pones una mano encima, hago las maletas y nos vamos —intentó que su voz no temblara.

—Jamás haría algo así. ¿Por quién me has tomado? —Ahora sí que tenía cara de enfado.

—Bueno, acabas de decir que me castigarás. —Contuvo la ansiedad sin saber cuál sería el giro que daría a la situación.

—Hay muchas formas de castigar, y puedo jurarte sobre mi alma, que nunca, jamás te haré daño. Se puso muy serio.

Lola trataba de controlar el temblor de su cuerpo, ya que el miedo pasó por su mirada caótica. Sin apartar la vista de ella, hablaba con calma, aunque lo que en realidad quería era abrazarla y consolarla.

—Lo siento, saqué conclusiones apresuradas. —Cogió sus manos y las besó en un intento de disculparse—. Perdóname, por favor.

—No puedo enfadarme contigo —aclaró con una sonrisa conciliadora—. Pero cree esto. —Se levantó y tiró de ella para que se incorporara también. Luego se puso de rodillas sin soltar las manos de Lola—. Te juro que nunca te haré daño, ni físico ni, de cualquier manera. Mi corazón es tuyo para quererlo y guardarlo. Si alguna vez fallara —soltó su mano y, sin dejar de mirarla, sacó una daga de su bota. Luego se la ofreció por la empuñadura—, con esta *sgian dubh* podrás arrancarlo de mi pecho.

—¡Dios! No digas idioteces. —Retiró la mano y dejó caer el arma.

—No son tonterías. Es mi juramento y tú no puedes hacer nada salvo aceptarlo. —Sonrió con timidez—. Guárdalo en tu bota —ordenó ofreciéndole de nuevo el arma.

—¿Estás loco? —Se apartó asustada—. No necesito llevar un cuchillo, y no voy a meterlo

en mi bota, seguro que me corto la pierna o algo peor. Además, debe valer una fortuna. Solo de pensar que puedo perderla, me entran sudores.

—Es por tu seguridad. —La miró cauteloso—. Es un cuchillo típico de las *Highlands* y todo el mundo lo lleva —aseguró mientras volvía a ofrecerle la *sgian dubh*.

—No me lo creo. —Observó insegura el cuchillo de mango tosco labrado en plata, donde pequeñas piedras preciosas brillaban cuál lucero de la mañana.

—Pues sí. Pregunta si no me crees. —Cerró los dedos de la muchacha en torno al mango enjoyado.

—Me dan miedo las armas. No sé qué hacer con esto —suplicó intentando soltar el cuchillo.

—Está bien, lo guardaré yo, pero te enseñaré a usarlo.

—No sé yo —contestó dubitativa sin perder de vista el objeto de la discordia.

—Vamos a desayunar. —Cogió la mano de ella y la obligó a seguir sus pasos—. Esto se ha quedado helado —dijo mirando de reojo la bandeja olvidada en la mesa.

Bajaron cogidos de la mano y al entrar en la cocina, Ken pidió el desayuno para ambos. La sentó en un taburete y él ocupó otro junto a ella mientras miraba el ajetreo del servicio.

—Agnes, me he dejado la bandeja con el desayuno frío en mi cuarto. ¿Puedes por favor traerla de vuelta? —Mientras se dirigía a la criada dibujaba circulitos en la pierna de Lola—. Temo que nos entretuvimos hablando —dijo con tanta naturalidad que la muchacha sintió que le ardían las mejillas.

—Enseguida, MacRae. —Agnes salió a hacer el recado secándose las manos en el mandil.

—Gracias. —Se volvió hacia Lola y le guiñó un ojo, feliz, sin dejar de observar su cara sonrojada.

Desayunaron café y gachas, aunque ella apenas comió unos bocados. Estaba nerviosa y eso le cerraba el estómago. Salieron en busca de Sara y los niños, cuando vio que había mucha actividad en la entrada. Parecía que estaban invadiendo el castillo. Si no fuera por las caras felices de todos, era lo que aparentaba. Los gritos de alegría de Jaime y Claudia atrajeron la atención de Lola.

—¡Mami! mira qué árbol tan grande. —Jaime gritaba desde la entrada mientras señalaba a los hombres que traían un pinsapo enorme.

—¡Es nuestro árbol de navidad! —Claudia se les acercó corriendo—. ¡Buenos días, mami!

Saltó y ella se agachó para recibir su húmeda caricia. Se volvió hacia Ken que la tomó en brazos y recibió de buena gana sus besos mañaneros. El niño corrió hacia su madre que lo cogió en brazos, él rio a carcajadas y la besuqueaba por toda la cara con entusiasmo.

—¡Eh! Deja algunos para mí —se quejó Ken mientras se lo quitaba de los brazos a Lola.

—¡Tengo muchos besos, papi! —Para demostrarlo le dio montones mientras su sonrisa le iluminaba la cara.

Claudia le imitó y todos rieron al ver como los dos niños competían para dar más besos. Sara se acercó a su prima y la apartó, quería hablar a solas con ella.

—Lola, ¿de verdad te vas a casar con Ken? —susurró oteando a todos lados por si estaban escuchando.

—Sí. ¿No te gusta? —La miró esperando su contestación.

—Me encanta Ken, es un buen tío y Claudia es un amor, pero ¿qué pasa con tu trabajo?

—Hablaré con Bronson & Wilcox para entregar los proyectos por correo electrónico, y si no les parece bien, buscaré otro empleo en Inverness.

—¡Guau! ¡Sí que te ha dado fuerte! —Sara bromeó incrédula—. Espero de verdad que salga

bien.

—¿Por qué tiene que salir mal? —preguntó intrigada a su prima.

—No sé, es que es tan repentino. —Se encogió de hombros sin saber cómo dar otra explicación.

—Lo sé —pensó antes de hablar—, yo habría preferido esperar, pero Ken tiene prisa.

—Lo entiendo, ya no es un niño, aunque tú eres muy joven, Lola. —Sara sentía que perdería a su prima justo ahora que acababan de empezar un proyecto de vida. Pensó que si se casaba tendría que volver a España con sus padres, y no estaba dispuesta a regresar bajo el control de sus progenitores. Ahora que había probado la libertad, quería hacer su vida según sus propias condiciones.

—No digas nada más. —Le puso la mano en la boca para callarla—. Sé que esto es muy rápido, que soy muy joven y que estoy empezando una carrera profesional en otra ciudad, pero le amo. —Suspiró y se paró antes de reconocer frente a su prima lo que en realidad sentía—. Es la primera vez que me enamoro y quiero darle rienda suelta a mi corazón.

—Te deseo lo mejor, prima —la abrazó con cariño—. No me hagas caso, seguro que todo sale bien.

—Sara, no creas que te abandonaré —se apartó y la miró a los ojos—, buscaremos una academia en Inverness. Ya sabes que cuento contigo para que me ayudes con Jaime, ahora no puedes abandonarme solo porque me caso.

—Lola, yo voy donde tú vayas. —Le guiñó un ojo al escucharla y saber que la quería todavía en su vida—. Eres mi hermana del alma.

Se abrazaron emocionadas hasta que un carraspeo llamó su atención. Sorprendidas, se separaron con los ojos vidriosos cubiertos de lágrimas no derramadas. Al levantar la vista vieron a Ken sonriente con Claudia en un brazo y Jaime en el otro.

—Lamento interrumpiros, pero tenemos mucho trabajo que hacer antes de la boda.

—¿Qué boda? —Sara la miró intrigada.

—Nos casamos mañana —contestó avergonzada.

—Pero ¡si apenas tenemos tiempo para arreglar nada!

Sara se dio una palmada en la frente y esperó una aclaración, entonces la cogió del brazo y corrió arrastrándola con ella hasta el salón donde estaban colocando el árbol de Navidad. Lo habían puesto sobre un gran barreño y lo sujetaban con tierra mientras otros chicos apretaban alrededor del tronco. Al girarse, Lola vio que habían traído varias cajas, Jaime investigó en ellas con curiosidad infantil y Claudia empezó a sacar adornos envueltos en papel de seda.

La locura se apoderó del salón cuando, por todos lados, comenzó a llegar gente cargada con ramas de pino, entrelazadas con brezo morado y blanco.

Claudia y Jaime colocaron adornos en el árbol mientras Sara les iba ofreciendo nuevas figuritas, entonces vio a la abuela poniendo lazos de tartán en las ramas. Todo el mundo tenía asignado su cometido y Lola miró sin poder creer cómo se fue transformando la habitación.

Se volvió para buscar a Ken y chocó contra su pecho, él la sujetó y la atrajo a su cuerpo sin ningún pudor a que les observaran. Lola pensó en quejarse, pero la besó y se le olvidó todo lo que iba a decir.



Capítulo 11

Preparativos

Ken la soltó y dejó que se apoyara en su pecho, mientras ella intentaba sostenerse sobre las temblorosas piernas. Se quedó con los ojos cerrados y una sonrisa de boba que no tenía precio. No obstante, ya no le importaba nada de lo que sucedía a su alrededor. El tirón de su brazo la sacó de su ensoñación, abrió los ojos y Ken la llevó de la mano, fuera del salón. Le siguió algo conmovida, pero expectante, por saber lo que se le había ocurrido.

La hizo pasar por una puerta y al entrar se dio cuenta de que era su despacho, cerró detrás de Lola y la abrazó. Sus besos apartaban el pelo de la nuca y dejaban despejada esa parte de piel tan sensible para ella. Su respiración provocaba cosquilleos en su vientre y sintió que la tensión se acumulaba en esa parte de ella. No supo cómo consiguió hablar.

—Ken, alguien podría entrar... —Escalofríos de placer recorrían su cuerpo y, aun así, se veía obligada a darle un poco de sensatez al hombre que le robaba la voluntad.

—Nadie en su sano juicio cruzará esta puerta cerrada —susurró mientras la seguía besando y doblegaba la voluntad de Lola.

Se le escapó un grito al sentir sus manos frías levantando el jersey. Intentó apartarlo dándole manotazos, pero se negaba a parar. Por fin sacó la prenda por la cabeza y la dejó solo con la camiseta, que no abrigaba lo suficiente. Comenzó a temblar perdiéndose en la frontera de la necesidad, de sucumbir a la pasión que le provocaba este hombre, o cubrirse.

—Ken, ¡tengo frío! —se quejó no muy convencida de querer vestirse de nuevo.

—Yo te calentaré —contestó con voz ronca.

Le dio la vuelta, la envolvió en sus brazos y, cuando sus manos frías se introdujeron bajo la camiseta para tocar su piel, se le escapó un grito ahogado. Esta vez con más fuerza. Su boca cayó de inmediato sobre la de ella y la besó con pasión mientras sus manos seguían explorando su piel. Bajó el sujetador y liberó sus pechos. Lola dejó salir un suspiro cuando se apartó, pero no duró mucho el alivio. Sus labios se movieron con suavidad por el pezón erguido y luego lo introdujo por completo acariciándolo con su aliento.

No pudo evitar gemir. El calor de su boca en sus senos y la suavidad con la que los chupaba, la hizo temblar. Sintió humedad entre sus piernas, estaba tan inestable que se tambaleó. Él la cogió con una mano, mientras con la otra apartaba lo que había sobre la mesa. La tumbó y se echó sobre ella para seguir atormentándola con sus besos y chupetones.

Ni siquiera se dio cuenta cuando le quitó los pantalones, solo lo notó al sentirlo en su sexo, en ese instante en que la miró como si estuviese pidiendo permiso. Lola tragó saliva y tiró de él hacia ella para besarlo. En ese momento, se introdujo en su centro y el mundo dejó de existir.

Solo pudo concentrarse en el roce de su piel con la de ella, en su ritmo enloquecedor que la hacía gemir cada vez más alto mientras la tensión de su vientre luchaba por ser liberada. Sintió que iba a explotar. Tembló de anticipación, y casi le dio miedo moverse y perder el orgasmo que se estaba formando, tan dentro de ella, que no podía pensar en otra cosa.

Sin ningún pudor para evitarlo, estalló en gritos cuando el placer se apoderó de su cuerpo, pues espasmos incontrolables la recorrían mientras luces multicolores iluminaban sus ojos cerrados. El pitido en los oídos apenas le permitía escuchar nada, solo se dejó llevar por el goce de sentirlo tan dentro de ella. Él se puso rígido y su gruñido la sacó del letargo. La besó con pasión mientras su cuerpo se sacudía sobre Lola con un ritmo enloquecedor. Embistió un par de veces más dentro y se dejó caer sobre el pecho de la muchacha. Su peso, aunque placentero le cortaba el aliento y llamó su atención.

—Ken, no puedo respirar —susurró sin ganas de perderlo todavía de encima de ella.

—Lo siento. —Se incorporó para liberarla de su peso, pero no salió de su interior—. Te quiero, Lola.

—Yo también te amo, Ken —respondió dejando escapar el aire en un suspiro de satisfacción.

Volvió a besarla y se abrazó a su pecho en busca de estabilidad. Lola introdujo su lengua en la boca de él y se frotaron en un encuentro relajado. Dejó que los labios del hombre saborearan los suyos. Se sentía tan laxa que no le importaba parecer una descarada. Bajó una mano y la introdujo para tocar su musculoso pecho. Notó que sus pezones se ponían rígidos y jugueteó con ellos, entonces abandonó su boca para bajar la cabeza y, mientras sus manos levantaban el jersey de él, le chupó los pezones con ansias. Si él sentía lo mismo que cuando se lo hacía a ella, supuso que le temblarían las piernas igual. Sin dudarlo, las manos de Lola le sujetaron por el trasero descubierto y lo empujó hacia ella. Al escuchar sus gemidos tembló solo de pensar en recuperar el placer que acababan de compartir. Se movió sin dejarle salir de su cuerpo, y ese simple roce, lanzó oleadas de un orgasmo, que le inundaron de nuevo en su interior.

—Parece que no has tenido suficiente —murmuró con voz ronca—. Que no se diga que un MacRae deja insatisfecha a su mujer.

Volvió a besarla y empezó a moverse de nuevo. Lola pudo notar que su miembro se endurecía poco a poco transmitiendo a las paredes de su vagina, espasmos de placer cada vez que se rozaba en su interior. No podía soportarlo más. Estallaron de dentro hacia fuera todas las sensaciones placenteras que habían emergido. Su movimiento rítmico y lento hacía que las dentelladas de éxtasis se liberaran poco a poco en ella mientras su cuerpo recordaba el orgasmo anterior. Incrementó sus rítmicos envites y la llevó al cielo. Su boca se apoderó de la de ella mientras su propio placer explotaba en su interior llenando su vagina de semen que chorreaba sin control entre ambos cuerpos.

Mientras recuperaban el aliento, él le sonrió y la acarició con una expresión de ternura que llegó tan dentro de ella, que la hizo llorar.

—Shhh, cariño. ¿Qué pasa? —La besó en la nariz y los ojos con dulces caricias como el aleteo de una mariposa en la piel.

—Lo siento, ha sido tan bonito... —explicó ella conmovida todavía por todas las sensaciones que había sentido.

—¡Och, muchacha! Me han dicho muchas cosas después de hacer el amor, pero nunca que sea bonito. —Su sonrisa pícaro la hizo ponerse en guardia.

—¿Ah sí? —Puso cara enfurruñada—. ¿Cuántas mujeres has tenido? —se le escapó la pregunta sin poder contenerse.

—No está bien que hable de eso.

Se apartó de ella y empezó a recomponerse la ropa, luego se acercó a un cajón y sacó una caja de pañuelos de su interior. Regresó junto a Lola haciendo que volviera a tumbarse con una mano, mientras que con la otra limpiaba los restos de semen en su sexo y piernas. Estaba completamente avergonzada e intentó detenerlo, pero él negó con la cabeza y siguió limpiándola.

Cuando terminó la ayudó a incorporarse y subió sus pantalones y braguitas, sin dejarla hacerlo por sí misma. Incluso abrochó el botón y subió la cremallera. Con el pecho cubierto por el sujetador y la camiseta bajada, recogió el jersey del suelo y terminó de vestirse.

—Vamos a ayudar a decorar el castillo antes de que me arrastres a otra sesión de sexo sin control —dijo riendo, lo que provocó que le subieran los colores de nuevo a la muchacha.

—Pero ¡si has sido tú quién me ha arrastrado aquí! —se quejó ella indignada.

—Lo sé, aunque solo porque tú me lo has pedido. —Su mirada traviesa la hizo sonreír.

—Eso es mentira, yo no hice nada. Tú has tomado la iniciativa —contestó mientras le señalaba con el dedo en el pecho.

—Entonces esa mirada de «fóllame hasta quedar sin sentido», que me has lanzado cuando te he besado, ¿qué? —Su gesto era serio, pero la luz de sus ojos le decía que se estaba divirtiendo.

—Eres un embaucador y no volveré a caer en tus redes. —Le dio una palmada en el pecho y salió de la habitación con rapidez.

—Och, muchacha. ¡No huyas!

Lo escuchó correr detrás de ella y aceleró sus pasos mientras se reía, hasta que la alcanzó y la cogió de la cintura.

—¡Te pillé! Le dijo al oído con voz entrecortada

—Aaah, ¡suéltame tonto! —El juego la hacía reír y coqueteó con él para prolongarlo.

—De eso nada. Te voy a secuestrar hasta que reconozcas que no puedes vivir sin mí —su voz se había vuelto de repente ronca y sensual mientras su mirada verde acariciaba a la muchacha dejando un rastro de dulzura como nunca sintió Lola.

—Kendrick MacRae, con todo lo que tenemos que hacer y tú jugando con tu mujer —la voz de la abuela sonaba con eco reverberando por la habitación.

—Abuela, no me interrumpas —su voz se escuchaba muy seria, pero Lola no pudo evitar sonreír con descaro.

—Parecéis chiquillos. —Hizo un movimiento de aleteo con la mano y se dio la vuelta.

Ken se rio a carcajadas mientras le daba un piquito en la boca. La dejó ir con desgana y ella sintió pena cuando sus brazos la soltaron.

—Vamos a terminar de decorar esto para mañana. —Le dio un empujoncito hacia los adornos expuestos.

—¡Ken! —su grito lo sobresaltó—. ¡No tengo un vestido de boda! Tendré que hacer un viaje rápido a Inverness.

—No te preocupes. —La cogió de la cintura—. La abuela ya está preparando uno.

—Pero... —Le puso un dedo en la boca para callarla.

—Después de comer te los mostraré. No he querido decirte nada antes, pero tenemos varios vestidos de novia. Son antigüedades, pero la abuela cree que alguno te gustará. —Sonrió divertido por la cara de sorpresa que tenía.

—Vale, aunque te aviso. No pienso casarme con polisón —protestó pensando en las antiguallas que debían guardar en el castillo de generaciones anteriores.

—Ni yo quiero que lo hagas. —Se giró hacia la puerta de la entrada—. Necesitamos más

ramas verdes en la balaustrada y también más ramos de acebo.

—Sí que eres mandón, pero, ¿eso no sería mejor mi tarea? Después de todo, yo soy la decoradora —replicó solo por llevarle la contraria.

—¿Quieres hacerte cargo? —preguntó enarcando una ceja.

—Aja. —Se puso de puntillas y le rozó con los labios en la barbilla, que era donde llegaba, pero él la cogió y la colocó a su altura.

—Si quieres besarme, avísame para que lo hagas como se debe hacer. —Sus labios se cerraron sobre los de ella, pero no profundizó en el beso y la soltó casi de inmediato—. Te quedas a cargo de la decoración navideña. —Se alejó de Lola riendo sin dejar de guiñarle un ojo.

Después de unos minutos de duda, dio un giro a su alrededor y comprobó lo que había puesto hasta ese instante, entonces empezó a dar órdenes mientras cogía ramas de pino y las trenzaba para colocarlas en el mueble de la entrada. Vio pasar a una chica con varias telas de tartán y le quitó una. Con unas tijeras hizo tiras bastante anchas y comenzó a hacer lazos con ellas en las trenzas de pino y brezo.

Jaime la llamó dándole tirones del jersey, por lo que se inclinó para ver lo que quería, y al verlo frotarse la barriga, se le escapó una carcajada.

—¿Ya tienes hambre? —Lola miró el reloj del móvil y vio que era la una del mediodía—. Normal, seguro que desayunaste temprano.

—Sí, mami —su voz sonaba quejosa.

—Vamos a la cocina, preguntaré cuánto falta para comer.

Allí solo estaba Agnes que le informó de que, al tener tanto trabajo con la preparación de la decoración del castillo y el menú para la boda, había hecho un estofado. De esta forma, podrían ir comiendo cuando tuvieran hambre.

Asintió y cogió a Jaime en brazos. Lo sentó en un taburete y al ver que no llegaba bien a la mesa lo subió al tablero, después le sacó un plato de estofado y Agnes le alcanzó los cubiertos y un trozo de pan.

Lola se sentó en el taburete y puso a Jaime en sus rodillas para que pudiera comer. Le fue ayudando, cortándole la carne y él devoraba el plato. Al terminar, se levantó y buscó en el frigorífico un postre. Alcanzó unas natillas y se las dio para que se las comiera sentado en la mesa. Entonces se dio cuenta de que nadie estaba cocinando y se volvió hacia Agnes que sonreía a Jaime.

—¿Dónde están preparando la comida de mañana?

—¡Och!, en casa de la señora Mackile. Ella tiene cocinas industriales y nos las deja para celebraciones.

—¡Qué bien! —dijo sin ganas.

—No se preocupe, todo saldrá a la perfección, la señora Mackile es una gran cocinera.

—No lo dudo.

Le quitó a Jaime el vasito de natillas y lo tiró a la basura, luego se acercó al fregadero y limpió su plato y los cubiertos ante las quejas de Agnes que quería impedirlo. No le hizo caso y dejó la vajilla secándose en un paño. Cogió a Jaime de la mano y fue con él en busca de Claudia y Sara. Las encontró por fin en el cuarto de los niños, estaban mirando la ropa de la pequeña, ambas entusiasmadas.

—Jaime ya ha almorzado, ¿vosotras no?

—Ya comimos antes, lo hicimos con él —dijo Sara asomando la cabeza tras las puertas abiertas.

—Pero ¡si acaba de comer delante de mí!

—¡Serás hambrón! —Su prima se acercó a ellos con cara de enfado—. ¡Has comido dos veces!

—¿Dos veces? —preguntó alarmada—. ¿Me has engañado para comer dos veces? —Solo verle la cara confirmó la acusación de Sara.

—Tenía más «hambe». —Agachó la cabeza, avergonzado.

—Pero no puedes comer tanto. —Se inclinó para ponerse a su altura—. Te pondrás malito si comes demasiado.

—Ya estoy malito —dijo con pena—. Me duele la barriga.

—Normal. —Sara lo cogió de la mano—. Vamos a dar un largo paseo para bajar todo lo que has comido.

—Yo también voy. —Claudia se agarró a la otra mano de Jaime y le lanzó un beso a Lola—. Mami, no te preocupes, ¡nosotras lo cuidamos.!

Los vio salir y se dejó caer en una silla. No era normal que el niño tuviera siempre tanta hambre. La puerta del dormitorio se abrió con brusquedad.

—¡Estás aquí! —Ken la cogió de la mano y tiró de ella—. La abuela te está esperando en los altillos.

—¿Qué? —Lo contempló aturdida.

—Vamos, te acompaño hasta la puerta, pero tengo órdenes de no acercarme. —Sonrió y le dio un piquito.

Subieron varios tramos de escalera. Por fin la dejó ante una puerta bastante vieja, estaba cerrada y su forma ojival seguía la misma simetría de otras en alta planta del pasillo.

—Entra, la abuela te está esperando. —Le dio una palmada en el culo y se fue riendo.

Resignada, llamó a la puerta y al no escuchar nada, la abrió con cuidado. Asomó la cabeza y vio a la abuela junto a varios maniqués, a su lado había tres muchachas que no conocía.

—Pasa, muchacha. Mira —señaló los figurines—, hemos preparado estos vestidos de novia para que elijas.

—No deberías haberte molestado —respondió Lola azorada.

—No es molestia. —Cogió uno de los maniqués—. Este era el vestido de novia de mi suegra —le dio un repaso de arriba a abajo—, era bajita y delgada como tú. Creo que apenas habrá que retocarlo.

—¡Es precioso! —Lo tocó con miedo.

—Venga, quítate esa ropa que te probemos los trajes. Luego ya elegirás.

Después de una hora vistiéndose con los tres vestidos que habían preparado, se decidió por el primero que vio. Perteneció a la bisabuela de Ken. Era de seda en color beige, las mangas largas con botones hasta el codo y un encaje de valencia en puños y cintura. El cuello redondo tenía también una aplicación del mismo que se adaptaba como si fuera una piel. La caída en línea recta de la falda le hacía parecer más alta y tenía una ligera cola que arrastraba en forma de U.

—Este es el tuyo. No hay que buscar más. Mírate, ¡estás preciosa! —Morag sacó un velo de una caja y lo colocó sobre su cabeza, mientras una de las chicas le ponía una pequeña corona de flores—. ¿A ti te gusta?

—Morag, ¡es maravilloso! —Se miró otra vez en el espejo.

—Pues vamos a arreglar los bajos para que no te los pises —llamó a las chicas que se tiraron al suelo y empezaron a poner alfileres y recoger el falso del vestido—. Parece que eres un poco más bajita que mi suegra. —Le pellizcó la mejilla con cariño y ella no pudo más que devolverle una sonrisa.

Terminó agotada con la prueba. Eso de vestirse y desvestirse en exposición la había cansado

y bajó al cuarto para echarse un rato. No había comido nada desde el desayuno, pero ya no podía mantenerse más tiempo despierta. Así pues, entró y se tumbó en la cama sin molestarse en arrojarse. El calor de la chimenea inundaba la habitación de una cálida luz y se durmió envuelta en el resplandor de las llamas.

Despertó al oír un murmullo, abrió los ojos con lentitud y se dio cuenta de que alguien la había tapado con una manta. Intentó escuchar, sumida en el sopor del sueño todavía, y las palabras que percibió la alertaron.

Ken entró a su cuarto y tapó a su mujer que se había quedado dormida sobre la cama. El teléfono sonó en ese momento distrayéndole de la hermosa visión de la mujer dormida. Solo faltaba un día para que estuvieran unidos para siempre, y no podía contenerse.

—Ferguson, dime que habéis averiguado la lista de nombres —contestó sin ni siquiera saludar.

—Lo siento, pero no. Se ha cerrado en banda y no hay forma de que confiese —dijo al otro lado del teléfono.

—Creo que puedes hacer más, si les presionas un poco seguro que llegamos a los cabecillas. Me da igual cuán importantes sean esos violadores. —Se volvió hacia ella y la vio con los ojos abiertos, observándolo—. Tengo que colgar, ya hablamos.

—¿Quién era? —Se incorporó restregándose los párpados.

—Ferguson.

—¿Qué pasa?

—Nada, están interrogando a los secuestradores y parece que han llegado a un punto muerto.

—¿Entonces qué van a hacer?

—No te preocupes por eso ahora. —Se sentó junto a ella—. Tienes cara de cansada sigue durmiendo un poco más.

—Me gustaría —murmuró y cerró los ojos.

Ken salió del cuarto y fue en busca de su abuela, se la encontró bajando del altillo, y le dio la mano para ayudarla a descender el último escalón.

—¿Habéis encontrado un vestido?

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas?

—No, pero sospeché que ella no aceptaría cualquier cosa. —Sonrió a su abuela—. Ya me avisó de que no se casaría con polisón.

—Tonto, yo tampoco la dejaría vestirse así.

—Me quitas un peso de encima. Esta noche dormiré tranquilo.

—Con respecto a eso... venía a buscarte para hablar contigo. —Lo observó con severidad—. Esta noche la pasará conmigo. No me mires así, no dejaré que mañana se presente a su boda con ojeras y cara de agotamiento.

—Pero abuela ...

—No hay más que decir. Asegúrate que lleven a mi cuarto su ropa de dormir.

Ken vio alejarse a la mujer y comenzó a pensar en la mejor forma de decirle a Lola la última imposición de su abuela.

Un suave traqueteo sacó a la muchacha del sopor caliente de la manta en su rostro. Se movió mientras se estiraba y al abrir los ojos tenía ante ella la cara sonriente de Jaime.

—Mami, ¡tengo «hambe»! —Le dio un beso húmedo en la cara.

—¿Qué hora es? —Miró el reloj, eran las siete y media—. ¡Uf, qué tarde! ¿Has merendado? —negó con la cabeza mientras sonreía, lo cual le extrañaba tratándose de comida—. ¿Me estás

mintiendo? —Lo miró muy seria y él asintió con la misma sonrisa descarada—. Ya decía yo.

Lola se levantó y volvió a estirarse, pero cogió a Jaime y le hizo cosquillas. El niño se rio a carcajadas e intentó hacer lo mismo con ella. Al final acabaron dando vueltas como croquetas en la cama. Las risas debieron llamar la atención porque la puerta se abrió con fuerza, entrando Sara y Claudia.

—¡Aquí estás, gamberro!

Se tiraron ambas en la cama y se sumaron a la guerra de cosquillas también, hasta que entre risas y carcajadas Jaime pidió piedad, haciéndolas reír más fuerte aún. Se incorporó muy seria.

—¿Te has vuelto a escapar? —Levantó su cara y lo obligó a mirarla.

—Solo para venir a verte, mami —dijo lloriqueando.

—Jaime no vuelvas a hacerlo. —Lo abrazó contra su pecho—. Si vuelves a escapar, te castigaré sin salir del cuarto toda una semana.

—¡Noooo! Mami, ¡no me castigues! —Empezó a llorar desconsolado.

—Está bien, hoy no lo haré, pero no te escabullas más de la tita o, ya sabes. —Le dio un beso en la frente y se levantó.

—¡Estás despierta! —La puerta se abrió y entró un Ken sonriente. Al ver a los niños y a Sara en la cama con ella, se detuvo en seco—. ¿Reunión secreta? —dijo levantando una ceja.

—No, papi. Me escapé para estar con mami y estamos jugando. —Saltó de la cama a sus brazos y le apretó con fuerza—. ¿Ya está la cena?

—En un ratito. —Lo besó y lo dejó en el suelo—. Lavaros las manos y nos vemos abajo.

—¡Ya voy, papi! —Claudia lo abrazó y saltó de la cama riendo.

Al quedarse solos, la cogió de la cintura y la levantó hasta poner sus caras juntas. Ella lo miró con lentitud, vio cómo se oscurecían sus ojos, su garganta se movía al tragar saliva. Sin poder contenerse, lo besó. Al principio fue solo una suave caricia sobre sus labios, pero él tomó la iniciativa y lo convirtió en uno tan apasionado que la hizo gemir. Lola se quejó cuando se apartó y la dejó en el suelo, pero se alejó igual.

—Cámbiate para la cena. Te espero —la ronquera de su voz le indicaba que estaba tan afectado por el beso como ella, razón por la que se acercó a él y le pasó un dedo por el pecho.

—¿No podemos jugar un ratito? —murmuró con voz insinuante mientras lo veía tragar saliva con fuerza.

—Será mejor que no, si quiero conservar mis orejas. —Sonrió con desgana.

—¡Ups, lo siento! —Se recuperó con rapidez—. Tardó diez minutos.

Lola entró al baño y se dio una ducha rápida, al salir envuelta sólo con la toalla la miró ojiplático, se dio la vuelta y se asomó a la ventana. Lola entró al vestidor y se puso unos *leggings* negros y un jersey del mismo color, se ató un pañuelo rosa palo al cuello y le quitó seriedad al conjunto. Después se calzó unas manolequinas. Se hizo una cola de caballo y fue hacia él que seguía mirando por la ventana.

—¿Qué te pasa? —Lo abrazó por detrás y notó cómo contenía el aliento.

—Nada, solo contemplo el paisaje para distraerme. —Se volvió hacia ella—. No sé qué me pasa, pero, no puedo dejar de pensar en ti, mi cuerpo anhela el tuyo de una forma que me asusta. —La besó en la frente—. Me siento como un adolescente. Tengo miedo de que esto se acabe o de que sea un sueño, porque después de tantos años he encontrado la felicidad absoluta, y me da terror perderla.

Lola tragó saliva y apoyó la mejilla en su espalda, sabía lo que quería decir. Aunque las palabras se le atascaban en la garganta había llegado el momento de contarle todo lo que sentía, no solo el tímido te quiero que siempre le soltaba.

—Yo siento lo mismo. Tal vez sea más joven que tú, pero lo que ocurre cada vez que estamos juntos —se detuvo un momento antes de continuar—, no es normal, y también me asusta perderte.

Después de esas revelaciones, se quedaron mirando a los ojos, Lola sentía su hambre en la mirada, que debía ser igual a la que ella misma sentía. Con deliberada lentitud bajó su boca hasta la de la muchacha y se besaron, sus labios se unieron con la fuerza contenida de la pasión. Con suavidad él acarició el interior de su boca con su lengua y ella gimió de placer. Lo dejó entrar para moverse juntos en un baile más antiguo que la vida, algo que los atraía y consumía.

Con resignación se apartó de ella mientras dejaba salir un gemido, Lola se aferró a su cuerpo y trató de retenerlo, pero la sujetó por los brazos y colocó su frente en la de ella.

—Debemos bajar o la abuela me arrancará las orejas. —Emitió un sonoro suspiro.

—Como quieras —dijo con pesar—, pero no deberías empezar lo que no puedes terminar.

—Nada me gustaría más que acabar esto —le dio un piquito—, pero te juro que la abuela subirá a por nosotros para arrastrarnos de las orejas si no bajamos pronto.

—Ya. —Se giró molesta y fue al cuarto de baño a refrescarse.

—¿Dónde vas? —preguntó airado.

—A enfriarme. —Lo miró levantando una ceja—. Y tú, deberías hacer algo con eso. —Señaló la bragueta, y por primera vez lo vio sonrojarse.

—No te preocupes, se bajará en cuanto me des un respiro. —Le guiñó un ojo y se sentó incómodo en el sillón junto a la ventana para esperarla.



Capítulo 12

La boda

Las siguientes horas pasaron por la cabeza de Lola como si fuesen un sueño. Bajaron juntos y en el *hall* los esperaban la abuela, los niños, Sara, Rob, sus tíos y su primo, el amigo de Ken y su esposa, y varios familiares MacRae. Todos muy sonrientes. Lola se abrazó a Rob con cariño y saludó al resto. Ken la cogió de la cintura y la acompañó hasta el comedor. Se sentía algo insegura entre tanta gente, pero los guiños de Sara y las carcajadas de Jaime y Claudia, la tranquilizaron.

Samuel Callaghan fue el amigo que ayudó a Ken durante el secuestro del pequeño. Al enterarse, Lola lo abrazó con efusividad, a pesar de sus protestas. Su esposa era española como ella y entablaron amistad muy rápido.

Terminada la cena se sentaron en la sala de los sofás, la conversación fluida se detuvo solo cuando Sara se llevó a los niños para dormir. Los primos MacRae se despidieron poco después. Rob se sentó junto a ella cuando Ken se fue a hablar con Sam.

—¿Estás nerviosa? —La abrazó con familiaridad.

—Un poco. —Siguió bebiendo su Puerto de Indias, pero le guiñó un ojo.

—No me lo podía creer, cuando MacRae me llamó, y me dijo que volaría en el *jet* privado de su amigo. Nena no es solo que sea rico, también está como un tren. —Se le escapó un suspiro —. Lástima que sea hetero.

—¿Estás seguro? —Le dio un codazo—. Tal vez sea bisexual.

—Lo malo es que lo tienen pillado. Su mujer es preciosa, y para colmo, está enamorado de ella por completo. No te imaginas las carantoñas que se han hecho durante el viaje. —Señaló con un ligero movimiento a Bel—. En fin, espero conocer mañana algún *highlander* y que me enseñe lo que lleva bajo la falda.

Lola tosió con fuerza y se le escapó el líquido de la boca, manchando el jersey de Rob.

—Lo siento. —Intentó secarle el suéter con una servilleta que cogió de la mesa —. Pero es culpa tuya por decir esas cosas. —Notó cómo se le encendían las mejillas.

—Uy, ¡qué mojigata eres, hija! —Rob le guiñó un ojo riendo.

La abuela se levantó y miró a Lola muy seria, le hizo una seña para que se acercara a ella, y la muchacha obedeció sin pensar. Se puso a su lado y la tomó del brazo.

—Nosotras nos retiramos, la novia tiene que descansar para estar radiante mañana.

—¡Abuela! —Ken se acercó a ellas—. Os acompaño —exclamó después de soltar un sonoro suspiro.

—Ni hablar muchacho, ya te dije esta tarde que ella dormirá conmigo esta noche.

—¿Qué? —Lola oteó ojiplática a uno y a otra.

—No nos mires así, muchacha. Conozco a mi nieto y sé que no te dejará dormir, por eso te he puesto en mi cuarto. —Señaló a Ken—. Y tú puedes acompañarnos, pero no traspasarás la puerta. —Se carcajeó y tiró de ella en dirección a las escaleras.

Escuchó murmurar a Ken a su lado, pero no entendía lo que decía pues hablaba en gaélico. La abuela se paró un momento y le lanzó una mirada de enfado. Luego la miró y le guiñó un ojo mientras le susurraba sin que él lo escuchara.

—A los MacRae tienes que atarlos en corto si no quieres que te consuman. Es mejor que le quede claro a mi nieto, que no eres su juguete. —Morag chasqueó la lengua ante la mirada impertinente de Ken.

Asintió con la cabeza, aunque no sabía muy bien a qué se refería. Llegaron a la puerta del dormitorio, la abuela la abrió y se coló. Tras ello la dejó entornada y habló con voz potente.

—Será mejor que no te entretengas en darle las buenas noches.

Lola miró a Ken un poco confundida, él se pasó la mano por la cabeza como si estuviera pensando algo muy difícil, sin embargo, al final se inclinó y la abrazó. Su boca se cerró sobre la de ella y comenzó un beso tan perturbador que le temblaron las piernas. Se pegó más a la muchacha haciendo su agarre casi opresivo mientras su lengua invadía la boca de la mujer. De pronto, la soltó y se apartó con cara desdichada.

—Solo será por esta noche. Descansa, cariño. —La besó en la frente.

—¿Después de lo que me has hecho cómo quieres que duerma? —susurró indignada.

—No me digas eso, que soy capaz de llevarte a nuestra habitación a pesar de los gritos de la abuela. —Le dio un beso en la nariz y se marchó con rapidez.

Lola entró en el dormitorio y vio que la mujer se había puesto su camisón. En un lado descubrió un maniquí con el traje de novia y se quedó embelesada mirando el bonito vestido. Entonces recordó que no tenía pijama.

—Morag, voy a recoger mi ropa de dormir. —Lola se dio la vuelta para salir.

—No hace falta, la trajo Agnes. Mira. —Señaló un sillón junto a la cama.

—Lo tenías todo planeado. —Sonrió la muchacha con indulgencia.

—A mi edad hay que ser prevenida. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Ahora vamos a dormir, mañana hay que levantarse temprano.

Esa noche durmieron las dos en la enorme cama, aunque Lola apenas pudo pegar ojo. Entre los leves ronquidos de la abuela y el nerviosismo, dio vueltas sin parar.

Lola se despertó con un suave traqueteo. Abrió los ojos confundida y recordó que la noche pasada durmió con la abuela y que hoy era el día de su boda. Se levantó espabilada y corrió al cuarto de baño mientras la mujer mayor daba órdenes a las chicas que habían entrado al dormitorio.

La novia salió envuelta en la toalla y la abuela señaló la ropa interior colocada encima de la cama. Era preciosa, pero no era suya, no la reconocía. Miró a Morag dudando sobre lo que iba a decir, y ella se le adelantó.

—La compré para ti. Espero que te guste. —Le guiñó un ojo y sonrió.

—Vaya, es preciosa Morag. —Cogió el ligero y se le subieron los colores.

—No le des más vueltas y vístete, que te tienen que peinar y maquillar todavía —refunfuñó la abuela desde la esquina de la habitación.

Lola asintió con la cabeza y buscó alrededor, algún lugar para vestirse fuera de esas miradas curiosas. Al final decidió entrar al baño de nuevo. Salió en ropa interior, pues no había nada para

cubrirse, no obstante, la abuela se dio cuenta y le acercó un batín blanco. La muchacha la miró extrañada, pues le quedaba bien.

—Es la bata de novia. —Rio divertida ante su sorpresa—. No me mires así, lo compré todo antes de venir.

—¿Pero si todavía no me había dicho nada Ken?

—A mí sí me lo dijo, y conociéndolo sabía que no se entretendría. Por eso hice una escapada en Inverness y mandé a Agnes desempolvar los vestidos de novia del desván.

—¿Y si me hubiese negado? —La miró un poco enojada.

—¡Och, muchacha! Tarde o temprano habrías aceptado —dijo divertida—, mi nieto puede ser muy persuasivo.

Negó con la cabeza y se relajó mientras le secaban el pelo, ya que no tenía más remedio que dejarles hacer. Una chica la maquilló siguiendo las instrucciones de Morag, luego le recogieron el cabello en un moño flojo y dejaron caer varios mechones que después rizaron. Al terminar le pusieron primero el cancan y, por último, el vestido. Miró los pies descalzos y se sonrojó, dado que no tenía un calzado adecuado para su traje de novia.

—Toma, niña. —Morag puso a sus pies unos zapatos beige de tacón alto, con incrustaciones de brillantes por toda la piel, que hacían estallar destellos a su alrededor—. No me mires así, los compré al mismo tiempo que la lencería. Y sí, son de tu número porque me lo dio Sara.

—Habéis pensado en todo —dijo asombrada.

—Vamos, hija, apenas nos queda tiempo. —Miró el reloj de su muñeca y le sonrió.

Al observarla, Lola se dio cuenta de que estaba vestida con falda larga de cuadros con los colores de los MacRae, una blusa con grandes encajes que adornaban el cuello y los puños, y en los hombros una bandolera de tartán se perdía hacia atrás. Su pelo blanco lo tenía adornado con una peina de plata con forma de cardo.

—Morag, ¡Estás impresionante con ese traje! —dijo con sinceridad.

—¡Och, muchacha! Eso es porque no te has visto en el espejo.

Le dio la vuelta y Lola observó su reflejo. Por un momento no se reconoció, delante de ella estaba una mujer joven que le devolvía la mirada. Entonces vio sus ojos oscuros, el cabello de un rubio tan claro que parecía plata con brillos de oro, del recogido escapaban estratégicamente varios bucles de pelo rodeando su cara. El maquillaje era muy sutil, pero acentuaba los pómulos, y sus ojos rasgados y oscuros, parecían enormes y mucho más exóticos que nunca.

—Parezco una princesa —susurró sin poder creerse lo que veía.

—Vamos niña, es hora de bajar.

Morag la acompañaba por los pasillos, y al llegar a la escalera, se detuvo un momento. Entonces vio a su tío Fede junto a ella, que la cogió del codo y le dio un beso cariñoso, como los que le daba su padre cuando era pequeña.

—Estás preciosa, Lola. —La miró sonriente—. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Los ojos de la muchacha se pusieron vidriosos y sacudió las pestañas para alejar la humedad. El hombre la instó a descender la escalera y al llegar al *hall* vio que lo habían convertido en una especie de capilla. Un sacerdote la esperaba junto a Ken. Lo miró sorprendida, estaba para comérselo con el traje escocés. La chaqueta de terciopelo negra se ajustaba a sus hombros haciéndolo parecer más musculoso. El *kilt* con los colores de los MacRae se complementaba con un *sporrán* de piel con aplicaciones de plata. Al darse cuenta de que lo miraba con fijeza levantó la mirada avergonzada. Ken le sonrió y le guiñó un ojo con picardía.

—Estás preciosa —su voz ronca acariciaba los sentidos de ella, haciendo que se volviera

líquida.

—Tú también estás muy guapo —dijo en voz baja y temblorosa.

—Ja, ja, ja, será mejor que dejemos el cortejo para después. —La tomó del brazo y la giró hasta quedar frente al sacerdote.

La ceremonia en sí no difería de las que había visto en España. Solo podía mirar a Ken de reojo, pues no se atrevía a hacerlo de frente. El eclesiástico llamó la atención de la muchacha y volvió a preguntar.

—Lola González Arconada, ¿aceptas a Kendrick Donald Alexander MacRae como tu esposo?

—Sí, acepto —habló con voz temblorosa.

—Kendrick Donald Alexander MacRae, ¿aceptas a Lola González Arconada como tu esposa?

—Sí, acepto —su potente voz se escuchaba rebotar entre las paredes del *hall*.

—Yo os declaro marido y mujer, que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre. —Cogió la mano de ella y la de Ken, y las unió con un trozo de tartán con los colores MacRae al que le hizo un nudo. —Ahora puedes besar a la novia.

Sin perder tiempo se acercó a ella, se apoderó de su boca y, sus labios jugaron con los de la muchacha, que se apoyó en su pecho para no caer. Se apartó con una sonrisa llena de hoyuelos, sus manos seguían unidas, él le dio un apretón y luego la sacó sin deshacer el nudo. Lola lo imitó y vio que cogía el lazo todavía anudado.

—¡Celebra conmigo este día! —gritó levantando el trozo de tartán agitándolo para que todos los presentes lo vieran.

Su voz retumbaba en los oídos de Lola mientras gritos de alegría sonaban con eco a su alrededor. La cogió del codo, la condujo hacia el comedor, y los demás se unieron a ellos en esa procesión. El calor del salón hacía que se sonrojara aún más, mientras todos los asistentes los besaban y deseaban felicidad. Se sentaron en la cabecera de la mesa y comenzaron los brindis.

Jaime se acercó a su madre y se subió en su regazo, juntó las manos en la boca e hizo un tubo en su oído.

—¿Yo también me puedo casar mami?

—Ja, ja, ja. —Le dio un beso en la frente—. Cuando seas mucho más mayor, ¿vale?

—¿Y me pondrán una mesa cómo esta? —Señaló todos los platos distribuidos en el tablero.

—Por supuesto. Pero dentro de muchos años. —Lo abrazó, y al soltarlo, vio a Ken sonriendo. Su ya marido, le dio un beso y le quitó a Jaime para ponerlo en sus rodillas.

—Hijo, no te distraigas y come un poco antes de que te quedes sin nada. —Lo puso en el suelo y el niño corrió hasta su asiento junto a Sara.

—¿Has escuchado? —preguntó ella en voz baja.

—Sí, este bribón tiene un agujero en el estómago.

—A veces me asusto por la forma en que devora la comida.

—No te preocupes. —La besó en la boca y un aluvión de vítores ensordeció la estancia.

Terminaron el almuerzo a las tres y Samuel Callaghan se acercó a ellos para despedirse.

—Lo siento, amigo, tenemos que volver a casa, Ya sabes, mañana es Navidad y los niños nos esperan.

—Lo sé. —Se abrazaron ambos y no escuchó lo que se decían, pues Bel Callaghan la envolvió con sus brazos y se despidió con cariño.

Una gaita sonó al entrar al salón, habían apartado los sofás y quedaba un amplio espacio para bailar. Ken la cogió de la mano y la llevó al centro donde empezó a danzar al son

melancólico de la gaita. Se agarró a la cintura de la muchacha apretándola junto a su cuerpo, Lola se dejó llevar por el rítmico vaivén. Un momento después la besó mientras los pies de ella seguían moviéndose con la música, guiados con el compás impuesto por Ken.

A media tarde solo quedaban en el castillo los tíos de Lola, Pablo, Rob y la abuela. Se retiraron al salón para descansar hasta la cena, aunque ella ya no podía comer más. Los niños jugaban frente a la chimenea y Sara estaba acurrucada con su hermano, parecían contarse secretos por lo bajo que hablaban. Ken la abrazó y la subió a su regazo mientras conversaba con Rob y el tío Fede. Tía Conchi parecía muy cómoda con Morag, aunque como ninguna conocía el idioma natal de la otra, se comunicaban con gestos.

Entonces recordó que al día siguiente era Navidad y en ese país era costumbre regalar el 25 de diciembre. No había comprado ningún obsequio, por lo que se dio un bofetón mental y se le escapó una palabrota que silenció de inmediato.

—¿Qué te pasa? —la voz de Ken susurrando en su oído era poco consuelo para el descuido tan grande que había tenido.

—Mañana es Navidad y olvidé los regalos —dijo en voz baja con pena.

—No te preocupes, Sara y yo nos ocupamos de eso. —La besó con dulzura en la frente.

—Pero es que no he comprado nada —se quejó.

—He dicho que no te inquietes, habrá regalos bajo el árbol.

Suspiró resignada. Ya poco podía hacer, pues eran las siete de la tarde, Nochebuena y estaba en el día de su boda.

Después de un paseo por los alrededores volvieron los tíos de Lola y sus primos acompañados de Rob. Su animada cháchara la distrajo del juego que tenía la muchacha con los niños, mientras la abuela charlaba en un rincón con Ken. Claudia se quejaba de que era el turno de Lola, y esta le pidió perdón por el retraso mientras Jaime observaba las fichas con cara traviesa. Tras ello miró a su madre, las cogió de un puñado todas y salió corriendo hacia la parte trasera del sofá.

Después de varias regañinas y protestas, Lola consiguió recuperar las fichas, pero Claudia había perdido las ganas de seguir jugando. La abuela los llamó desde la puerta.

—Será mejor que pasemos al comedor, la cena está en la mesa.

Todavía tenía el vestido de novia puesto. Cogida de la mano de Ken y con Jaime en la otra, entraron al comedor de nuevo. Apenas podía comer nada, pues todavía tenía el estómago cerrado de los nervios. Sara se ocupó de Jaime que sonreía con los cubiertos en la mano.

Terminaron la cena y siguieron charlando todos en la mesa, mientras les servían copas de distintos licores. Desde su posición, Lola vio que Jaime daba cabezadas, así que le susurró a Ken que iba a acostarlo, y él la acompañó.

Cogió en brazos al niño medio dormido y ella le dio la mano a Claudia que también estaba soñolienta, aunque por fortuna podía caminar todavía. Lola le puso el pijama a Jaime mientras Ken ayudaba a Claudia. Los taparon con las mantas y ella sonrió al ver que la niña abrazaba al pequeño.

—Son una stampa preciosa, ¿verdad? —Ken la estrechó con sus brazos por detrás y ella se sujetó también con los suyos.

—¡Gracias! —exclamó en voz baja para no despertar a los niños, mientras se giraba hacia él.

—¿Por qué? —dijo sonriente, bebiendo de la mirada dulce con la que lo observaba.

—Por insistir conmigo. Por querernos. Por cuidarnos. Por formar esta familia con nosotros —contestó la muchacha en un alarde de sinceridad.

—Soy yo quien debería agradecerte todo lo que has hecho por mí. Desde que estáis en mi vida, sé cuál es mi camino y no me pienso desviar de él.

Bajaron al salón. Solo quedaban Sara y Pablo, que les advirtieron que los demás se habían ido a dormir. A Lola se le escapó un bostezo y Ken la cogió en brazos.

—Entonces nosotros nos retiramos también —dijo con voz ronca, divertido, mientras a Lola se le escapó un grito al verse levantada por él.

—Suéltame, te vas a hacer daño en la espalda. —Rio también.

—¡Och, muchacha! Si eres una pluma.

A grandes zancadas subió las escaleras, le dio un golpe con el codo a la manivela del cuarto que se abrió con fuerza, la cerró con el pie y su boca cayó sobre la de ella. Se le cortó el aliento al notar la pasión arrolladora que desencadenaba, cuando su lengua entró a bailar con la suya. De repente, la puso en pie y dejó los labios de la muchacha para volverla hacia él. Sus manos diestras desabrochaban los diminutos botones mientras su boca le hacía cosquillas en el cuello.

El frío en la piel, anunció a Lola que el impedimento del vestido había desaparecido, abrió los ojos y al verlo a sus pies salió de él mientras le bajaba el cancán. Lo escuchó soltar un gemido, después contuvo el aliento y se volvió para ver lo que pasaba.

—¡Och, muchacha! Me vas a matar —dijo con voz ronca mientras sus manos acariciaban las caderas femeninas vestidas con el ligero.

—¿Te gusta? —preguntó coqueta—. Es un regalo de tu abuela. —Lo vio tragar saliva.

—Nunca pensé que ella vestiría a mi novia con ropa tan sexi.

Su boca descendió sobre el sujetador de encaje y, con los dientes, lo bajó para dejar al descubierto un pecho. Luego hizo lo mismo con el otro mientras ella sentía que la humedad empapaba sus braguitas. Su mano descendió con una caricia suave que la hizo estremecer. Llegó al borde del ligero y lo vio sonreír con esa mirada pícara cargada de deseo. Siguió el filo del encaje hasta la unión de sus piernas que, con voluntad propia, se abrieron. Su dedo se introdujo y tocó el botón hinchado de expectación. Se le escapó un gemido, lo que provocó que abriera aún más las piernas mientras él la besaba para atrapar todos los sonidos que escapaban de su boca. Lola se movió por inercia y acompañó sus rítmicos movimientos, hasta que sintió que la tensión en su interior luchaba por liberarse.

Estalló en mil pedazos y gritó en su boca mientras su cuerpo se arrastraba por un río de placer y se sacudía en su mano. Con lentitud salió de su éxtasis para verlo sonreír complacido.

Lola se dio cuenta de que estaba casi desnuda mientras él seguía vestido, cuando una idea cruzó su mente como un rayo y se le escapó una risita. Con rapidez metió la mano bajo su *kilt* para encontrar su pene erecto y, sin ningún obstáculo, lo acarició sin hacer caso de los gemidos que se le escapaban. Podía sentir su aterciopelada suavidad en la mano, pero no era suficiente, levantó la cabeza y observó sus ojos oscurecidos de pasión, además de la boca entreabierta en un gesto de placer, tan atractivo, que sintió que se iba a desvanecer. Las piernas de la mujer temblaron de anticipación, y el calor volvió a convertir sus venas en fuego líquido. Podía sentir la presión en su interior luchando por salir, Ken seguía el mismo ritmo que la mano de ella en su miembro.

Sin poder evitarlo él le atrapó la muñeca, tumbó a su esposa en la cama y, sin ningún preámbulo, se introdujo en ella de una sola estocada. Llegó tan adentro que le dolió e intentó moverse hacia atrás, pero él la sujetó.

—¡Och, no! Ahora no te vas a escapar. —Volvió a meterse en su interior con fuerza—. Tú has despertado a la bestia en mí y tendrás que satisfacerla.

Sus movimientos se hicieron más rápidos y violentos, tanto que Lola pensó que la partiría

en dos. Era tal el placer que se apoderó de ella, que sin darse cuenta lo apretó contra su cuerpo. Sus movimientos aceleraban los latidos de la mujer, y cuando sintió que se fundiría en ese fuego interior, estalló en mil luces de colores mientras a su alrededor se perdía todo lo que no fuera Ken, ella y el placer que los envolvía. Lo sintió estremecerse sobre su cuerpo y después de dos embestidas más, se dejó caer encima de la muchacha con un gruñido de satisfacción.

Lola apenas podía moverse. Cuando abrió los ojos, pudo ver la luz de la mañana filtrándose entre las cortinas de la cama. Se le escapó un gemido y buscó junto a ella al culpable de que apenas pudiera hacer nada, pues le dolían todos los músculos del cuerpo. Incluso algunos que no sabía que tenía.

—¡Buenos días, esposa!

Ken la besó con pasión, sus labios apenas se separaban de los de ella y su lengua se introdujo en la boca de Lola con desparpajo. La muchacha se apretó contra su cuerpo y lo abrazó. Podía sentir su erección presionando su vientre y tembló de anticipación. Sin abandonar los labios de su mujer se puso sobre ella y entró con fuerza. Se le escapó un quejido y él dejó de besarla para mirarla.

—Lo sé, estás dolorida y yo también. Pero no puedo evitarlo, necesito sentirte.

No la dejó contestar, su boca volvió a obrar magia en la de ella y retomó sus movimientos con un ritmo lento y enloquecedor, mientras los pequeños espasmos de placer sustituían el escozor del roce. El fuego de la pasión los consumía a ambos, hasta que estallaron y se dejaron llevar como cenizas al viento.

Poco a poco recuperaron el ritmo cardíaco, la respiración se volvió más lenta y los acompañó a un letargo somnoliento. Lola se despertó cuando sintió cómo abandonaba su cuerpo. Su ausencia hizo que se quejara y él le dio un beso en la frente mientras se levantaba.

—Vamos a ducharnos, seguro que los niños ya están abriendo sus regalos.

—¡Ups, se me había olvidado!

Se incorporó con agilidad. A pesar de las agujetas corrió desnuda hasta el baño, lo escuchó reír a carcajadas detrás de ella, pero no se detuvo. Podía oler a su alrededor los restos de toda una noche de pasión y se sintió flotar al recordarla.

Lola se metió tras la mampara y dejó que el agua caliente calmara sus músculos doloridos. Se relajó bajo la lluvia de la ducha, pero antes de poder coger el gel, lo sintió en su espalda. Su mano llena de jabón la acarició con mucha suavidad y la hizo gemir, luego prestó la misma atención a su delantera. Sus caricias suaves parecían un preámbulo amoroso. Se le escaparon varios jadeos, y ya no sabía si eran de queja o de placer. Por un lado, sus caricias levantaban su libido, pero no podía olvidar el escozor entre sus piernas.

—Shhh, solo quiero limpiar tu cuerpo. —La besó detrás de la oreja y siguió frotando con suavidad la piel de la mujer.

—Ken, por favor —se quejó, y seguía sin saber si quería que parase o que continuara hasta que le abrasara con otro orgasmo.

—No seas mala —susurró en su oído—. Nos esperan los niños. —Le dio una nalgada y luego se frotó con jabón por todo el cuerpo.

—Tú eres el malvado. No puedes seducirme y dejarme con las ganas. —Le puso una mano en el pecho jabonoso.

—Ja, ja, ja, ja. Estás hecha a mi medida.

La levantó con facilidad y antes de poder decir nada la empotró contra la pared al tiempo que su miembro entraba en su dolorido sexo. Sus movimientos no eran lentos ni suaves. La elevaban al séptimo cielo mientras su cuerpo se aferraba al del hombre y esperaba la ansiada

liberación, que estalló a su alrededor haciéndola gritar. A pesar de que su boca se cerró sobre la de la muchacha, el eco de su éxtasis reverberaba en el cuarto de baño.

Se secaron entre bromas y luego se vistieron deprisa, el reloj acababa de marcar las diez cuando por fin salieron de la habitación. Por suerte, no había nadie cerca. Ken la cogió de la cintura, y a cada paso que daba, se detenía para besarla. Parecía que no podía abstenerse y hacía reír a Lola cada vez que la besaba.

Se detuvieron ante la puerta cerrada del salón, Ken la abrió casi con miedo, entonces escucharon los gritos de alegría de Jaime y Claudia, mezclados con el característico ruido de papeles rasgados. Lola se detuvo ante la dantesca escena. Bajo el árbol, los restos de embalajes de regalo roto se mezclaban con juguetes a medio sacar de la caja. A pesar de todo, todavía quedaban paquetes sin abrir bajo el árbol.

Se volvió hacia Ken con cara enfurruñada, él la miró divertido y la besó antes de que pudiera hablar. Su boca se movió perezosa sobre la de ella y mordisqueaba con suavidad su labio inferior, incluso le dio un pequeño tirón antes de apartarse y dejarla sin aliento.

—No pongas esa cara y ve a buscar bajo el árbol.

—¿También hay regalos para mí? —Lo miró asombrada.

—Por supuesto. Has sido una niña buena, ¿no? —Le guiñó un ojo y saludó con una voz potente —. ¡Buenos días a todos!

—¡Papi! —Claudia llegó corriendo hasta ellos—. Mira lo que nos ha dejado Santa Claus.

—¿Hay algo para nosotros? —preguntó divertido por el entusiasmo de la niña.

—Pues claro, os los hemos dejado aparte para que Jaime no se confunda —hizo que Ken se acucillara a su lado para susurrarle—, él todavía no sabe leer los nombres de las etiquetas y se puede equivocar.

—Bien pensado, hija —Ken le dio un beso y se acercó con ella al montón de regalos que quedaban sin abrir—. Cariño, aquí hay varios paquetes que tienen tu nombre.

—¿Para mí? —se acercó ansiosa y expectante.

Cogió la cajita que le ofrecía y rompió el papel. Era una caja de joyería, por lo que contuvo el aliento mientras la abría. Un colgante de exquisita talla reposaba sobre el terciopelo azul oscuro. Lo tocó con miedo a estropearlo. En el interior había un intrincado círculo celta, en su centro un diamante recogía todas las luces a su alrededor destellando un arco iris.

—¡Es precioso! ¡Me encanta! —dijo emocionada.

—Deja que te lo ponga. —Sus manos lo cogieron con habilidad y le dio la vuelta para engancharlo en su cuello. El círculo cayó entre sus pechos, presionando la lana del jersey—. Precioso —carraspeó Ken con voz ronca.

—Oh, pero ¡yo no he podido traerte nada! —Lo abrazó con fuerza y se puso de puntillas para llegar a su boca, él la cogió y la puso a su altura.

—Solo te necesito a ti. —La besó con pasión a pesar de estar rodeados de gente.

—Ejem —carraspeó Morag detrás de Lola—. Si queréis, podéis volver al cuarto. Yo me encargo de los niños.

—No hace falta abuela. —Rio Ken mientras dejaba en el suelo a su mujer y le lanzaba una expresión de pesar.

—¡Mira, mami! —Jaime corrió hasta ella montado en un triciclo mientras sujetaba en la mano un colgante—. Yo también tengo uno.

Lola cogió la joya y vio que era igual al de ella, pero más pequeño. La diferencia era que no tenía el diamante en el interior, solo un círculo esmaltado en azul. Se volvió hacia Ken extrañada y antes de poder preguntar, él le guiñó un ojo y se lo quitó, para ponérselo a Jaime.

—Es un amuleto celta, cada uno tenéis el vuestro y no debéis quitároslo ni en la bañera. — Le dio un beso en la frente y se volvió hacia Claudia—. Deja que te ponga el tuyo, princesa.

Después de un momento la niña regresó con su cajita, Ken se lo abrochó en el cuello, miró a Sara que sonreía feliz mientras enseñaba el suyo y la abuela señalaba el que llevaba puesto.

Entre risas y voces infantiles emocionadas, recogieron los desechos de papel mientras los niños jugaban ante la chimenea.

Lola no podía apartar la mirada de Ken, se le veía tan relajado y distendido, que pensó que era un sueño. Él levantó los ojos del periódico y le sonrió con descaro antes de levantarse y susurrarle al oído palabras de amor contenidas.

Era el principio de una vida, una familia. Ya nunca más estaría sola.



Capítulo 13

Vuelta a Londres

Al día siguiente salieron hacia Inverness. Sara, Claudia y Jaime se quedaron con la abuela mientras la pareja volaba a Londres donde Lola debía aclarar su situación laboral, y recoger lo que dejaron en la casa antes de partir para Escocia.

Lola se despidió un poco ansiosa de Jaime. Después del secuestro no quería dejarle, pero Ken le instaba a hacerlo por hacer el viaje más ágil. Si iban solos sería más fácil recoger todo y tener la reunión con Bronson & Wilcox. Al final le dio la razón y tomaron un vuelo comercial hasta Londres. Rob volvió con ellos, mientras los tíos y el primo de Lola se quedaron en la terminal para tomar un vuelo a Madrid.

Al llegar los estaba esperando su amigo, Samuel Callaghan. Fueron primero al piso de Lola donde dejaron la maleta y, sin deshacerla, los llevó a su casa. Vivía en una mansión de Pall Mall. Mientras Bel le presentaba a sus hijos, Ken se encerró con Sam en su despacho, que debía ser a prueba de bombas, porque lo cerraba una especie de bloque de hormigón.

Albert era el mayor, un chico muy guapo, que había heredado los ojos azules de su padre, aunque su pelo castaño tenía un brillo caoba igual al de su madre. Los dos pequeños eran mellizos, Henri y Julia, y para su sorpresa ambos tenían el pelo de un color rojizo. Aunque el niño era más tranquilo que su hermana y tenía cara soñolienta, pues delante de ella lo vio cerrar esos ojos azules. Se resistía y volvía a abrirlos, hasta que al final cedió y se quedó dormido. En cambio, la hermana miraba a Lola con los ojos muy abiertos. Parecía desear que le dijera algo, y se acercó a ella con una sonrisa, le hizo carantoñas y, la cría, se deshizo en gorgoritos.

Bel le enseñó la casa mientras Albert se quedaba al cuidado de sus hermanos. No tenía más de cinco años, aun así, se veía un niño muy responsable.

Por la tarde querían acercarse a Bronson & Wilcox. Lola estaba un poco nerviosa, pero Ken le cogió la mano y la besó dándole confianza, ese simple gesto le infundió la valentía y la fuerza que necesitaba. Su teléfono sonó y contestó con el ceño fruncido al ver el nombre de quien llamaba.

—Dime, Ferguson.

Lola escuchó la voz al otro lado, pero no podía entender lo que decía. La expresión de Ken se ensombrecía cada vez más.

—Intenta que no se comunique todavía. Dame veinticuatro horas. —Volvió a dirigir sus ojos hacia ella—. ¡Gracias! —Se despidió y guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Se la quedó mirando con cara dudosa, exasperando a la muchacha.

—Bueno, ¿qué te ha dicho el inspector?

—Los secuestradores han aparecido muertos. Por lo visto, se han ahorcado en su celda. —
La miró muy serio.

—¿Cómo es posible?

—Puede ocurrir. —Se encogió de hombros quitándole importancia a lo ocurrido—. Lo peor es que uno de los secuestradores era Matthew Bronson.

—¿Qué? —Sintió que le faltaba el aire—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que te alterases, ya estabas bastante asustada tras el secuestro.

—¿Y ahora cómo me presento ante mis jefes? —Escondió la cara entre sus manos.

—Te dejaré en tu casa para que vayas recogiendo. Yo me acercaré mientras al despacho, y hablaré con ellos de tu futuro laboral.

—De eso nada, tengo que ocuparme yo de eso. —Se sentó muy erguida en su asiento.

—Lola, es mejor que me dejes hablar con ellos, quiero saber si conocían lo de Matthew. —
La abrazó y le dio un beso en la frente—. Recoge las cosas en tu casa, y cuando vuelva te digo cómo está el panorama.

—No entiendo por qué no puedo ir. Es mi trabajo y mi responsabilidad —se quejó.

—Volveré en cuanto hable con ellos. Les diré que nos hemos casado y tantearé que trabajes *online* —dijo él con calma.

—Está bien, como quieras, pero es mi futuro laboral y entiende que soy yo quien debo dar la cara. No me importa lo de Matthew, y seguro que ellos no lo sabían.

El taxi paró en la puerta de su casa, Ken le pidió que esperase y la acompañó al interior. En cuanto entraron le dio un beso y le dijo que volvería lo más pronto posible. Lola se asomó a la ventana para verlo marchar en el taxi. Se sentía un poco rara, ya que de repente, tenía que volver a mudarse. Menos mal que solo quedaban allí ropa y juguetes de Jaime, el resto de los muebles estaban en la casa cuando se la dieron.

Vació las pocas ropas que había traído en la maleta y las dejó aparte. Entró al cuarto de Sara y metió en ella toda su ropa y la de Jaime, luego fue al salón donde recogió los juguetes del niño, los guardó en la caja de ordenación y la cerró. Volvió a su cuarto y sacó las pocas prendas que había traído Ken, empacó el resto de los trajes que dejó al partir. Por suerte, quedaba espacio para las ropas que habían traído.

Se tumbó en la cama y miró el móvil, eran las seis y media y Ken no regresaba aún. Cerró los ojos un momento y se relajó esperando su vuelta. Entre sueños escuchó el timbre, por lo que se levantó con rapidez para abrir la puerta a Ken.

—Me estaba quedando dormida —dijo al abrir la puerta, miró a los dos hombres en el vano—. Lo siento, los he confundido.

—No importa —el que habló la observó sonriendo, pero su mirada asustó a la muchacha.

—¿Qué querían?

—A ti.

Antes de darse cuenta de sus intenciones su fuerte brazo la agarró y le tapó la boca con la mano. El pánico se apoderó de ella e intentó soltarse. La introdujeron en casa sujetándola cuando vio al otro hombre que sacaba una jeringa. En ese momento, ya no podía controlar el miedo. Mordió la mano que le tapaba la boca y dio patadas a diestro y siniestro. No supo de dónde sacó las fuerzas, pero consiguió golpear en la parte que más le duele a un hombre y se vio libre. Gritó todo lo que su voz le permitió mientras corría hacia la calle. Abrió la puerta y entonces sintió el pinchazo en la espalda. La oscuridad se apoderó de ella, pero intentó arrastrarse fuera de la casa; sabía que tenía que buscar ayuda.

La envolvieron en una manta. Uno de ellos la sacó al hombro mientras el otro preparaba el

escenario tal y como le habían ordenado. Después de poner el dispositivo que accionó el fuego abandonaron el lugar, dejando tras de sí lo que pronto se convertiría en una escena dantesca de desolación.

Lola se despertó con dolor de cabeza. Pensó que los hombres en su puerta eran solo una pesadilla, pero al intentar incorporarse vio que no estaba en su casa. Enfocó la mirada y el miedo le produjo un nudo en la garganta. Le rodeaban paredes de piedra desnuda, no había ningún objeto de decoración, ni ventanas, solo la cama donde estaba sentada. Al fondo podía ver un inodoro y un lavabo y a su izquierda, una vieja puerta con un ojo de buey.

Se levantó con rapidez y sintió cómo todo le daba vueltas, cayó de rodillas y una arcada le sobrevino. A gatas, llegó hasta el inodoro y consiguió vomitar en él. Debilitada después de vaciar el estómago se levantó despacio y se enjuagó la boca en el lavabo. No había espejo, pero su aspecto debía ser horrible si solo era la mitad de cómo se sentía. Se refrescó la cara y con pasos vacilantes se acercó a la puerta. No tenía manivela para abrirla, solo se veía una cerradura. Se empujó y miró por el ojo de buey. Al otro lado, solo se abría un pasillo con poca iluminación y apenas podía vislumbrar nada más.

Golpeó la puerta con los puños para llamar la atención, y al comprobar que no venía nadie, gritó al mismo tiempo. Entonces escuchó una voz que, sonaba lejana, pero pegó la oreja al ojo de buey.

—Será mejor que no grites.

—¿Quién eres?, ¿dónde estoy? —dijo desesperada.

—No grites. No querrás que vengan a callarte.

—¿Quién? ¡No entiendo nada! —se le escapó el llanto—. ¡Por favor!

—Soy Bridget, llevo aquí un mes. ¿Y tú?

—Soy Lola, acabo de despertarme.

—Te trajeron ayer, escuché cómo abrían las puertas.

—¿Ayer?

—Sí, es difícil notar el paso de los días, por eso hago marcas en la cama cada vez que me traen el desayuno.

—¿Qué quieren? ¡Yo no tengo dinero!

—No es eso lo que desean. Estos tíos solo nos tienen para abusar de nosotras.

—¿Qué? ¿Son...? ¿Son violadores?

—Peor, son abusadores. Cuando me trajeron también desperté igual que tú. Después de tres días en que nadie me decía nada, me bañaron y me subieron a la planta de arriba. —Se le escapó un sollozo—. Me rodearon cinco hombres y... me violaron —sus jadeos se mezclaban con las palabras entrecortadas—. Me dejaron aquí otra semana y luego... volvieron a bañarme y a subirme a la planta de arriba. Me resistí, pero eran muchos y más fuertes —se quedó callada y el silencio se hizo eterno.

—¿Volvieron a violarte?

—Sí, pero esta vez fueron diez hombres. Dios, fue horrible, esa gente son monstruos, unos sádicos que disfrutaban desgarrando a mujeres jóvenes e inocentes —se detuvo otra vez llorando—. En mi vida pensé que esto podría pasarme a mí.

—¿Cuántas veces te han hecho subir?

—Esas dos. La última vez me hicieron tanto daño que tuvo que venir un médico. Me han estado curando las heridas, y ayer, antes de que te trajeran, escuché al doctor decir que ya estoy recuperada. —Volvió a llorar—. No creo que pueda soportarlo otra vez.

—Pero ¿quiénes son?

—¿Eso qué más da? Nos tienen prisioneras. Y, lo peor de todo, es que no somos las únicas, he escuchado más chicas aquí abajo, sus celdas quedan más lejos y no puedo hablar con ellas. Además, me da miedo que vengan a por mí de nuevo, por eso es mejor que no hagas ningún escándalo.

Lola se quedó callada asimilando lo que le había dicho Bridget. Era una pesadilla. Cuando por fin había controlado y superado el miedo a los hombres, su vida estaba encauzada y había encontrado el amor, todo empezaba de nuevo. Sabía que, si le volvían a hacer lo mismo, moriría. No podría superarlo.

El miedo se cogió a su pecho creando una gran opresión. Apenas podía respirar y sentía que la cabeza le daba vueltas. Intentó controlarse, ya que necesitaba recuperar su cuerpo, no era momento de perderse. Inspiró y espiró despacio mientras se agarraba con fuerza a las rodillas.

Con la cabeza entre las piernas recuperó el control, solo tenía un ligero temblor en las manos. Cerró los puños y se clavó las uñas hasta que el dolor la devolvió a la realidad. Se levantó con dificultad y se sentó en la cama, necesitaba pensar. Miró la puerta y se fijó en las bisagras, recordó cómo sacó las de la celda del castillo y la esperanza le dio fuerzas. Luego, buscó alguna piedra suelta o algo con lo que pudiera rascar la pared.

Se fijó en la cama y movió el colchón para ver qué tipo de somier tenía. Dejó salir una exclamación de alegría al ver los muelles. Hizo presión en uno de ellos para sacarlo, pero no contaba con suficiente fuerza. Levantó la mirada y vio que el cabecero era antiguo, tenía varios barrotes verticales unidos por otro en horizontal, así que se centró en girar uno de ellos que parecía suelto, pero nada.

Tiró el colchón al suelo y se puso en pie junto al cabecero, con las piernas hizo presión hacia abajo, mientras tiraba del barrote horizontal hacia arriba. Escuchó un crujido y el barrote vertical quedó libre. Con alegría lo terminó de sacar y se fijó en los muelles, había uno deformado. Metió el barrote en la curva de agarre e hizo palanca, la espiral saltó con fuerza y se estrelló contra la pared, luego rebotó y cayó bajo la cama.

Recogió el muelle suelto y volvió a poner el colchón en su lugar, miró el barrote en el suelo, y pensó que sería un arma por lo que se resistió a dejarlo en su sitio. Lo puso en vertical como estaba, pero sin meterlo en su hueco, después colocó la almohada de pie y tapó el cabecero. Con el muelle en la mano se acercó a las bisagras y empezó con la de abajo. Comenzó a arañar alrededor y la esperanza de escapar le dio fuerza para hacer el trabajo.

Escuchó el sonido de arrastre de hierro sobre metal, luego unas fuertes pisadas como si fueran el eco de la muerte. Se levantó con rapidez, escondió el muelle entre el colchón y se sentó en la cama con la espalda apoyada sobre la almohada. Su brazo izquierdo se escapaba hacia atrás y sujetó el barrote suelto con la mano. Esta vez no se quedaría quieta, pensó decidida.

La puerta se abrió con un chirrido espeluznante que le encogió el corazón, ni siquiera sujetar el barrote en la mano le daba fuerzas para no temblar. Se quedó mirando a los dos hombres que había en la puerta, tenían la cara descubierta. Pensó que eso no era buena señal, ya que si no tenían mostrar su rostro era porque no la dejarían salir de allí con vida. Tragó saliva al darse cuenta con horror de que estos serían sus últimos días, si no conseguía salir de ahí.

Se centró en los dos hombres que tapaban la puerta y les mantuvo la mirada con orgullo, no quería que supieran lo asustada que estaba. Entraron a la celda y se quedaron cada uno a un lado del vano, entonces entró un hombre mayor. Debía tener al menos sesenta años, aunque su piel parecía tersa y sin arrugas, se notaba que era el efecto del bisturí. Sus pequeños ojos oscuros recorrieron con lentitud el cuerpo de la muchacha, mientras en sus finos labios se dibujaba una sonrisa perversa. Tenía la nariz grande y gruesa en la punta. El conjunto era, por decir algo,

desagradable.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Lola cuando le vio sentarse en la cama. Su mano se posó, casi de casualidad, en la rodilla de ella. Intentó mantenerse quieta y lo miró con una expresión de furia.

—¿Cómo te sientes, chiquita? —Dio unos golpecitos en la rodilla—. Se te ha pasado del todo el efecto narcótico, ¿verdad?

Se incorporó y su mano intentó levantarle el párpado, pero ella giró la cabeza antes de que lo alcanzara, lo que provocó su risa. Luego se le escaparon varias toses.

—Está bien, no te tocaré.

—¿Qué quiere de mí? —Enfrentó su mirada, aunque lo que en realidad quería, era esconderse bajo la manta.

—No deberías haber puesto la denuncia, pero eso ya no tiene remedio. Ahora tendrás que atenerte a las consecuencias. —Su mano cogió un mechón de pelo de la muchacha y lo dejó caer tras mirarlo con atención.

—Déjeme salir. Acabo de casarme y mi esposo no parará de buscarme. Retiraré la denuncia y me olvidaré de todo. —Sintió la humedad de sus lágrimas recorrer las mejillas, pero no se las secó.

—Eso ya es imposible. Tu casa voló por los aires y encontraron el cadáver de una mujer. Tu marido te cree muerta. —Recogió una lágrima con el dedo y la miró, como si no hubiese visto nunca algo semejante. Se le escapó un suspiro que sonó a anhelo mal encubierto—. Tendremos la celebración de Año Nuevo y tú serás nuestra putita. —Rio con maldad y se levantó.

Lola se quedó mirando a su espalda mientras salían de la celda y el sonido ominoso del metal crujía, en tanto su corazón latía de forma acelerada. Por un momento se quedó sentada, escuchando los pasos lejanos y el golpe del metal al cerrarse las puertas. Se le escapó un sollozo y se dejó llevar por el llanto. Entonces recordó sus palabras: tenía tiempo hasta Año Nuevo.

Con decisión se levantó y recuperó el muelle. Se sentó tras la puerta y volvió a trabajar en la bisagra, esta tenía mejor agarre que las del castillo, aun así, insistió. El roce de la pared en los nudillos dolía, pero no le hacía caso, continuó trabajando en escarbar alrededor.

Escuchó los característicos ruidos del metal rozando entre ellos. Bridget le anunció que traían la cena, así que limpió como pudo el polvo en el suelo cercano a la entrada y se lavó las manos. Corrió a sentarse en la cama después de esconder el muelle. Cuando se abrió la puerta entró un hombre con una bandeja, el olor de la comida le revolvió el estómago, pero no dijo nada. Lo vio dejarla a los pies de la cama y salió de la celda sin hablar. Al escuchar las vueltas de la cerradura, Lola dejó salir el aire con fuerza. Destapó los platos y el aroma a comida rancia le hizo dar vascas, por lo que corrió hasta el inodoro, pero no tenía nada en el estómago, y las arcadas secas le provocaban tanto dolor que le provocaron pinchazos que le dificultaban la respiración.

Cogió el pan que le habían traído con la comida y dejó el resto, luego bajó la bandeja al suelo. Tenía todavía mucho trabajo, pues apenas había podido sacar media bisagra, por lo que se afanó en rascar, hasta que la luz del techo se apagó. Continuó con su tarea incluso en la oscuridad, pues con una mano arañaba y con la otra controlaba el borde, pero llegó un momento en que ni el trabajo la mantenía despierta.

Agotada, sopló en el suelo bajo la bisagra, luego se levantó y, a tientas, buscó el lavabo, donde se lavó las manos y las secó con cuidado de no frotar, pues las tenía llenas de pequeñas heridas en los dedos. De la misma manera, volvió a la cama y se tumbó, cayendo de inmediato dormida.

Lola se despertó asustada al escuchar el giro de la llave en la puerta, se incorporó con miedo y vio que le traían la bandeja del desayuno. El hombre no dijo nada. Se acercó y la dejó a los pies de la cama y, al salir, cogió la de la cena. Se quedó agachado mirando el plato de la noche anterior, lleno todavía, luego la observó con el ceño fruncido y salió con las manos cargadas.

La muchacha se arrodilló frente a la bandeja y se tomó el café y las tostadas. Llevaba dos días sin comer y su estómago rugía cual león, por eso devoró el desayuno antes de que se enfriara. Dejó la bandeja en la entrada y se sentó otra vez a trabajar en la bisagra.

Casi tenía destapada la primera y decidió empezar a sacar la de arriba antes de que se notara que estaba suelta. Ya no sentía los dedos, la sangre manchaba el suelo, y al darse cuenta se asustó. Corrió al lavabo y empapó la toalla, se limpió los dedos con brío para volver al suelo y eliminar las deladoras gotas rojas en él, luego lavó la toalla en el lavabo y la dejó colgada para que se secara. Estaba a punto de volver al trabajo cuando escuchó de nuevo los roces del metal al cerrar y abrir las puertas. Corrió a la cama y escondió el muelle justo a tiempo de sentarse con la espalda apoyada en la almohada que cubría el cabecero.

—Vamos a la ducha. —Era el mismo hombre que dejó esa mañana la bandeja del desayuno. La puerta se quedó abierta y le hizo señas con la cabeza para que saliera.

Su gesto duro y serio intimidaba a Lola que le obedeció de inmediato. Al atravesar el vano vio a varias chicas en fila delante de ella. Escuchó que dos de ellas lloraban y se abrazaban, entonces se dio cuenta de que eran gemelas, y muy jóvenes. No debían tener más de doce o catorce años. Le dieron un empujón y chocó contra la chica que iba delante de ella. La muchacha la sujetó, era Bridget, lo supo en cuanto le guiñó un ojo, le agradeció su información con una sonrisa, pero un nuevo empujón la obligó a andar más rápido. Al llegar al final del pasillo giraron a la derecha y entraron a una sala con varios bancos pegados a la pared. Al fondo había una hilera de duchas sin nada que las cubriera.

—Quitaos la ropa y entrad.

Una voz dura y seca la sacó de su observación. Escuchó a las chicas gemir y negar. La primera de la fila, una morena, cabeceó en rotundo y uno de los guardas que las acompañaba le rasgó el jersey sin piedad. Las gemelas gritaron y se abrazaron con más fuerza. Bridget miró a Lola y asintió con la cabeza, con su gesto le decía que era mejor que obedecieran.

Con manos temblorosas se quitó el jersey y los pantalones, le siguieron la ropa interior e intentó cubrir sus partes íntimas con las manos, lo que provocó las risas de los guardias. Al levantar la cabeza vio que el resto de las muchachas también estaban desnudas. Las empujaron al interior de las duchas y no les quedó más remedio que hacer lo que decían los gorilas.

Fue el baño más bochornoso que había tomado en su vida. De vez en cuando se le escapaba una lágrima, la secaba antes de que la advirtieran pues no quería provocar de nuevo su hilaridad. Al salir se encontraron toallas en los bancos, y todas se lanzaron para poder cubrirse. Descalzas les hicieron volver por donde habían venido. Vio cómo metían en sus celdas a cada una de las chicas y se le encogió el corazón cuando vio a las gemelas abrazarse. Al final las separaron con malos modos y las metieron a la fuerza a cada una en una habitación.

La puerta se cerró detrás de Lola con un sonoro bum que la alteró, se giró para comprobar que seguía sola y suspiró con alivio cuando corroboró que era así. Volvió a la cama y vio un camión de raso extendido en ella, el suave color rosa palo destacaba en la oscuridad de la manta. Al darse cuenta de que habían estado en la celda, revisó que el muelle seguía escondido y respiró con alivio mientras lo apretaba en su puño. Luego retiró la almohada y se cercioró de que el barrote seguía colocado en el cabecero, pero solo presentado.

Se vistió con el camión y sintió frío. Miró hacia abajo y notó sus pezones erizados, puesto

que la prenda apenas le cubría. Una raja lateral dejaba al descubierto casi la totalidad de una pierna. Tenía que taparse de alguna forma, por lo que buscó con desesperación en la celda sin suerte alguna, y descartó la toalla que había usado antes por estar húmeda. Entonces arrancó la manta y se envolvió con ella. Le habían dejado también un cepillo, se peinó despacio desenredando los largos mechones con paciencia, hasta que por fin quedó liso y sin nudos.

Escuchó los característicos ruidos metálicos y se sentó en la cama con rapidez. Después de unos minutos la puerta volvió a abrirse y entró uno de los guardias con la bandeja de la cena. Dejó su carga en los pies de Lola y volvió a marcharse sin hablar. El olor no era nada atrayente y se le revolvió el estómago, así que tomó el pan y dejó la bandeja en la entrada.

Se sentó a trabajar de nuevo en la bisagra. Por suerte, ningún guardia se había fijado en sus manos llenas de heridas. Siguió rascando alrededor de la charnela, la dejó cuando estaba casi suelta, y se puso de rodillas para empezar a rascar en la siguiente. Se concentró en liberarla sin hacer caso del dolor que sentía en las manos, hasta que escuchó de nuevo las puertas abrirse. Sopló el polvo del suelo y se las lavó con rapidez, dándole el tiempo de saltar a la cama justo cuando la puerta se abrió. Lola se envolvió en la manta y miró a la puerta con miedo.

Se le escapó un grito y se cubrió la boca antes de que Ken corriera hasta ella y la abrazara. Toda la tensión que había tenido en esos días se liberó de pronto, y lloró como nunca antes lo hizo mientras se abrazaba al sólido cuerpo de Ken. No supo cuánto tiempo estuvo así, pero el suave zarandeo de su marido hizo que se centrara en su situación.

—Lola, tenemos que salir de aquí. —La besó en la frente—. Aguanta un poco más y saldremos de este sótano.

Sus palabras la hicieron volver a la realidad, lo cogió por las solapas de la chaqueta y le habló desesperada.

—Tenemos que sacar a las otras. No podemos dejarlas.

—¿Hay más chicas aquí? —preguntó sorprendido.

—Cuatro más. Están en este mismo corredor —dijo asustada aún.

—Hay más pajaritos en jaulas. —Lo vio apretar un botón en la oreja, del cual escuchó sonidos extraños—. Vale, preparad la extracción en el ala norte, pero no quiero ni un tiro hasta tenerlas a todas fuera de la línea de fuego. —Le volvió a dar un beso en la frente haciéndole recordar la seguridad y la protección—. Vayámonos.

Al salir de la celda, vio que estaban sacando al resto de las chicas, se abrazaron todas temblorosas y entre lágrimas escucharon a Ken pedirles silencio. El frío hizo tiritar a Lola, igual que al resto de jóvenes, Ken le puso su chaqueta y vio que los rescatadores que habían venido con él, hacían lo mismo. Por desgracia, eran solo dos, por lo que Bridget se envolvió como pudo en una manta.

Salieron del corredor de celdas y las condujeron con sigilo por varios pasillos, dando vueltas y revueltas, escondiéndose por si aparecían los guardias. Lola observó alrededor asombrada por el lujo de las habitaciones que atravesaban. El ruido en la oreja de Ken hizo que se detuviera. Lo miró extrañada y le pidió con el dedo que se mantuviera en silencio. Se volvió hacia los hombres que los acompañaban y gesticuló con las manos. No hablaba, solo daba indicaciones. Raudos, las dejaron a solas con Ken mientras se apartaban y salían del pasillo donde estaban.

Lola escuchó varios golpes secos y luego vio que volvían los dos hombres. Cabecearon asintiendo y uno de ellos se puso al principio del grupo, mientras el otro se quedó detrás. Ken la llevaba de la mano y las chicas los seguían. Ninguna emitía ruido alguno, aunque de vez en cuando se escuchaba el murmullo de un llanto silencioso. Lola creyó que era de las gemelas.

Después de recorrer más pasillos oscuros, deteniéndose de vez en cuando ocultos en las sombras, llegaron a una puerta que conducía al exterior. Era una corredera en su totalidad de cristal, Lola pensó que la iban a abrir, pero no. Uno de ellos sacó una pieza brillante y, con decisión, dibujó un rectángulo enorme en el centro del cristal, pegó dos ventosas en la parte superior, y después de escuchar un ¡crash!, se desprendió el rectángulo que había dibujado antes.

Las hicieron pasar con premura por el hueco, pero no las sacaron de la terraza, sino que les indicaron que se pegaran a la pared. Uno de ellos corrió agachado junto a la balaustrada y Lola se asombró al verlo saltar. Siguieron pegados a la pared, las chicas se impacientaban, pero el otro rescatador consiguió calmarlas. Lola solo se agarró del brazo de Ken, confiaba en él, puesto que sabía que las sacaría de ese infierno.



Capítulo 14

El Rescate

El pinganillo de Ken volvió a sonar. Era la señal para hacerlas correr agachadas junto a la balaustrada, entonces el hombre que iba con ellas se asomó y cogió algo que le lanzaron. Lo vio enganchar unos garfios en el pasamanos y dejó caer una escalera de cuerda, luego hizo señas a una de las gemelas para que bajara. Lola estaba muy nerviosa, y no podía apartar la mirada de la escalera, a la vez que la otra niña descendió por ella cuando se lo indicó el rescatador. Observó a Bridget y se dio cuenta de que faltaba la chica morena, así que se volvió hacia Ken y se acercó a su oreja para susurrarle.

—Falta una chica. —Lo miró con miedo—. No podemos abandonarla.

—Allí abajo no había nadie más.

—Pues la tendrán arriba. Hay que rescatarla. —Lo abrazó—. ¡Por favor!

—Lola, primero os pondremos a salvo a vosotras y luego mis hombres la buscarán —su voz sonaba con miedo.

La muchacha asintió con la cabeza y se levantó cuando él le señaló la escalera, Ken la ayudó a bajar y al llegar al suelo mientras que el hombre que saltó primero la sujetó y la llevó a un arbusto cercano. Ella miró a Ken que bajaba con agilidad y se le escapó un suspiro de alivio al tenerlo a su lado.

Corrieron descalzas entre los arbustos, Ken tiraba de Lola mientras los dos hombres que los acompañaban hacían lo mismo con las gemelas y Bridget. La muchacha sentía que le faltaba el aire, pero intentaba seguir el ritmo de la carrera de su esposo, su mano calentaba la de ella y se aferró al valor que irradiaba.

Entre las sombras llegaron a una valla, que supuso, era el límite de la finca. En ese momento se dio cuenta, de que tras la malla había varios hombres que levantaron el enrejado metálico para que pasaran.

Siguieron corriendo y Lola cayó de rodillas cuando no pudo seguir más el ritmo. Ken la cogió en brazos y la miró con temor.

—¿Estás bien?

—Solo necesito recuperar el aliento. —Intentó respirar con normalidad, pero no podía, pese a que vio que los hombres seguían corriendo mientras tiraban de las chicas.

—Vamos, un poco más y estaremos a salvo. —Le dio un beso lleno de esperanza y sosiego, y ella percibió su sonrisa en la oscuridad.

Ken asintió con la cabeza y apretó la mano de la muchacha. Volvieron a correr bajo la cúpula estrellada, la luna brillaba por su ausencia. Aun así, se podía distinguir el camino que

descendía hasta lo que parecía un río, por el ruido del agua corriendo que se escuchaba.

Por fin se detuvieron antes de llegar a la ribera del agua y Lola vio que había varias furgonetas aparcadas. Ken la condujo al interior de una y la sentó en el asiento, le echó por encima una manta de aluminio y miró sus pies descalzos, los cogió en sus manos y comenzó a frotarlos para que entrara en calor.

Lola buscó a su alrededor al resto de las chicas, pero antes de preguntar él le contestó que estaban en otros vehículos. Su pinganillo volvió a sonar y se apartó un poco de ella mientras escuchaba. Su gesto fruncido le dijo que no le gustaba lo que oía, pese a ello se mantuvo callada. Sabía que no era momento de preguntas ni confesiones, lo único que importaba era salir de esa pesadilla.

Ken se sentó junto a ella, la cogió en brazos y Lola se acurrucó absorbiendo su calor corporal. Su aroma inundaba sus fosas nasales y la relajaba. Estaba a punto de quedarse dormida cuando escuchó lo que parecían fuegos artificiales. Se incorporó asustada, miró al cielo esperando el resplandor brillante y entonces recordó dónde estaba, y lo que hacían cuando las montaron en la furgoneta.

No eran fuegos artificiales, sino disparos. Un escalofrío recorrió su cuerpo haciéndola temblar, los fuertes brazos de Ken le apretaban contra su pecho, calmando su inquietud al escuchar su voz susurrante y tranquila.

—Estamos lejos, pero no te preocupes. En esta ocasión ganaremos los buenos. —Ella pudo notar su sonrisa contra la mejilla—. El MI5 no dejará que se escape ninguno.

—¿El MI5? ¿Qué es eso? ¿Un tipo de policía especial?

—Digamos que, son los jefes de James Bond. —Dejó salir una risita.

—No estamos de broma. —Le dio una palmada en el pecho.

—Lo sé, solo trataba de distraerte.

En ese momento, se escuchó una explosión seguida de un temblor que hizo sacudirse el coche. El cielo se iluminó con luces anaranjadas, que, aunque lejanas hacían temblar de miedo a Lola. La puerta lateral se abrió y un hombre todo vestido de negro se asomó al interior. La muchacha no podía verle la cara, pues la llevaba pintada.

—Están recogiendo los restos de la mansión —dijo con voz ronca casi de ultratumba.

—Entonces es hora de sacar a las chicas de aquí —contestó Ken.

Dejó a Lola en el asiento y lo vio pasar al puesto del conductor, puso en marcha el vehículo y siguió a otros dos que ya habían iniciado la partida. Ella supuso que estos días de apenas dormir, la tensión y el miedo le pasaron factura, porque lo siguiente que vio al abrir los ojos fue a Ken inclinado sobre ella para cogerla en brazos.

—Shhh, tranquila. Vamos a descansar en un hotel.

Se acurrucó en él y se dejó llevar adormilada. Entre las luces y las sombras que iluminaban los párpados distinguió brillos y poco más, pues en cuanto la soltó en la cama entró en la fase REM de sueño.

Lola se despertó al escuchar voces susurrantes. Se incorporó asustada, miró a su alrededor y, suspiró aliviada al ver que no estaba en la celda. Se levantó algo atontada aún por el sueño y se acercó a la puerta por donde salían las voces. La abrió con cuidado y vio a Ken de espaldas a ella, estaba hablando con dos hombres uniformados, otro vestido totalmente de negro, y Callaghan, que también lo acompañaba. Uno de ellos la vio y le hizo una señal a Ken, que se volvió de inmediato hacia ella.

—Lola, ¿cómo estás? —Hizo un gesto con la cabeza y salieron todos salvo Callaghan.

—Bien, he dormido como un tronco. —Intentó sonreír, pero le salió mal por la expresión

que observó en los hombres.

—Llevas doce horas durmiendo —dijo Callaghan con una media sonrisa en la cara.

—¿Tanto? —Se sentó en un sillón cerca de donde estaban ellos.

—No pasa nada, es normal que estés agotada. —Ken se acercó a ella y la cogió en brazos para sentarse.

—¿Dónde están las chicas? —La voz de Lola sonaba tan débil que se asustó.

—Las llevaron al hospital, pero por la primera exploración parece que están bien. Aunque les harán un examen en profundidad.

Lola asintió con la cabeza y se acurrucó en los brazos cálidos y protectores de Ken. Sabía que Callaghan seguía en la habitación, pero no le importaba nada. Se sentía segura en los brazos de su amor, su hombre, su libertador, y no solo porque la hubiera rescatado esa noche. La salvó el día que insistió en que salieran juntos y continuó haciéndolo al no darse por vencido, incluso cuando ella se mudó a Londres.

A pesar de conocerse desde hacía tan poco tiempo, sentía que era una eternidad. Entonces se incorporó al darse cuenta de que hasta eso se le hacía corto.

—¿Qué te pasa? —Le giró la cabeza con una mano mientras con la otra acariciaba su espalda.

—Nada. —Se le escapó un suspiro. Observó de reojo a Callaghan, quien soltó una carcajada al comprender la situación e hizo un gesto con la mano para despedirse.

—Iré a hablar con mis hombres. —Le guiñó un ojo—. Luego hablamos.

Se cerró la puerta y Ken la obligó a mirarlo. Le daba vergüenza admitirlo, pero en ese momento lo único que quería era que le hiciera el amor, aunque por supuesto que no le dijo nada. Bajó la mirada y lo abrazó con más fuerza.

—¡Och, muchacha! No sabes lo asustado que he estado.

Sintió algo húmedo en su cabeza y se incorporó, entonces vio las lágrimas desbordando sus ojos. Lola tenía los sentimientos a flor de piel y verlo llorar por lo ocurrido rompió el frasco donde los guardaba, lo que hizo que se uniera a sus lágrimas con un sollozo contenido.

—No, por favor, no llores. Soy un estúpido por recordarte lo que has sufrido. —La apretó entre sus brazos con tanta fuerza que le cortó el aire.

—Ken —susurró—, no puedo respirar.

—¡Och! Lo siento. —Aflojó su abrazo y le dio montones de pequeños besos por toda la cara—. No quiero más lágrimas en tu vida. Te juro que me encargaré de que sea así.

Su absurda declaración la hizo reír, atrapó su boca y le dio lo que estaba deseando darle desde que se despertó. Lola abrió sus labios, y antes de que pudiera hacer nada, su lengua entró, sus caricias hicieron que se volviera líquida en sus manos. Necesitaba sentirlo más cerca, y solo había una forma de hacerlo. La mujer se apartó de su boca con pesar y lo miró a los ojos.

—Hazme el amor —su voz salió ronca y temblorosa.

—¿Estás segura?

—Nunca he querido nada con tanta intensidad. —Volvió a besarla.

Se levantó con ella en brazos, se agarró a su cuello y saboreó su boca mientras su lengua no le daba tregua a la muchacha. La dejó caer en la cama y ella se quejó al verse separada de él. A Ken se le escapó una risita complacida mientras se desprendía de los pantalones con prisa. Lola se puso de rodillas y tiró de su jersey hacia arriba, él abandonó su ropa para ayudarla a sacarlo por la cabeza. Luego insistió en los pantalones, los tenía atascados en los pies y ella sonrió al ver que no podía quitárselos, porque aún llevaba puestos los zapatos. Le guiñó un ojo a la muchacha y pisó un pie con el otro para sacar una bota, después repitió la operación con el que le quedaba.

Por fin extrajo un pie de la pernera del pantalón, pero antes de continuar, se tiró encima de ella apresándola bajo su cuerpo. Su boca volvió a reclamar la de Lola mientras sus manos recorrían ansiosas la piel. Ken le subió el camisón y lo dejó enroscado en sus caderas. Tras ello, sacó sus pechos por el escote, pero se frustró al ver que no conseguía liberarlos, así que exasperado, rompió la tela.

A Lola se le escapó un suspiro cuando sintió su boca sobre el pecho, succionó con suavidad mientras con la otra acariciaba el otro seno, luego cambió sus prioridades y descendió por su vientre dejando miles de besos. Sabía lo que iba a hacer y se abrió a sus caricias con expectación.

Al principio, solo sopló sobre su sexo. Más tarde, su audacia la hizo contener el aliento, pues su lengua acariciaba con movimientos circulares su clitoris. Introdujo un dedo, gimió con fuerza y no pudo evitar atrapar su cabeza entre sus piernas. Se movieron al mismo ritmo que sus caricias hasta que se sintió explotar, la tensión que liberó la hizo gritar mientras espasmos de placer recorrían todo su cuerpo.

Todavía estaba recuperándose del orgasmo cuando se movió con rapidez y la penetró con fuerza, lo que hizo que se le escaparan jadeos entrecortados y él se detuvo. Lola lo sujetó con sus piernas para evitar que saliera y movió las caderas. Pudo ver el placer recorrer su rostro y eso alentó sus movimientos. Volvió a acercarse y él se dejó llevar, hasta que no pudo soportarlo más. Su cara estaba roja de contención, gotas de sudor perlaban su frente. Embistió con fuerza en el interior de Lola y luego salió despacio haciendo que ella se perdiera en sus arremetidas. Impuso un ritmo enloquecedor, aceleraba y embestía con tanta fuerza que creyó que la partiría en dos.

No lo apartó. Al contrario, gimió en su boca mientras notaba un nuevo orgasmo formándose en su interior. Sintió la tensión de sus brazos y su gesto de placer la lanzó por el camino de la perdición, ya que estalló entre convulsiones mientras su ronco gruñido potenciaba las sensaciones que recorrían todo su cuerpo.

Ken se dejó caer y la arrastró con él hasta ponerse ambos de medio lado. Sus corazones latían con el mismo sonido al mismo tiempo que recuperaban el aliento, y la respiración se tornaba más relajada.

—Te quiero —dijo Lola en tanto acariciaba su cara.

—Yo también te amo —contestó él, atrapó su mano y la besó en la palma.

La muchacha se sentía tan relajada, satisfecha y amada que se le puso una gran sonrisa en la cara. Entre las pestañas pudo ver que él también sonreía. La acercó a su pecho y la besó, el vello le hacía cosquillas en la nariz, pero no se apartó. Lola recordó el rescate de aquella celda, la seguridad con la que la arrastró por la mansión y una duda atravesó su mente a la velocidad de un rayo. Se incorporó sobre un codo y lo miró desde arriba.

—¿Cómo sabías que estaba viva y dónde me habían llevado? —Frunció el ceño y le aclaró—. Un hombre, que supongo era el jefe, me dijo que habían hecho explotar mi piso y que encontrarían un cadáver, que nadie me buscaría porque pensarían que estaba muerta.

—¿Sabes cómo se llamaba ese hombre? ¿Puedes describirlo? —Ken la miró con ansiedad.

—Era mayor, por lo menos tendría sesenta años. Se había sometido a cirugía estética porque su piel tenía un brillo extraño y estaba muy estirada. Ojos pequeños y negros, labios delgados y una nariz grande y gruesa en la punta. —Se le escapó un escalofrío.

—Les daré la descripción.

—No me has contestado. ¿Cómo sabías que estaba viva y dónde me habían llevado?

Su mano cogió el círculo celta que le regaló en Navidad, que todavía lo tenía en el cuello y lo movió con cariño. Luego la observó muy serio.

—Estos colgantes tienen un localizador, Sam me los preparó y puso la aplicación en mi

móvil. —La observó como pidiendo disculpas—. Después del secuestro de Jaime, le pedí que los hiciera por si acaso.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Le dio un golpecito en el hombro y él se quejó.

—No quería asustarte. Por eso os dije que era un amuleto, y que no os lo quitaseis. —Le dio un beso en la frente—. Me saltó la alarma en la aplicación de que estabas saliendo de casa. Fui lo más rápido que pude, aun así, cuando llegué me encontré con la policía y los bomberos. Hacía diez minutos que se había producido la explosión en tu casa. Por un momento me desesperé, pero entonces volvió a sonar la alarma de movimiento de tu colgante. Entré en la aplicación y vi que te estabas desplazando, sin embargo, por tus latidos cardíacos tan lentos, supe que debieron sedarte. No me quedé para aclarar nada con la policía. Llamé a Sam y él me puso en contacto con una agencia de seguridad.

—Si me hubieses dicho lo del colgante, no me habría asustado tanto —le dio otro golpe en el hombro—, ni destrozado las manos intentando salir de aquella celda.

—¿Qué les pasa a tus manos? —Las cogió y les dio la vuelta. Al ver las heridas se levantó veloz—. Las tienes destrozadas. —Cogió su móvil y puso un mensaje, luego tiró de ella y la llevó en brazos hasta el baño—. Voy a lavar las magulladuras mientras me traen un botiquín.

—¿Si sabías dónde estaba, porque has tardado tanto en sacarme? —se quejó cuando el agua templada tocaba sus manos.

—Créeme estaba loco por entrar, pero el equipo de rescate no me dejó. Lo siento. —Le dio un beso en la boca—. Además, cuando vinieron, los del MI5 coordinaron toda la operación con la Interpol.

—¿Por qué?

—Esa gente forman una asociación mafiosa, funcionan como una corporación internacional, pero buscan la supremacía del hombre sobre la mujer. Dicho de otra manera, quieren un patriarcado que anule a las mujeres y para ello se han organizado en varios países. Supongo que has escuchado de las violaciones grupales. —La miró muy serio.

—¿Quieres decir, que lo que me hicieron fue un acto de empoderamiento masculino?

—Algo así. Todavía están investigando y no creo que esto se resuelva tan fácil, son una especie de *lobby*. ¿Has oído hablar de la manada de Pamplona?

—Por supuesto. Además, poco después me pasó a mí. —Frunció el ceño—. ¿Quieres decir que hay más manadas?

—Todavía lo están investigando, pero parece que hay muchas y en varios países. Están organizadas y subordinadas unas a otras dentro de un entramado, que la Interpol todavía no ha destapado del todo. —La cogió y se sentó en el inodoro—. No podemos decir nada, ya que quieren descabezar todo el entramado antes de que vuelvan a ocultarse.

Lola estaba catatónica. Lo veía y escuchaba, sin embargo, no podía moverse. Unos golpes la sacaron de ese estado, lo vio salir del baño mientras se ponía una toalla en las caderas. Cuando volvió traía un pequeño botiquín, lo abrió sobre el lavabo y le limpió las heridas con agua oxigenada. Una vez las secó, les aplicó yodo.

Lola miró sus manos con aprensión, tenía los nudillos cubiertos de heridas, apenas endurecidas, que tiraban cada vez que los flexionaba. Levantó la cabeza y lo vio observándola, aunque le sonreía notó que no le llegaba la línea de la sonrisa a los ojos.

—Tengo miedo —susurró.

—Yo también —dijo su esposo a la vez que se le escapó un suspiro—. Pero te juro que no dejaré que te vuelvan a atrapar. Somosierra está en la cárcel esperando pasar a disposición judicial, han identificado a los cabecillas de Inglaterra, Francia, Alemania y España. Los otros no

tardarán en caer. —añadió a la par que la cogió en brazos para llevarla al dormitorio.

—He pedido algo de comer —señaló el carrito en la entrada—, podemos cenar en la cama. —Le guiñó un ojo—. Después de todo estamos recién casados.

A Lola se le escapó una risa nerviosa y miró su cuerpo desnudo, lanzó un grito y corrió al baño para ponerse un albornoz. Al salir él estaba sin ropa, y tenía en el centro de la cama una bandeja con café, zumo y tostadas. Subió con cuidado de no tirar nada y se sentó al estilo indio frente a él.

Comieron en un silencio que se rompió solo cuando le cogió la mano. Su cara estaba muy seria, aun así, vio una luz brillar en sus ojos. Le sonrió con calidez mientras sentía las mariposas revolotear en su estómago.

—Lola, no dejaré que te ocurra nada ni a ti ni a nuestros hijos. —Lo vio sacar una *sgian dubh* y ponerla sobre su corazón—. Prometo que os protegeré con mi último aliento y, si en el camino nos perdemos, te buscaré por toda la eternidad hasta que volvamos a ser uno.

—Vaya, eso es ... —Carraspeó sorprendida—. Es lo más bonito que me han dicho nunca.

La cogió y tiró de ella para ponerla en su regazo, no hizo caso cuando la bandeja se tambaleó derramando los vasos casi vacíos del zumo. A Lola se le escapó una exclamación y la dejó para coger la bandeja y llevarla hasta el carrito de la entrada.

Echó hacia atrás las sábanas y se tiró sobre ella, para volver a cogerla y sentarla entre sus piernas. Recogió la *sgian dubh*, miró muy serio a su mujer y comentó:

—¿Confías en mí?

Asintió con la cabeza. Tomó su mano derecha, hizo un corte superficial en la muñeca y luego hizo lo mismo con la de ella. Sacó un pañuelo de color azul claro y ató ambas.

—Esta es la ceremonia Scottish Wedding Blessing del Reverendo Donald MacLeod, ministro de Duirinish, Skye en 1760:

«Que la bendición de la luz esté sobre ti, la luz de afuera y la luz de adentro. Que la luz del sol bendita brille sobre ti como un gran fuego de turba, para que el extraño y el amigo puedan venir y calentarse en él. Y que la luz brille de tus dos ojos, como una vela puesta en la ventana de una casa, invitando al vagabundo a salir de la tormenta. Y que la bendición de la lluvia sea para vosotros, que golpee a vuestro espíritu y lo limpie, y deje allí un estanque brillante donde brille el azul del cielo, y a veces, una estrella. Y que la bendición de la tierra esté sobre ti, suave bajo tus pies cuando pasas por los caminos, suave bajo ti cuando te acuestas en ella cansado al final del día; y que descansen sobre ti cuando, al fin, te acuestes bajo ella. Que descansen tan ligero sobre ti, que tu alma pueda salir con rapidez de debajo de ella; arriba y abajo, y en su camino hacia Dios. Y ahora, que el Señor te bendiga, y te bendiga amablemente.

Mil bienvenidos a ti con tu pañuelo de matrimonio. Que estés saludable todos tus días. Que seas bendecido con larga vida y paz. Que envejezcas con bondad, y con riqueza».

Después de recitar la oración sacó su mano sin deshacer el lazo y la besó con pasión. Lola sintió el ligero escozor de la muñeca, pero no le importó, su cabeza daba vueltas alrededor de las palabras que le había dicho. Se sentía como si estuviera en un limbo.



Capítulo 15

Dejando atrás el pasado

Después de unos días volvieron a casa, la Interpol seguía investigando. Habían detenido ya a más de doscientas personas en varios países. Lo cual alegraba a Lola, y mucho. No quería que lo que le ocurrió a ella volviera a sucederle a nadie.

Las chicas que rescataron, fueron devueltas a sus familias. Se alegró mucho, en especial por las gemelas. Solo tenían 12 años y ya habían descubierto lo más feo del hombre. Bridget también regresó con su familia a Glasgow, pero se pasaron el teléfono para estar en contacto.

Samuel Callaghan les organizó el viaje de vuelta en su avión privado, por lo que no tuvieron que chequear billetes ni facturar equipaje. Al perder todas sus cosas con la explosión, Ken se empeñó en comprarles montones de ropa que iban en cinco maletas. Además de varias cajas de juguetes que trajeron de Hamleys.

—Cuando aterricemos, tendremos que contratar un camión de mudanzas —le dijo riendo a Ken.

—No te preocupes, ya he avisado a mi gente para que nos recojan. —La cogió en brazos y la sentó en su regazo.

—¿Está permitido esto? —Le pasó un dedo por el centro del pecho.

—Para nosotros, sí. —La besó y ya no pudo decir nada más, aunque el carraspeo detrás de ellos hizo que se detuvieran.

—¿Quieren un refresco? —La azafata sonriente y enrojecida por la escena, les ofreció una bandeja.

—¡Gracias! —Cogió los dos vasos y le pasó uno a Ken.

Al descender del avión vio una Mercedes V. Ken tomó las llaves que le dio uno de los hombres de pista, le abrió la puerta a Lola y se sentó, después le puso el cinturón de seguridad y comprobó su enganche. Lola le dio un beso y atrapó sus labios con más ardor del que pensaba al principio, Ken se separó gruñendo por lo bajo y cerró la puerta. Por el retrovisor vio que estaban cargando las maletas y las cajas en la parte trasera. Ken se sentó al volante y le sonrió algo acalorado.

—Vamos a casa.

—¿Sara y los niños saben que volvemos?

—Sí, pero hasta que no salgan del *college* no los traerá. —Le guiñó un ojo—. Tenemos el tiempo justo de descargar todo esto en la nueva casa.

—¿Nueva casa?

—Sí, he comprado una más grande cerca de la de mi abuela. —La miró con gesto fruncido

—. ¿No pensarías que viviríamos en mi antiguo piso? Somos muchos, y no me gusta compartirme mientras duermo. —Le guiñó un ojo.

—Solo hemos estado diez días en Londres. ¿Cómo lo has hecho?

—Tengo gente para todo —dijo enigmático.

—Eso no importa, aunque podrías haberme consultado —contempló el paisaje por la ventanilla para evitar mirarlo.

—Lola, no te enfades. Solo he puesto en orden una casa que tenía cerca de la de mi abuela, si no te gusta buscaremos algo de tu agrado. —Su mano acarició la rodilla de la muchacha.

—No me enfado, aunque me hubiese gustado saberlo.

—Quería que fuese una sorpresa. —Apretó su pierna y sonrió—. A Sara y los niños les ha gustado y están deseando mudarse con nosotros esta noche.

—A Jaime y Claudia les encanta todo lo que sea nuevo. —Bufó ella.

—Espero que a ti también.

Detuvo el coche y se dio cuenta de que era la misma calle donde vivía la abuela Morag, que vivía a unos cincuenta metros. Ken bajó y abrió la puerta de ella, al descender, vio a Douglas salir de la casa frente a la que habían aparcado, lo acompañaban varios chicos.

Descargaron el coche con eficiencia mientras Lola seguía a Ken, que arrastraba dos maletas. Fue a entrar en casa, pero un grito la paralizó. Él había soltado el equipaje e impidió que pudiera atravesar la puerta.

—Estamos recién casados, es tradición que el esposo traspase el umbral de la puerta cargando a la mujer.

La cogió en brazos mientras ella se partía de risa, tapándose la cara avergonzada, sintió el suave trotar mientras rebotaba en sus brazos. Subió las escaleras y abrió la puerta dándose la vuelta y bajando la manivela con un codo. Se acercó a la cama y la dejó caer sobre el blando colchón, lo que no impidió que a ella se le escapara un grito.

—Bienvenida a nuestra casa.

Se inclinó sobre ella y la besó con pasión. Escuchó ruido alrededor, pero no le importó, por lo que lanzó sus brazos al cuello del hombre que amaba y se deleitó con su beso. Cuando se apartó de ella, Lola se quejó e intentó atraerlo más.

—Si nos entretenemos mucho todos sabrán lo que estamos haciendo —dijo sonriente.

—¿Y qué más da? —Tiró hacia arriba de su jersey, pero él le sujetó las manos.

—En media hora estarán aquí Sara y los niños, y yo necesito mucho más tiempo para amarte.

—¿Más de media hora? —Lola se puso en pie y se colgó de su cuello.

—Mucho más —contestó con voz ronca.

—¿Cuánto más? —la voz de ella era tan ronca como la de él.

—Una eternidad. No me conformo con menos.

Sus labios volvieron a apoderarse de la boca de Lola y saboreó la dulzura del amor. Era el único que había conocido, y no sabía si tendría bastante con una eternidad.

Fin

Nota de la autora

Todos los personajes de esta historia son ficticios, cualquier semejanza o parecido con alguien real, es pura coincidencia. He usado el castillo de Eilean Donan como escenario, y las personas descritas en este libro, aunque lleven el apellido MacRae, nada tienen que ver con los reales. Tan solo me he permitido hablar de John MacRae-Gilstrap como la persona que restauró el castillo. He incluido hospitales, calles, y comercios reales solo para dar más credibilidad a la historia. Espero me disculpen si no les gusta mi atrevimiento, pues en ningún momento lo hice de mala fe.

Agradecimientos

Querido lector, tengo que darte las gracias por elegir esta novela para leerla esta navidad. Espero y deseo que la hayas disfrutado tanto como yo escribiéndola y, aunque es un libro de ficción, tiene mucho de mí, ¿qué parte? Eso tendrás que decidirlo tú, y si has empatizado o quieres saber más, no en plan cotilla, sino como un lector o lectora a quien he conseguido llegar al corazón y que quiere conocerme más. Entonces contáctame, estaré encantada de comentar lo que tú quieras sobre mi libro o si has vivido algo similar y quieres contarlo, mis oídos están abiertos para escucharte y mi corazón para comprenderte.

No podría hacer realidad mi sueño si no fuera por mi esposo, mi amado, mi amigo mi alma gemela que siempre está a mi lado y se lee todo lo que escribo. Mi fan numero uno.

A mi hija que fue mi primera lectora y que no me pasa ni una, su sinceridad duele y a la vez me anima a continuar.

A mi familia que es mi motor de vida, mi madre, hermanos y cuñados, que si los nombrara aquí no acabaría nunca.

A mis amigas que siempre me animan y que me levantan el ánimo, aunque sea un mal día., Beatriz, Esther, Anna, Carmen, Eugenia.

Por último y no por ello menos importante quisiera dar las gracias a Elisabet Gilmore, por su trabajo, que es capaz de terminar a pesar de mis torpezas. Sus comentarios que me hacían reír durante la corrección y sí, es un poco mosca cojonera, pero la adoro, es capaz de decirme lo mal que lo hago y hacerme sonreír.

Quisiera dar las gracias también a Virginia Salazar, maquetadora y diseñadora de las portadas de mis libros. Parece que me lee la mente, es decirle lo que quiero y sabe plasmarlo en imágenes con una creatividad que me sorprende.

Además, también quiero agradecer al grupo Letras de Sangre, por su apoyo incondicional.

Repito mi más sincero agradecimiento a ti que me lees, espero que sigas disfrutando de mis historias.

Si te ha gustado, te agradecería que me dejaras una reseña en Amazon, de esta forma me ayudas a difundir mi obra. Por ello, te doy las gracias de corazón y espero que nos encontremos de nuevo entre páginas.

<https://spotify.link/NefCVXnt9Db>

Si quieres contactar conmigo, puedes hacerlo en el correo:

cruz3tony@gmail.com

Te dejo también mis perfiles de Instagram:

<https://instagram.com/hellencrossescriitora>

https://instagram.com/toni_cruz_romero

About The Author

Hellen Cross

Hellen Cross es el seudónimo de Toñi Cruz Romero, Nació en Cazorla, hija de periodista, de quien aprendió a amar los libros y el gusto por la literatura de cualquier género, aunque se decanta más por la novela histórica, la negra y la romántica. Durante 8 años trabajó como auxiliar psiquiátrico, aunque volvió a estudiar Artes Aplicadas en la especialidad de decoración para dar salida a su inquietud artística. Ejerció muy poco tiempo como interiorista y se centró en su trabajo como monitora de pintura y Artes Aplicadas para adultos y niños en la Universidad Popular Municipal de Jaén. Sus influencias van desde Ken Follet, Frederick Forsyth o Katherine Woodweiss. Siempre escribió para sí misma, hasta que decidió mostrar su trabajo como escritora. Hasta que el tiempo nos alcance, publicada por Platero Coolbooks, es su primer proyecto de envergadura, aunque no el único. Tiene auto publicados con el seudónimo de Hellen Cross cinco libros, Quédate conmigo, Venganza, Rebelde, Una Navidad perdida y Dale una oportunidad. Ha participado en varios proyectos colectivos de relatos. Tiene además en un ensayo sobre la paz que está en proceso de publicación.

Cosas del destino

La vida de Lola se vio alterada cuando su padre enfermó, su adolescencia pasó entre consultas de hospital y tratamientos, con la esperanza de superar el cáncer. Nada sucedió como esperaban, se quedó sola con su madre y tenía que retomar su vida, estudiar, trabajar y conseguir el título de arquitecto. La vida volvió a darle una bofetada, rompió sus sueños y le robó el futuro, esta vez, no podía pedir ayuda.

Esta es la historia de una mujer cuya resiliencia será lo único que tendrá para afrontar el futuro, no se puede permitir la confianza ni el amor, al menos es lo que piensa, que está sola. Sara se encargará de demostrarle todo lo contrario y juntas afrontarán el futuro.

Dale una oportunidad (Cosas del destino nº 1)

La vida de Lola se vio alterada cuando su padre enfermó, su adolescencia pasó entre consultas de hospital y tratamientos, con la esperanza de superar el cáncer. Nada sucedió como esperaban, se quedó sola con su madre y tenía que retomar su vida, estudiar, trabajar y conseguir el título de arquitecto. La vida volvió a darle una bofetada, rompió sus sueños y le robó el futuro, esta vez, no podía pedir ayuda.

Esta es la historia de una mujer cuya resiliencia será lo único que tendrá para afrontar el futuro, no se puede permitir la confianza ni el amor, al menos es lo que piensa, que está sola. Sara se encargará de demostrarle todo lo contrario y juntas afrontarán el futuro.

Books By This Author

[Hasta que el tiempo nos alcance](#)

El descubrimiento de una tumba intacta en Marroquíes Bajos, pone en jaque el plan de ordenación urbano de la ciudad de Jaén (Andalucía). Los arqueólogos Juande y Ana quieren impedir el cierre de la excavación por presiones inmobiliarias, mientras desentrañan sus enigmas ¿Serán capaces de proteger el hallazgo de la rapiña inmobiliaria? Un papiro revela la realidad de la procedencia de los cuerpos allí sepultados. Su estirpe, la influencia de culturas tan lejanas y distantes en el tiempo y el espacio, nos trasladan a una época donde la geolocalización será decisiva para la evolución humana. En Jaén empieza a desarrollarse la primera gran ciudad del calcolítico en Europa. Su aventura es un viaje en el tiempo que comienza en el año 1200 a.c al otro lado del Mar Mediterráneo, con el declive de las primeras civilizaciones prehelénicas, que obliga a Ion y Eirene a viajar en busca de una vida lejos de la violencia e intrigas políticas y palaciegas. Tiempos convulsos que les hará tomar drásticas decisiones. Ayudados por el joven Akenatón, comienzan la búsqueda del olvido de quiénes son y una nueva vida donde decidir quiénes quieren ser. Los pliegues del tiempo los volverá a unir para desentrañar el pasado en busca de un futuro.

[Quédate conmigo](#)

Bel huyó de casa cuando murió su padre, se hizo una nueva vida en un intento de olvidar los abusos sufridos desde niña. Estudió Bellas Artes y con la carrera terminada quiere hacer aquello para lo que vive, lo único que la aleja de sus pesadillas y aporta a su vida una esperanza de normalidad. Solo necesita una oportunidad para demostrar la calidad de sus pinturas y para ello se presenta en una galería de arte donde buscan pintores noveles. Cuando Samuel Callaghan la ve, sabe que necesita conocerla, acercarse a ella

Él nunca pensó que la muchacha que entró en su vida por casualidad, sería capaz de trastornarle de tal forma. Pero ha descubierto que no puede vivir sin ella y quiere retenerla a toda costa.

Dos personas de mundos muy diferentes y unidas por oscuros secretos. La atracción entre ambos es tal que les unirá sin remedio ¿serán capaces de poner sus vidas en orden? ¿puede una relación surgir de la nada hasta convertirse en adictiva? ¿puede un amor tóxico sanar dentro de una relación hasta convertirse en amor de verdad?

Cuando por fin parece que pueden solucionar sus vidas el pasado vuelve para poner en peligro el frágil equilibrio que han conseguido.

[Venganza](#)

La vida de Sam y Bel parece idílica, con su hijo Albert viven su amor. Pero él no puede evitar sus tendencias controladoras y su relación se ve entorpecida por algo que apenas puede controlar y que ella no está dispuesta a tolerar. Pero este no es el único inconveniente que tendrán que sortear. El pasado vuelve para demostrarles que lo vivido es solo un espejismo mientras la realidad les pasa por encima y la maldad vuelve a rodear sus vidas.

Rebelde

Liz lo tiene todo, pero no quiere pagar el precio por esa vida sin preocupaciones. Huye de casa en un arrebatado de rebeldía y en su camino conocerá la amistad, el amor, la envidia y el odio. Atrás quedó el amor juvenil de Sam, los sueños de libertad que solo fueron una quimera que su posición social no le permitía alcanzar. Una vida rota que, sin ella saberlo, se verá reflejada en la de quienes la conocen y sentará las bases de un futuro oscuro del que solo ella tiene la llave para salir.

Aprendió a ocultar su dolor y vive de espaldas al mundo resignada.

Una navidad perdida

Tres personas que afrontan la vida de forma diferente y sin embargo están unidas por la magia. María no sabe cómo salir de su depresión, volver a vivir tras la pérdida de su hijo es todo un reto que adquiere cada día y sin embargo, cada noche le hace volver a la casilla de salida.

Jaime tiene una oportunidad para vivir que no quiere desaprovechar, un futuro prometedor siempre que consiga lanzar su campaña de marketing y la empresa para la que trabaja alcance el éxito. No debe distraerse, sin embargo cuando conoce a su vecina, todo deja de tener importancia.

Inés nunca tuvo una infancia feliz, ha sobrevivido y se ha endurecido y sin embargo, pasa de puntillas por la vida. Al menos así es hasta que conoce a su vecino.

En Navidad siempre hay magia, pero no de esa que suelta estrellitas y purpurina, donde todos son felices y los problemas se arreglan, el amor es el encantamiento que todos necesitan. Esta vez la magia eres tú, porque si no la disfrutas es una navidad perdida.